

Universidad Torcuato Di Tella

Maestría en Historia

*“La lucha por el espacio: itinerarios
del peronismo en los tempranos años
ochenta (1982-1985)”*

Trabajo presentado para acceder al título de *Magister en Historia*

Autor: Ezequiel Meler

Directoras: Ana Virginia Persello / Hilda Sabato

Diciembre de 2019

Resumen de la tesis

El peronismo de los tempranos años 1980 sólo ocasionalmente se ha constituido en objeto de análisis. En parte ello se debe al magnetismo del fenómeno conocido como Renovación Peronista, que surge a partir de febrero de 1985. Este trabajo pretende echar luz sobre los años 1982 – 1985 a través de una figura propia de aquellos años, recuperada por Marcela Ferrari: la idea de lucha por el espacio. Sucintamente, sostenemos que dicha lucha, centrada en el control del aparato y la maximización de los recursos, entre ellos los estatales, predominó en relación con la lucha por la idea. Esto es, que los intereses estratégicos y el control del partido fueron determinantes frente a la elaboración ideológica. No porque la misma no existiera, sino porque no informaba la práctica política.

Nuestro trabajo discute con una herencia de estudios macro que han puesto de relieve una supuesta disputa entre *políticos* y *sindicalistas*, que descansan en modelos sociológicos y politológicos propios de partidos burocráticos y sistemas de partidos consolidados, en regímenes políticos estables, y que ignoran el elemento transicional de nuestra reconstrucción democrática y la consiguiente y elemental profesionalización de la política que se dio durante la misma.

También debatimos con enfoques locales que, dando por supuesto lo observado en el ámbito macro, diluyen el objeto en una miríada de observaciones a escala, y de esa manera convierten la opción por el análisis micro en una suerte de tendencia alineada al proceso histórico de descentralización política propio del establecimiento de una democracia republicana en un país con una larga tradición federal.

Ezequiel Meler.

Índice

| | |
|--|-----|
| Introducción | 8 |
| 1. Del “dedo de Perón” a la institucionalización: | |
| Reorganización política y derrota, 1982 – 1983. | 29 |
| Apéndice al capítulo 1 | 73 |
| 2. “Una noche de cristal que se hace añicos”: | |
| Derivas del justicialismo post derrota | |
| y orígenes de la RP, 1984-1985. | 74 |
| Apéndice al capítulo 2 | 117 |
| 3. Tiempos difíciles: | |
| El peronismo bonaerense entre dos derrotas, 1983 -1985 | 119 |
| Apéndice al capítulo 3 | 142 |
| Reflexiones finales | 143 |
| Fuentes consultadas | 150 |
| Entrevistas | 151 |
| Bibliografía citada | 152 |

Agradecimientos

Este escrito cumple, algo tardíamente, con el requisito final de la maestría en Historia de la Universidad Torcuato Di Tella. La demora, sobre cuyos motivos no he de detenerme, conllevó mucha reflexión y, consecuentemente, muchas deudas fueron adquiridas, deudas que nunca podré compensar del todo.

En primer lugar, a Cecilia Bari. Amiga y compañera de carrera, secretaria por muchos años del posgrado, fue ella quien me convenció, antes que nadie, de hacer una maestría cuando esa idea no estaba ni en mis planes más remotos. En segundo lugar, a la generosidad de Fernando Rocchi, que gestionó una beca casi total, sin la cual la realización de la tesis me hubiera sido imposible. En tercer lugar, al plantel de la Universidad, en especial a Marcela Ternavasio, Sebastián Etchemendy, Luis Alberto Romero, Ana María Mustapic, Gustavo Paz, Klaus Gallo, Francis Korn, Darío Roldán, Pablo Gerchunoff, Juan Carlos Torre... esos son al menos los nombres que evoca mi siempre imperfecta memoria en el apuro.

Corresponde por supuesto mencionar a mis dos directoras, que me transmitieron y transmiten cada día los alcances del término “paciencia”, con cada mail. Ellas son Ana Virginia Persello e Hilda Sabato, y han pensado conmigo cada uno de los problemas desde todos los ángulos posibles, en cada estación de mi ya célebre neurosis de tesista. Quiero dejar por escrito mi deseo de que me sigan acompañando en el futuro, ya que me han enseñado muchas cosas.

Pero no fueron las únicas. Ana Natalucci leyó varias versiones, insistiendo sobre los aspectos organizativos del justicialismo, y ponderando algunas de mis ideas. Corrigió muchos errores, seguramente otros hayan sobrevivido.

Otro tanto hizo Sabrina Ajmechet, quien mostró interés en las ideas de los peronistas de aquellos años, y formuló muchas preguntas, algunas de las cuales quedaron sin respuesta.

También cabe reconocer a los entrevistados. Jorge Landau me recibió tres veces. Carlos Grosso, alrededor de cuatro. Roberto Digón respondió en dos ocasiones con mucha paciencia. Alberto Iribarne, alrededor de cinco, hasta que entendí cabalmente -o, eso creo yo- las internas indirectas de 1983.

Otros destinatarios de agradecimiento son Julián Melo, Gerardo Aboy Carlés, Marcelo Falak, Luciano Chiconi, Abel Fernández, Omar Bojos, Juan Pablo Rodal, Pablo Touzon, Martín Rodríguez, Victoria Baratta, María José Valdez, Camila Perochena, Julián Giglio, Fernando Manuel Suárez, Mark Healey, Daniel Companetz, Diana Campolongo, Fabián Allegro, Gustavo Stiglitz, Luciano Campetella. Todos ellos leyeron partes, compartieron fuentes, o acercaron comentarios, o discutieron conmigo amablemente mis ideas... si es que siguen siendo mías.

Pero este texto, lisa y llanamente, no estaría ante los ojos de quien lo lea, sin la labor de seis personas excepcionales. En primer lugar, Juan Amondarain, Abel Fernández y Jorge Landau, quienes me introdujeron en el mundo de la reflexión sobre los temas de la Renovación Peronista, verdadero eje de mis preocupaciones. Ellos, también, gestionaron varias de las más destacadas entrevistas que hicieron posible la tesis.

Del mismo modo, Daniel Mazzei, un amigo esencial, dirigió la fase de licenciatura que se refleja en cierta manera en el capítulo 1. Me enseñó todo lo que sé sobre historia argentina contemporánea y buena parte de lo que pude aprender sobre método. Casi diría que le debo un porcentaje importante del trabajo.

El porcentaje restante, mayoritario es, vale mencionarla de nuevo, de Marcela Ternavasio, verdadera madrina que me ha acompañado en todas mis indecisiones, en todas mis incertidumbres, en todas mis idas y venidas a lo largo de los años. A ella, a su aliento, le debo buena parte del amor propio que me permitió terminar este trabajo.

Y por supuesto, para los que tenemos la suerte de tener una madre universitaria, la mía, Liliana, leyó cada fragmento de tesis -y fueron muchos, a lo largo de muchos años- corrigiendo desde el uso del español hasta el rigor de los conceptos.

Como es usual advertir, todos ellos tienen mérito en los eventuales aciertos que pueda contener la escritura de este texto, mientras que ninguno tiene responsabilidad en los inevitables errores que de seguro padece. De lo que estoy seguro es de haber crecido gracias a las personas aquí mencionadas, en dimensiones que exceden en mucho a la historiografía.

Ezequiel Meler,

Diciembre de 2019.

Introducción

Time present and time past

Are both perhaps present in time future

And time future contained in time past.

If all time is eternally present

All time is unredeemable.

T.S Elliot

El peronismo de los años 1980 rara vez se ha constituido en objeto del análisis histórico. Aunque hemos progresado en nuestro conocimiento de sus primos de los años 1970 y 1990, en comparación, lo sucedido entre los años 1982 y 1989 es menos conocido. No parece ser atractivo un peronismo de oposición, sumido en crisis internas, constantes disputas políticas, con dirigentes que, salvo honrosas excepciones, enhebran discursos anquilosados en el tiempo. Un peronismo sin líder, no populista. Cuando se lo visita, finalmente, sólo se ve en él un *reflejo* o un *prólogo*. Un *reflejo* de la nueva era democrática cuyo enunciador máximo era Raúl Alfonsín. Un *prólogo* de aquellas transformaciones estructurales que llevó adelante Carlos Saúl Menem a partir de 1989.

Podría argüirse que esto es sólo una verdad a medias: al fin y al cabo, como veremos en seguida, existe una amplia literatura sobre el fenómeno de la Renovación Peronista. Y es cierto: lo más interesante de aquellos años sucede a partir de la emergencia de esta corriente interna, que simultáneamente en los distritos y en los congresos nacionales disputa con la ortodoxia -veremos también que esas categorías de la práctica¹

¹ La noción de categoría de la práctica es tomada de Bourdieu (2013)

nada nos dicen de la lucha política concreta- la hegemonía partidaria, mientras se apura a lanzar definiciones sobre el alfonsinismo y su presunto carácter entreguista.

Pero el problema, justamente, es de recorte. Mientras que la RP obviamente acontece en el transcurso de los años 1980, y por lo tanto forma parte esencial de ese peronismo, el peronismo de esos años excede largamente la conformación, el apogeo y la decadencia de la RP. Es mucho más lo que sucede si, en verdad, levantamos la mirada de la RP y observamos todo el mapa político del Partido Justicialista. Así lo han demostrado, por ejemplo, Ferrari y Mellado atendiendo al peronismo en clave subnacional (2016^a). Sin embargo, las autoras mantuvieron la referencia a la RP en una cronología que tampoco se correspondería con su corta existencia, apelando a la idea de un difuso y poco explicado “momento renovador”.

Tampoco ha habido, salvo excepciones notables como Mustapic (2002), un esfuerzo en reflexionar sobre el *habitus* peronista, sobre el modo en que los acontecimientos de los años 1980 se conectan con la más rica historia del movimiento fundado por Juan Domingo Perón. Y esa falta se nota especialmente cuando vemos reiterarse, una y otra vez, la tesis de que la Renovación habría institucionalizado, finalmente, un partido para el peronismo. Algo que sin dudas es cierto: la política de los años 1980 es política de partidos, y el PJ pronto comprende esa lógica -antes aún de su derrota, diría-. Pero con dos objeciones. En primer lugar, el peronismo siempre había tenido, como muestran los trabajos recientes (Melón Pirro & Quiroga, 2014) una fuerte inclinación a la vida partidaria. Y, en segundo lugar, el problema que es común a toda esa etapa, que la RP viene a resolver apelando a la regla de la mayoría, tan cara como era a la tradición peronista, era en rigor previo a esa corriente, y estaba inscrito en la historia más larga del peronismo: qué hacer el día que Perón no estuviese a mano, a tiro de carta,

ni en Panamá, ni en Madrid, ni en ningún lugar sobre esta tierra. Ese día tan temido había llegado, por fin, en 1974, y el peronismo estaba en estado de ebullición desde entonces.

Por eso nos pareció necesario volver sobre el peronismo, pero comenzando en los días posteriores a la rendición de Puerto Argentino, el fin de la guerra de Malvinas. Porque el problema común al peronismo, la necesidad de “autonomizar la organización del líder o, lo que es lo mismo, dotar a la organización de un orden sucesorio propio” (Mustapic, 2002: 137) es previa e independiente, analíticamente, de la derrota electoral de 1983. Dicho de otro modo, el peronismo que venimos a considerar aquí sufre menos la derrota que la ausencia de su líder, o sufre una porque le duele la otra. Comenzar nuestra historia con la normalización institucional nos hubiera privado de analizar lógicas políticas que son comunes a un período más largo, donde la dolorosa caída electoral y la constatación de que el peronismo ya no es la mayoría natural del país son simplemente otro dato de una crisis previa.

¿Qué tan distinto fue el peronismo posterior a la derrota de su predecesor? Aquí, de nuevo, nos encontramos con el mito construido por los propios renovadores. En efecto, lo que sigue a la derrota nacional en las generales de 1983 no es la inmediata construcción de una alternativa de poder. Lejos de ello, el peronismo languidece en la anarquía por casi cuatro años enteros antes de tener, de nuevo, una conducción unificada para todos los justicialistas. Un sinnúmero de reuniones y golpes palaciegos tratan, a fuerza de consumir hechos, desplazar a la dirección partidaria electa en septiembre de 1983, para reemplazarla por otra, que aún no se prefigura claramente. Hay que hacer algo, pero no está claro qué. Es por eso por lo que nos mereció atención la idea de “lucha por el espacio”. Veamos de qué se trata.

La lucha por el espacio

Con la derrota aún caliente en el alma, Miguel Unamuno escribió, en noviembre de 1983, una columna crítica de alto valor analítico. Unamuno, que había disputado las internas partidarias desde el *Movimiento de Unidad, Solidaridad y Organización*, y había sido electo diputado nacional, sostuvo:

En lugar de institucionalizar la lucha por la idea, convalidamos la disputa despiadada por el espacio. No importaba el proyecto, bastaba con “controlar el aparato” y ante una opinión pública cuyos reclamos se habían reducido, después de siete años de angustias y penurias, a lo elemental -justicia y seguridad- exhibimos tan sólo una codicia y un uso indiscriminado de la fuerza que paradójicamente terminaron por semejarnos a nuestra victimaria, la dictadura militar.

En nuestra interna, los que ganaron, perdieron. Muchos hombres representativos fueron marginados torpemente de las listas. La conducción que invocamos guardó un silencio que terminó por producir un efecto de abandono. Por si esto fuera poco, nos desangramos en este juego insensato mucho más tiempo del que era necesario.²

Aquí vemos los primeros trazos de una interpretación. La derrota, en los términos del ex ministro de Trabajo, se debía a la primacía de una lógica política hostil a la lucha por la idea -término que recupera de los discursos finales de Perón-. El control del aparato, la violencia, y la marginación de “hombres representativos” son las marcas de ese juego interno.

Pocos meses después, será Antonio Cafiero, uno de esos marginados, el que tome la palabra.

En esta etapa inédita del movimiento, el proyecto que se enarbole, la conducta de los hombres y la transparencia de sus actos son más importantes que el dominio formal de los aparatos. Porque, de no

² Unamuno, Miguel: “Al tercer domingo de la derrota”, en *Tiempo Argentino*, 20/11/1983.

*ser así, se subvertirían los valores y acabaríamos –acaso estamos empezando a hacerlo- por subordinar la institucionalización de la lucha por la idea a la riña menor por los espacios. ¿Y qué deviene de esta riña? Sencillamente, el abandono de todo aquello que nos dio razón y sentido en la vida argentina, sin siquiera perfilarnos como la alternativa válida del poder, y lo que es peor, sin diferenciarnos del conjunto de la política del país; en consecuencia, sin identidad.*³

Nuevamente vemos emerger el mismo diagnóstico: la lucha por el espacio privó por sobre la lucha por la idea. Para volver a ganar, esto debe ser revertido. “Porque es imposible ser liberador para afuera, siendo autoritario para adentro; habitar el escenario de la democracia -que supone pluralismo político- y negarlo a los propios compañeros; refugiarse en la gesticulación opositora para ocultar el vacío de ideas”, dirá Cafiero.⁴

Fue Marcela Ferrari (2007) la primera en observar que, en el despliegue de la lucha renovadora, la disputa por el espacio había conservado su preeminencia después de octubre de 1983, constituyendo una etapa de querrela interna única con el período precedente. En efecto, el hilo rojo que une estas reflexiones sobre el peronismo, que se extienden desde los meses posteriores a Malvinas hasta el primer turno legislativo posterior a la restauración democrática (1985), es precisamente la clave interpretativa que nos brinda la lucha por el poder partidario, el cálculo estratégico, el internismo. Esa clave fue largamente dominante frente a la lucha por la idea, no porque no hubiese intelectuales peronistas, sino porque la disputa interna, que sólo comenzaría a saldarse con la ruptura del peronismo bonaerense y la reemergencia de Cafiero como alternativa, no se alimentaba de esa producción intelectual. La lucha desnuda por el poder, el control físico del espacio hacían imposible el debate cívico, tanto antes como después de 1983.

³ Cafiero, Antonio (1984, 11 de abril). En qué nos equivocamos. Clarín, pp. 14-15.

⁴ *Ibíd.*

Juegos de escala

El reciente trabajo de Ferrari y Mellado (2016^a) nos informa de otro problema que es pertinente aludir en esta introducción. Se trata del problema de las escalas. Durante mucho tiempo, la historia del peronismo que se escribió desde Buenos Aires se pretendió nacional, y no lo era. El esfuerzo de Darío Macor y César Tcach (2003, 2013) por hacer una historia extracéntrica del peronismo, desde las provincias como territorios de producción de lo político, encontró su emulación virtuosa en el trabajo de las autoras mencionadas. La RP devino un plural antes que un singular, aún a riesgo de desaparecer.

Pero ¿qué pasa con el PJ nacional? Bueno, ese es un problema al que trataremos de contribuir. No en aras de una imposible *historia total*, sino por el sencillo motivo de que es imposible seguir la historia de ciertas provincias -por ejemplo, la provincia de Buenos Aires, que resulta intervenida en este proceso- sin referir, al mismo tiempo, el devenir de los acontecimientos nacionales. Existe una compleja interrelación de niveles y territorios que despliegan, a veces al mismo tiempo, la iniciativa política. Por ende, ésta será todavía una historia nacional, aunque atenta a ciertos distritos con los que lo nacional, al menos en Argentina, se halla indeleblemente imbricado. Es el caso de la provincia de Buenos Aires. Sostenemos que, así como lo nacional no se comprende sin atender a lo bonaerense, lo bonaerense no se comprende sin atender a lo nacional.

Claro que existe un riesgo, consistente en creer que la historia que aquí contamos se explica a sí misma. No es correcto. Pero Buenos Aires, creemos, es más que un caso extracéntrico. Es más que un caso, a secas. Por eso, atenderemos en orden a los eventos nacionales, y luego a los provinciales.

Estado de la cuestión

Algo ya hemos adelantado, pero volvamos al cauce de la pregunta original por el peronismo de los años 1980. Básicamente, lo que se ha dicho vino siempre de la mano de una reflexión sobre la Renovación Peronista, algo que ya objetamos. Pero ¿qué fue la Renovación Peronista? Como veremos, las respuestas a esta pregunta siempre estuvieron cargadas de presente, del presente de cada autor, y de las preguntas por lo que era o hacía el peronismo de aquel entonces. Por caso, recientemente Vicente Palermo ha argumentado recientemente que el peronismo renovador consistía en “una fórmula de transición que resuelve, o comienza a resolver, dos serios problemas que el peronismo preexistente, el peronismo profundo, no estaba en absoluto en condiciones de resolver: el problema de la autoridad y legitimidad política abierto por la muerte de Perón, por un lado, y el problema de la integración del peronismo a la democracia, por otro.” (Palermo, 2014: 114)

En cuanto a los ejes y problemas, hemos agrupado por un lado los textos relativos a los discursos y a la historia de las ideas, mientras que dejamos una segunda sección para el análisis de los marcos institucionales y las estructuras partidarias. La sección final tratará brevemente sobre otros aportes, y de modo saliente, sobre los estudios subnacionales.

a) Ideas, discursos, identidades

La problematización de la RP, su aparición como objeto de estudio, tuvo lugar de manera simultánea a su existencia.⁵ En ese sentido, el primer trabajo académico que cabe resaltar en nuestro análisis es el de Emilio De Ípola (1987). Integrante del Grupo

⁵ Este apartado debe mucho a la lectura de Ferrari (2008) y de Ferrari & Mellado (2016).

Esmeralda, cercano a los elencos alfonsinistas, De Ípola inscribió su reflexión en la problemática, entonces candente en el país, de las transiciones a la democracia, y se preguntó por las posibilidades del peronismo renovador para contribuir al afianzamiento del nuevo régimen político. Así, De Ípola identificó en la RP “el esfuerzo más serio intentado hasta el presente de fundar y consolidar un peronismo democrático en toda la historia de esta fuerza política” (De Ípola, 1987:333). Sin embargo, el propio autor reconocía en seguida que la RP seguía siendo un fenómeno incierto, indefinido.

Analizando la historia del peronismo, De Ípola encontraba un primer límite para la renovación en la ausencia de una memoria democrática específicamente peronista. En efecto, la del peronismo era una memoria densa y rica, de la que estaba ausente la democracia. Ello no era casual, puesto que la producción histórica del peronismo había girado en torno a temáticas que privilegiaban los valores distribucionistas por sobre los valores democráticos, asignando a éstos, con suerte, una importancia subordinada.

En segundo término, De Ípola identificaba un cierto número de recurrencias en el discurso renovador, recurrencias que, a su juicio, mostraban la dificultad que subsistía en el peronismo renovador –necesitado, él también, de dar pruebas de una determinada ortodoxia- para adherir sin reticencias a un proyecto democrático y asumir sus supuestos básicos. Una de aquellas recurrencias era la llamada intangibilidad de Perón, que comprendía la afirmación de la vigencia y actualidad intemporal de su pensamiento. La otra residía en los límites absolutos de la crítica renovadora, que no avanzaban más allá de la etapa signada por la muerte de Perón.

En tercer lugar, De Ípola observaba los contenidos del programa renovador para concluir que los renovadores encuadraban sus propuestas, casi siempre sin reconocerlo,

en el marco programático definido previamente por el gobierno radical, siendo en la mayoría de los casos difícil de discernir cuál era su especificidad.

De Ípola concluía entonces que, si bien era imposible desestimar la posible contribución de la RP a la democracia, esta contribución era difícil todavía de sopesar en tanto y en cuanto el peronismo renovador se mantuviese al mismo tiempo fiel a estilos y dogmas y, por otro lado, en tanto era capaz de imprevisibles desplazamientos. ¿Podía, en estas circunstancias, resultar positiva su contribución?

La década de 1990 trajo consigo varias novedades y giros sorprendentes. El fenómeno menemista se transformó en objeto privilegiado de atención para los especialistas de las ciencias sociales: la labor de quienes se volcaron a la década previa residió en explicar la anomalía de un gobierno peronista capaz de desarmar las capacidades estatales surgidas en la segunda posguerra sin por ello enfrentar resistencias internas significativas.

En ese sentido, un aporte notable fue el de Aboy Carlés (2001). Para el autor, la RP como fenómeno era deudora de lo que llamaba la “frontera alfonsinista”, es decir, la ruptura con el pasado propiciada por Raúl Alfonsín en el contexto posterior a Malvinas. Si esa propuesta de interpretación asociaba el terror militar y la violencia peronista en el pasado reciente con el faccionalismo y la decadencia del presente, también apostaba a una regeneración de los actores políticos. “La renovación fue así el proceso de regeneración al interior del peronismo, que se constituyó en el marco de la competencia con el alfonsinismo, aunque reproduciendo el horizonte último de una alteridad decisiva que les era común.” (Aboy Carlés, 2001: 272).

Aboy Carlés identificó una ruptura esencial de la RP con la tradición peronista en la “recuperación expresa del papel de la política, ausente en el peronismo tradicional”

(Aboy Carlés, 2001: 275), que la reducía a mera fuente de conflictos espurios. Por su parte, los renovadores se distinguieron de sus predecesores por su capacidad de “reconstituir el juego pendular entre el reformismo avanzado y un discurso de conciliación social. Fue la recuperación efímera de la ambigüedad constitutiva del peronismo: la mediación entre una dimensión nacional popular y una dimensión nacional estatal.” (Aboy Carlés, 2001: 277).

Finalmente, cabe destacar la obra seminal de Carlos Altamirano (2004). Escrito a la manera de un verdadero programa, el trabajo de Altamirano propuso al lector el examen de la dimensión ideológica de la Renovación. Para eso, sin dejar de reconocer la heterogeneidad de la experiencia de la RP, Altamirano eligió concentrarse en la figura de Antonio Cafiero, al señalar que “ningún otro dirigente peronista se asoció como Cafiero al esfuerzo por definir el sentido de la Renovación en términos ideológicos y por unificar el movimiento renovador en torno de esa definición” (Altamirano, 2004: 60)

Según Altamirano, con su invocación a la falta de debate cívico, Cafiero nutrió de mayor densidad el diagnóstico sobre la actualidad peronista: era necesario democratizar el partido, era imprescindible reivindicar el pluralismo, pero además había que desterrar un estilo de conducción que había expulsado el debate y la “lucha por la idea”. Con agudeza, el autor concentró el foco en la Revista Unidos, vinculada a la experiencia cafierista.⁶

¿Cómo valorar estas contribuciones, independientemente del clima de época en que fueron producidas? Sin dudas, hemos aprendido mucho de los autores, pero al mismo tiempo ese aprendizaje puede obturar miradas más complejas. Como señalan Ferrari y

⁶ Sobre Unidos, véase Brachetta (2006), Garategaray (2011, 2013, 2018).

Mellado, “los análisis discursivos contribuyeron en buena medida a abonar una lectura dicotómica de la transformación interna protagonizada por el peronismo en los años ochenta. En efecto, al tomar como objeto de análisis las declaraciones de los propios renovadores que, a falta de un cuerpo doctrinario coherente, tenían que dotar de sentido superador a esa corriente ante cada convocatoria electoral, dieron valor de interpretaciones a las autorrepresentaciones de los propios actores. Con ello, enfatizaron las especificidades y colocaron el nudo explicativo en las diferencias.” (Ferrari & Mellado, 2016b: 25).

Los ejemplos sobran. Por caso, hoy sabemos que la renovación era un campo heterogéneo, abierto a la disidencia, pero sobre todo a las conductas oportunistas. Un campo que conoció permanentes realineamientos en su corta existencia. Otro tanto puede decirse de la ortodoxia, que en verdad es una categoría residual antes que una identidad: los actores opuestos a la RP eran denostados como ortodoxos por los propios renovadores, sin necesariamente identificarse con esa denominación a la hora de elaborar sus propios discursos. Por el contrario, muchos ortodoxos se veían a sí mismos como los verdaderos peronistas, relegando a sus adversarios a categorías menos complacientes, como “socialcristianos”, “socialdemócratas” o incluso, lisa y llanamente, alfonsinistas.

Un caso específico de esta ambigüedad reside en el análisis del papel jugado por Carlos Menem. Renovador desde el primer momento, Menem es evaluado como externo a la RP cuando se trata de analizar un discurso que en verdad se reduce a su ala cafierista, que desconoce o subordina el papel de los caudillos del interior, como el propio Menem, Juárez y otros. Por el contrario, para varios de los análisis centrados en la organización, como veremos a continuación, Menem no es sino el heredero natural de una RP que viene a acabar con el proyecto de un partido sindical.

La heterogeneidad de la RP fue puesta de relieve por los propios intelectuales renovadores. En un escrito inédito de junio de 1986, firmado por Mario Wainfeld, Arturo Armada y Horacio González, podemos leer párrafos como el siguiente:

La renovación peronista es, hasta hoy, una línea interna dotada de apoyos múltiples y variados, con amplias posibilidades de triunfo. [...] No todos los que la integran comparten una visión común del peronismo y la política argentina, ni sustentan un proyecto único. Muchos están sumados a ella por conveniencia, como lo hicieron con el isabelismo o con Luder. Conciben la renovación más como un cambio de imagen y procedimientos que como reformulación crítica de contenidos. El aparato político peronista, en especial del interior del país, tiene una sólida base de políticos prácticos, muy flexibles ideológicamente, prestos a plegarse a cualquier política nacional con posibilidades ganadoras.⁷

Pese a algunas valoraciones curiosas, la heterogeneidad de la RP fue defendida también por Manuel Mora y Araujo en un conocido trabajo. Según el autor, “para algunos renovadores, su movimiento era una propuesta con contenido ideológico, un intento de reformular un programa filosófico capaz de responder a las nuevas demandas de la sociedad y de su propio electorado y de preservar, a la vez, las raíces del justicialismo. Para otros, se trataba de un ajuste programático, una demostración de pura capacidad de supervivencia política, una vocación de continuar en la vida política en una posición de liderazgo sin dejar de pertenecer a esa fuente de poder político que era el aparato político del justicialismo.” (Mora y Araujo, 1995: 61).

⁷ Wainfeld, Mario; González, Horacio; Armada, Arturo (1986). Historia, contexto político y perspectivas de la Renovación Peronista. Buenos Aires, Argentina: inédito. Archivo personal del autor.

Norberto Ivancich sintetizó una idea similar en un texto reciente, al señalar que en el seno de la RP “existían casi tantos grados de renovación e intenciones de democratización como gobernadores o jefes provinciales. No es lo mismo Gioja (San Juan) que Vairetti, ni Menem es igual a Juárez”. Según el autor, ese mosaico de cabezas provinciales que integró los albores de la renovación estaba destinado a estallar. (Ivancich, 2004: 20).

En suma, la complejidad del proceso renovador excede el plano de sus discursos e ingresa de lleno en sus prácticas. La idea de una simple antinomia entre renovadores y ortodoxos se vuelve difícil de sostener en ese plano.

b) Marcos institucionales

La experiencia renovadora sería reinterpretada como un proceso de cambio institucional en los años 1990, momento en que el PJ, vector decidido de las más profundas reformas estructurales de la región, mantenía un importante caudal electoral y cumplía funciones de estabilización del régimen democrático. En ese marco, un espacio sustancial fue acordado a las transformaciones en el vínculo partido – sindicatos, y especialmente, al declive del sindicalismo nucleado en las 62 Organizaciones a manos de dirigentes políticos profesionales.

Un trabajo pionero en ese sentido fue el de Ricardo Gutiérrez (2001, 2003). Siguiendo el modelo de Ángel Panebianco (1990), Gutiérrez propuso ver en el giro programático de Menem hacia posiciones neoliberales la consecuencia de la desindicalización del peronismo, entendida como la caída en la participación sindical, tanto en los órganos partidarios de decisión, como el Consejo Nacional, como en la representación peronista en la Cámara de Diputados. Para Gutiérrez, ambas

transformaciones fueron parte de un mismo proceso de cambio organizativo, es decir, existía entre ellas una vinculación íntima, por cuanto sólo a partir del declive sindical era posible explicar el raudo avance de Menem, casi sin oposición interna.

Gutiérrez argumentó también, cerrando así el debate sobre el potencial aporte de la RP para la transición hacia un régimen democrático, que el abandono de la orientación movimientista tradicional del peronismo, y su reconversión dentro de los márgenes de una organización especializada en la competencia electoral contribuyeron, en conjunto con diversos factores ambientales, a estabilizar y consolidar la democracia argentina.

En un sentido similar, Steven Levitsky (2005) argumentó que el PJ pasó en los años 1980 – 1990 por un cambio fundamental en el equilibrio partidario. Los dirigentes políticos que ocuparon cargos en el congreso nacional, en los gobiernos provinciales y locales, ya no dependían del financiamiento sindical como había sucedido históricamente. Por el contrario, ahora estaban en condiciones de organizar un partido político territorial basado en el clientelismo. Por ende, barrieron sin dudar con los mecanismos informales de participación sindical. Ello obró como antecedente del giro programático ocurrido años después bajo la presidencia de Carlos Menem. Como Gutiérrez, Levitsky evaluó que la capacidad del PJ para responder al desafío del entorno tuvo, en principio, beneficios no sólo para los peronistas sino para el sistema de partidos en general.

Las afirmaciones de Gutiérrez y Levitsky se basan en profundas investigaciones, están sólidamente respaldadas por evidencia y han llegado a formar parte del sentido común de los analistas del período. Ello no las vuelve incontrovertibles, claro está. En principio, dos órdenes distintos de objeciones surgen del trabajo. En primer lugar, el protagonismo otorgado al actor sindical en la historia del peronismo oscurece el papel de la periferia en la política nacional, como ha señalado Gibson (1997). Este aspecto ha sido

recientemente rescatado por una vasta producción de orden subnacional, centrada en la arena provincial. Para Ferrari y Mellado, la perspectiva de Levitsky “desconoce la importancia de la sociabilidad política barrial preexistente al momento clientelar y, en consecuencia, la organización territorial del peronismo que coexistía históricamente con el poder sindical. Por otro lado, lleva a un extremo la reducción de la incidencia que los sindicatos mantuvieron en el peronismo renovado que, aunque ya no podían imponer el tercio de las listas y habían sido desplazados de la conducción partidaria por la rama política, continuaron teniendo gravitación en el MNJ, tanto en el momento renovador como durante el gobierno menemista.” (Ferrari & Mellado, 2016b: 27-28)

En cualquier caso, sobredimensionar el papel del sindicalismo en la historia del peronismo, incluyendo los años 1980, no parece una operación apropiada, ya que simplifica aquello que en realidad constituye una relación compleja. Como señaló recientemente Marcelo Cavarozzi (2009: 153-154)

Los políticos no reemplazaron a los sindicalistas, sino que llenaron un vacío. En algunos trabajos, la ausencia de una perspectiva histórica induce a interpretaciones de la naturaleza del peronismo [...] desde una perspectiva sesgada excesivamente por los fenómenos recientes. [...] El peronismo nunca fue un partido sindical, como para el caso fue, en alguna etapa, el laborismo británico. Una cosa era quiénes votaban y se identificaban con el partido, plano en el cual, obviamente, el componente obrero fue muy importante en el peronismo desde sus orígenes; otra muy diferente, cuál era la estructura de poder dentro del espacio peronista.

El otro elemento que produce cierta incomodidad en trabajos como los de Gutiérrez y Levitsky es la identificación del sindicalismo con una de sus facciones -en concreto, con las 62 Organizaciones- y con una concepción de la participación sindical de tintes corporativos, el tercio. Como ha mostrado James McGuire (1992, 1997), el sindicalismo peronista era un campo plural y fracturado: se encontraba dividido por líneas diferentes,

pero no menos agudas que el campo de la política profesional. Cada una de esas líneas sindicales tenía su propia valoración sobre la importancia de las mediaciones partidarias. Al menos dos de esas líneas, las 62 y los llamados “25”, participaban con frecuencia en esa instancia. Parece más lógico, entonces, partir de una descripción sencilla, en que las alianzas entre corrientes políticas y sindicales –como, por ejemplo, los renovadores y los “25”, o bien los ortodoxos y las 62 Organizaciones, o aún los “15” y el menemismo– atravesaban la división formal en ramas, algo esquemática para describir la contienda política peronista, cualquiera sea la época de que se trate.

c) Perspectivas subnacionales

El reciente trabajo de Ferrari & Mellado (2016^a) corona, en verdad, una década de producciones a escala provincial que vienen mostrando las dificultades acarreadas por una mirada ingenuamente nacional del fenómeno renovador. Atentos a las diversas cronologías de un partido nacional de distrito como el PJ, marcadamente federal en su estructura interna, los trabajos reunidos en la compilación muestran la relativa autonomía de las situaciones locales respecto del plano nacional, antes considerado como el motor explicativo del proceso.

Cronologías desajustadas que, en verdad, reflejan apropiaciones variadas de un discurso nacional por parte de elencos que no se reducen a la antinomia renovación / ortodoxia, y que no se reflejan tampoco en un clivaje que oponga políticos profesionales a sindicalistas, surgen como efecto del cambio de escala y del desplazamiento respecto a la unidad analítica “nacional”. Como señalan las autoras, “una lectura cruzada permite advertir que, aunque algunos sindicatos conservasen una cuota de poder importante en las configuraciones regionales y provinciales, no necesariamente los conflictos se

estructuraron bajo la clave que enfrentaba el ala política y el ala sindical. Las fracciones y las tensiones que atravesaba el partido en algunos distritos provinciales suelen mostrar el alineamiento de ciertos sindicalistas con la rama política y que, si había conflictos, se dirimían por vías distintas de la presión corporativa.” (Ferrari & Mellado, 2016^a: 36)

¿Para qué, entonces, volver a la escala nacional? ¿Cuál es el sentido de esta experiencia? ¿Se trata meramente de “actualizar” un nivel de análisis a la luz de las nuevas evidencias y reflexiones suscitadas?

Creemos que es aún válido, y diríamos necesario, volver a la escala nacional, incluso teniendo presentes los límites y alcances de esta mirada. En primer lugar, independientemente de los desajustes cronológicos y de la autonomía de lo local, sigue siendo cierto que no todo se agota ni se explica en la comparación de experiencias provinciales. Existe un escenario donde los actores provinciales cruzan sus experiencias y disputan por espacios de poder más allá de lo local. Es cierto que ese espacio está profundamente interrelacionado con lo que sucede en ciertos distritos –y de modo saliente, con lo que sucede en la provincia de Buenos Aires-. Pero tampoco es posible una reconstrucción cabal de la escala provincial sin tener en cuenta el escenario nacional, sin ajustar sus lecturas y revisar sus interpretaciones, una vez más. Lo nacional, en suma, requiere de lo local, pero también lo excede, en una relación de mutua interdependencia. La atención al fenómeno local nunca suplirá las carencias de una mirada nacional, que ella misma enriquece. Del mismo modo, la atención al fenómeno nacional ya no puede considerarse suficiente para explicar, por sí misma, los acontecimientos y procesos que atravesó el peronismo de los años 1980.

Fuentes, metodología y escritura

Hemos privilegiado, en esta etapa, dos tipos de fuentes. Los diarios de tirada nacional, verdadero eufemismo para la prensa porteña, y las entrevistas, principalmente dirigidas a referentes del peronismo de aquellos años. Esto desata, inevitablemente, un cruce de métodos entre aquello que, a falta de mejores términos, llamaremos la historia y la memoria. Es de destacar, sin embargo, que nuestra pretensión no fue hacer historia oral, sino recuperar todos los elementos que pudieran servir a la reconstrucción histórica, validando, en la medida de lo posible, los elementos relatados con documentación independiente o, en su defecto, con otros testimonios. Juzgar el resultado no es tarea que nos competa.

Sí nos anima un precepto, el de reponer la incertidumbre del proceso histórico. Los seres humanos hacen su propia historia, eso lo sabemos bien. Pero también sabemos que no la hacen en libertad de condiciones, y que no conocen de ella más que algunas posibles consecuencias de sus acciones. Ello vale especialmente para aquellos años, en que la política, parafraseando a Carlos Altamirano, recuperaba su espesor, tanto en las calles como en los ámbitos académicos.

Y si los protagonistas no sabían del todo lo que estaban edificando, es quizá porque nosotros tampoco estamos al final del camino. En definitiva, toda historia política que se precie debe necesariamente seguir este sendero sinuoso contrario a todo esencialismo y a toda teleología. Como señala Juan Carlos Torre, siguiendo a Darío Roldán, “quien escribe historia política debe esforzarse por restituir en el pasado la incertidumbre del futuro, de modo tal de mostrar a actores tomando decisiones frente a las alternativas que cada uno de ellos tiene ante sí, pero en la ignorancia de las consecuencias últimas de lo que hacen, puesto que no son los únicos implicados en el

juego político. El doble desafío de contar una historia cuyo final se conoce está, pues, en transmitir ese margen de incertidumbre con el que los diversos actores hicieron sus apuestas, y en lograr a la vez que quien la lee acompañe la suerte cambiante de la fortuna política y suspenda durante la lectura lo que ya sabe sobre su desenlace.” (Torre, 2012: 25).

Del mismo modo, hemos elegido tomar distancia de los conceptos macro habitualmente utilizados para clasificar, a la vez que explicar, el peronismo, como *carisma*, *partido carismático*, *populismo*, etc. Sin dejar de reconocer el extraordinario problema que planteaba la herencia intestada de Perón al peronismo como fuerza política, suspendiendo por un instante la pregunta por la clase y el tipo de partido que constituía, creemos que un análisis histórico que se sirva de conceptos situados para analizar prácticas, modalidades organizativas y formas de hacer política que se alejan de los rumbos tradicionales aporta más a la comprensión de un fenómeno político que excede las fronteras de un partido, al menos según su definición burocrática. Por eso nos resulta especialmente útil el esfuerzo historiográfico de Nicolás Quiroga (2012, 2014, 2015). El autor parte de la premisa de que “en determinados momentos partidarios (momentos de normalización, intervalos reconocidos como intensos en trabajo político) las actividades políticas *hacen historia*: articulan normas conocidas con objetivos y prácticas nuevas o transformadas en su significación, sin que ello implicase necesariamente un estado crítico.” (Quiroga, 2014: 83).

En otro escrito, Quiroga nos brinda un concepto capital: el de *vida partidaria*. Se trata de un concepto que “pretende aliviar la influencia de una definición de partido político que nos diga lo que hay que buscar en los documentos estudiados. Y trata, por otra parte, de caracterizar bajo un mismo término, prácticas políticas o sus productos que en algunos procesos estuvieron articuladas con la organización del partido madre o con

los organismos supralocales de decisión (festividades, procesos de negociación política, actos políticos, campañas electorales; pero también mecanismos formales e informales de selección de candidatos, procesos locales de alterización, gestiones creativas para la construcción de instituciones tendientes a generar sociabilidades de diferente naturaleza, manifiestos y programas, convenciones sobre la disciplina y la identidad, etc.). El precepto que intenta ajustar esta definición consiste, por un lado, en entender que el partido ocupaba un lugar importante en la imaginación política de los peronistas, pero eso no significó que todo y todos en todo momento estuviera orientado a la lucha por el control de la incertidumbre a través de la organización partidaria. Y algo más, que no existió una sociabilidad política previa o corregida por las directivas del partido o el Estado.” (Quiroga, 2015: 157-158).

Estructura del trabajo

El texto contiene, además de la introducción, tres capítulos y una conclusión provisoria. El primer capítulo se ocupa, desde un punto de vista global, de la situación interna del peronismo durante los años 1982 – 1983. En ese sentido, siempre convencidos de que fijar el *ground zero* de una investigación es una de las tareas más difíciles de la pesquisa, pensamos en las postrimerías de la Guerra de Malvinas como el momento en que se hace visible que sólo queda el retorno al orden constitucional. Los partidos se van sacando la modorra, y los generales, comodores y brigadieres comprenden que su tiempo se acaba. ¿Cómo era ese peronismo? ¿Qué fuerzas lo movían? ¿Cuáles eran sus figuras? ¿Qué novedades presentaba? He trabajado algunas de estas ideas en mi tesis de licenciatura (Meler, 2014) pero lo cierto es que aquí opté por empezar de nuevo.

El segundo capítulo, el más ambicioso de la serie, intenta reconstruir la vida partidaria del peronismo desde la derrota electoral de 1983 hasta la nueva derrota

electoral, en las elecciones legislativas de 1985. Para muchos peronistas, la sorpresa abre el camino a un replanteo general que pone en discusión todo, o casi todo. Otros, en cambio, se aferran a las viejas certezas. Juntos, navegan las aguas de un mar desconocido, no ajeno a los cantos de sirena, ni a los monstruos marinos. El peronismo conoce de dobles jefaturas, triples jefaturas, conducciones colegiadas, liguillas de gobernadores, rebeliones de diputados, fracturas y difíciles recomposiciones. Y fracasos, sobre todo conoce de fracasos.

Finalmente, el tercer capítulo es la necesaria concesión del relato a lo que sucede en un distrito que es más y menos que un simple caso extracéntrico: la provincia de Buenos Aires. Su crisis, que se abre más temprano y con otra cronología respecto a la crisis nacional -y que hasta se podría decir que es previa a la propia derrota, resultado del difícil cierre de las elecciones internas y del tendal de decepciones que las acompañan- hace a la crisis del PJ nacional, y se alimenta de ella. Pero en la provincia comienza a elaborarse una posible solución, sobre todo a mediados de 1985, como veremos.

Las conclusiones, en tanto, ofrecen un rápido repaso por los momentos álgidos del trabajo, algunas reflexiones de orden conceptual, y la promesa de continuar este escrito, ganando no solamente en extensión temporal -algo esencial si se busca reconstruir el mundo de las ideas, pero también el momento de cierre de la crisis peronista-, sino en profundidad, aprendiendo a reflexionar sobre un partido que requiere de líderes tanto como requiere de votantes, que vive del poder y de ser gobierno y que casi no sabe ser otra cosa.

1. Del “dedo de Perón” a la institucionalización:

Reorganización política y derrota, 1982 – 1983

“Nosotros veníamos de la muerte de Perón en el año 74. Me detengo en eso porque era un movimiento que giraba en torno al dedo de Perón. Entonces el tema era cómo reemplazar el dedo de Perón, y cómo pasar del dedo a la institucionalización.”⁸

Civiles y militares.

Como señaló Luis Alberto Romero (2004: 273), la democracia de 1983 no surgió del derrocamiento del *Proceso* sino de su derrumbe. Conocida la derrota en la Guerra de Malvinas, a mediados de junio de 1982, el poder militar vivió una implosión. El 18 de junio se conoció la renuncia de Galtieri, interinamente reemplazado por el ministro del Interior, Oscar Alfredo Saint Jean.⁹ Para sucederlo, tras varios días de incertidumbre, el Ejército decidió anunciar de manera unilateral la designación de Reynaldo Bignone. Como resultado, se disolvió la Junta Militar: la Fuerza Aérea y la Armada abandonaron el gobierno. Antes de desaparecer, no obstante, la Junta colocó fecha de caducidad al *Proceso*: para los militares, la institucionalización del país debía llegar en los primeros meses de 1984.¹⁰

Llegaba la hora de negociar seriamente con el polo civil, representado por la Multipartidaria. Fundada en julio de 1981, como respuesta al intento aperturista de Viola, la Multipartidaria agrupaba a cinco fuerzas políticas: el radicalismo, el peronismo, la democracia cristiana, el Partido Intransigente y el Movimiento de Integración y Desarrollo (Palermo & Novaro, 2003: 372; Quiroga, 2004: 240). La dirigencia política,

⁸ Entrevista con Jorge Landau, 22 de enero de 2014.

⁹ Clarín, 18/06/1982.

¹⁰ Clarín, 23/06/1982

que salvo notables excepciones –como la de Raúl Alfonsín- había acompañado el esfuerzo bélico, se reunió con Bignone antes del final del mes, reclamando la normalización institucional y la modificación de la política económica.¹¹

Bignone asumió el 1° de julio, y ya el 15 de ese mes cumplió su promesa de levantar la veda política. La dirigencia civil reclamaba dos pasos más: un estatuto que regulase el retorno de los partidos políticos y la elaboración de un cronograma electoral. El Ejército, por su parte, buscaba la sanción de algún tipo de pacto que garantizara el papel militar en el futuro gobierno civil, así como la reivindicación de la llamada lucha antisubversiva.

El Estatuto de los Partidos Políticos llegó a fines de agosto.¹² El mismo cancelaba las afiliaciones vigentes, de modo tal que la reorganización de las fuerzas políticas requeriría necesariamente de un proceso de afiliación masiva. De este modo, el gobierno militar creía ganar tiempo para la concertación.

En septiembre, los diarios anunciaban la reconstitución de la Junta Militar, luego del pase a retiro de los oficiales superiores vinculados al conflicto en el Atlántico Sur. La Junta reunificada ratificó tanto la marcha hacia la institucionalización del país como la necesidad de un acuerdo con las fuerzas políticas.¹³ Pronto se hizo claro que la cuestión de las violaciones a los derechos humanos, que tomaba mayor estado público merced a las denuncias en el país y en el exterior, así como al descubrimiento de fosas NN en distintos cementerios del país y a la actividad sin tregua de los organismos no gubernamentales, estaba en el nudo central de las preocupaciones castrenses. Pero toda

¹¹ Clarín, 24/06/1982.

¹² Fue publicado como suplemento en Clarín, 25/08/1982. En el *Boletín Oficial*, aparece con fecha del 30/08/1982.

¹³ Clarín, 11/09/1982.

iniciativa en ese sentido fue rechazada: los dirigentes civiles estaban convencidos del aislamiento militar y de lo inexorable de la normalización institucional.

En diciembre, una masiva movilización multisectorial, convocada con el aval de la Multipartidaria, desbordaba las calles, reuniendo más de cincuenta mil personas, y quizás el doble de eso. La respuesta represiva arrojaba un muerto, ochenta heridos y ciento veinte detenidos.¹⁴ Convencidas de la impotencia militar, las fuerzas democráticas volvían a reclamar el calendario electoral, pero también “una franca solución a la cuestión de los desaparecidos”.¹⁵ Tras una nueva e infructuosa ronda de negociaciones, el 28 de febrero de 1983 Bignone anunció el cronograma: las elecciones generales tendrían lugar el 30 de octubre, y la entrega del poder el 30 de enero de 1984.¹⁶

¿Y el peronismo?

¿Cómo se organizó el peronismo en este período? ¿De qué manera seleccionó sus candidatos? ¿Cuáles eran sus principales líneas internas? ¿Cuáles eran los modelos de partido en conflicto? ¿Había novedades en curso?

En el movimiento fundado por Juan Perón, todo era confusión. Carente de una tradición burocrática de partido, fraccionado al infinito, congelado en torno a viejas reyertas, el peronismo político había sufrido décadas de represión intermitente o frontal, una larga experiencia de proscripción y la muerte de su líder. Con la presidente del partido, María Estela Martínez de Perón (conocida como Isabel), viuda del expresidente Perón, exiliada y recluida en Madrid desde 1981, la rama política, el Partido Justicialista,

¹⁴ Clarín, 17/12/1982. El manifestante muerto fue identificado como Dalmiro Flores, 28 años, de filiación peronista. Véase Clarín, 19/12/1982.

¹⁵ Clarín, 17/12/1982.

¹⁶ Tiempo Argentino, 01/03/1983.

aunque presidida por su vicepresidente primero, el escribano chaqueño Deolindo Felipe Bittel, se encontraba en verdad virtualmente acéfala.

Frente a tan desalentador panorama, podría parecer diferente la situación de los sindicatos, sobre todo en las áreas más densamente pobladas y urbanizadas. Acostumbrados desde 1955 a ejercer un “doble juego” de representación sindical y política a causa de las constantes interdicciones que sufría el peronismo “político”, los sindicalistas estaban mejor preparados para asaltar las posiciones que correspondían a los políticos profesionales, que en general dependían de su respaldo —económico, antes que nada, pero también simbólico— para hacer política.

Pero esta mirada dicotómica, como hemos sostenido, no debe ser exagerada. En primer lugar, porque en muchos distritos la inserción sindical era débil. En segundo término, porque el sindicalismo no escapaba a las divisiones que caracterizaban al resto del movimiento peronista. Políticos y sindicalistas, aliados, competían por los recursos y el favor popular agrupados en corrientes diversas desde siempre. El dominio sindical, o de una fracción del sindicalismo, no era automático, aun cuando su ventaja frente a la rama política fuese evidente.

¿Cuáles eran las corrientes internas que animaban la vida interna del peronismo? Dos temas eran los que estructuraban su organización: el liderazgo de Isabel Perón y la posición frente al gobierno militar. Así, aunque todavía se hablaba de verticalismo, como obediencia a Isabel, y de antiverticalismo, es decir, de quienes rechazaban ese liderazgo y proponían la organización del partido sobre bases democráticas y no ya corporativas, esa terminología, propia de los años 1974-1975, debía ser clarificada para volverse operativa. Como señala un redactor anónimo del matutino *Tiempo Argentino*,

Desaparecido parcialmente el término “verticalismo” en su significado de lealtad a la conducción de la señora de Perón –ya que ella misma prefiere el silencio-, ha tomado cuerpo como sinónimo de fidelidad a una tradición de enfrentamiento con el régimen militar. Consecuentemente, los verticalistas están en las posiciones más “duras” y en lucha frontal con el gobierno nacional. Por el contrario, entre los “antiverticalistas”, en general, se encuentran dirigentes más dispuestos al diálogo y al entendimiento.¹⁷

Un conocido trabajo, surgido de las usinas cafieristas dos años después del período analizado, clasifica a las corrientes de este período en cuatro líneas: la derecha antiverticalista, la izquierda, la derecha verticalista y el centro. Así, esquemáticamente, la derecha antiverticalista habría buscado la jerarquización del Partido por encima del Movimiento, la promoción de la democracia interna y la oposición al liderazgo de Isabel Perón, así como el diálogo con los militares. La izquierda, por su parte, estaría en frontal oposición al gobierno militar como también al liderazgo de Isabel Perón. La derecha verticalista, sin ser propiamente una corriente, estaba subordinada de manera irrestricta a Isabel Perón, y opuesta a nominar candidatos presidenciales por creer que era tarea de la expresidenta. Finalmente, el “centro”, denominación que escondía todas las diferencias imaginables, “rescataba la condición movimientista del peronismo, al tiempo que daba importancia a la reorganización partidaria y, si bien no hacía del verticalismo a Isabel Perón un dogma, como la derecha verticalista, la admitía como jefa en tanto esa jefatura se ejerciera dentro de las condiciones reales en que se desenvolvía el peronismo. O sea: era la única corriente que combinaba su lealtad hacia Isabel con un reconocimiento de los cuerpos orgánicos –como gustaba llamarlos- del justicialismo.” (Maronese, Leticia & Cafiero de Nazar, Ana & Waisman, Víctor, 1985: 249)

Si colocamos nombres a las cosas, la derecha antiverticalista refería a los nombres del exministro Ángel Federico Robledo y del neurocirujano (y ex delegado de Perón)

¹⁷ Tiempo Argentino, 26/11/1982.

Raúl Matera, los primeros en lanzar sus candidaturas presidenciales en el verano de 1983. Junto a ellos, debe mencionarse a sindicalistas como Jorge Triaca, del gremio de los plásticos, cabeza visible del sindicalismo agrupado en la CGT Azopardo, ciertamente dialoguista.¹⁸ La izquierda, en cambio, estaría representada por Intransigencia y Movilización, una agrupación surgida en plena transición para respaldar, con apoyo de exdirigentes montoneros y de referentes de la otrora poderosa Juventud Peronista Regionales, la candidatura de Vicente Leónides Saadi. La derecha verticalista, por su parte, refería a una serie de posibilidades entre las que cabe destacar exgobernadores como Humberto Martiarena (Jujuy) y Julio Romero (Corrientes), así como de varios ex colaboradores de María Estela Martínez durante su breve presidencia, como por ejemplo Pedro Arrighi, Juan Labaké, Lázaro Roca, etc. También merecen mencionarse la Comisión de Gestión y Enlace, ex Guardia de Hierro, donde los referentes eran Alejandro Álvarez y Virginia Sanguinetti, y el Comando de Organización, dirigido por Alberto Brito Lima. Finalmente, el centro estaría dominado por las figuras de Ítalo Argentino Luder y Antonio Francisco Cafiero, que luchaban por obtener el respaldo del poderoso líder del gremio de los metalúrgicos, Lorenzo Miguel, a la sazón jefe de las 62 Organizaciones Peronistas.¹⁹

¹⁸ Matera fue proclamada su candidatura el 6 de febrero de 1983. Robledo lo hizo el 24 de ese mes. Véase Clarín, 07/02/1983 y Tiempo Argentino, 24/02/1983. La CGT Azopardo había surgido durante la Guerra de Malvinas, como contracara de la CGT Brasil, llamada así por la calle en que se ubicaba su sede. Mientras que en la CGT Brasil se agrupaban los sindicatos más duros en la lucha con la dictadura militar, como la Comisión Nacional de los 25, que había convocado las principales huelgas en su contra y por el retorno del Estado de Derecho, en la CGT Azopardo Triaca reunía a los gremios de mejor diálogo con la oficialidad.

¹⁹ Las 62 Organizaciones, conocidas como el brazo político del movimiento obrero peronista, remontan su historia a los años de la proscripción. Más precisamente, surgen como resultado del fracaso del congreso normalizador de septiembre de 1957, convocado por el entonces interventor de la CGT, Capitán de navío Patón Laplacette, quien buscaba reducir el peso del peronismo en la Confederación y entregar su funcionamiento a los sindicatos antiperonistas. Por el contrario, la historia de las “seis dos” muestra que se convirtieron en un poderosísimo instrumento de poder peronista.

Podrían hacerse muchísimas observaciones a esta clasificación de coyuntura. La más evidente es que la mayoría de los dirigentes peronistas, incluyendo a los sindicales, propugnaban ya para 1982 la organización de un partido democrático, aún sin tener en claro cómo hacer posible la participación sindical, afirmación que ciertamente incluye al “centro”.²⁰ Tampoco debería exagerarse, a la luz de las trayectorias posteriores, la diferencia ideológica entre hombres como Saadi, Romero y Luder. Pero es cierto que la mayoría de la dirigencia peronista de aquellos años rehuía las precisiones cuando llegaba el momento de hablar del papel de Isabel Perón, quien sería elegida, pese a su reclusión madrileña, una y otra vez como presidente del partido –condición que ostentaba desde 1974- hasta por lo menos 1986-1987.²¹ También es cierto que para marzo de 1983, momento en que comienzan a verse los resultados de la masiva campaña de afiliación propugnada por todas las líneas del peronismo, la mayoría de las fichas de afiliación habían sido aportadas por hombres y mujeres que militaban en ese centro político. De hecho, la campaña presidencial del peronismo pronto quedó reducida a la lucha entre Luder y Cafiero: Robledo, Matera, Saadi y los verticalistas extremos quedaron aislados.

¿Qué había pasado? Tras largos años de desencanto, los partidos políticos argentinos parecían ser más populares que nunca, pero en el caso del peronismo se trataba de un verdadero récord. Al 30 de abril de 1983, había en el país 5.610.520 afiliados, que

²⁰ “En el partido entiendo yo que no puede haber ramas”, había declarado Robledo a la Revista *Vísperas*, N°9, abril de 1982. También Triaca había pedido por “un partido peronista fuerte”. Véase Triaca, Jorge: “Que el partido reemplace a Perón”, en *Clarín*, 01/07/1983.

²¹ En agosto de 1982, Isabel había roto el silencio para afirmar que no intervendría. “No estoy dispuesta a hacer dedocracia. Que quede claro. Creo que esta actitud mía es beneficiosa para el peronismo y para el país. Que no esperen nada de mí”. Véase *Clarín*, 27/08/1982. Si bien meses más tarde sería el blanco de durísimas críticas por recibir al Almirante Massera en su residencia madrileña, en un gesto que parecía apañar las ambiciones del otrora hombre fuerte de la Armada, en líneas generales la ex presidente se mantuvo al margen de las disputas políticas durante esta etapa.

representaban el 31,4% del padrón electoral total. Si bien el 80% de esos afiliados se concentraba en los dos principales partidos, el Partido Justicialista reunía nada menos que tres millones (3.005.355) de fichas, mientras que el radicalismo concentraba 1.410.123.²² Muchos peronistas creyeron en ese momento que las elecciones serían una mera formalidad. El nivel de optimismo llevó a un redactor de la revista *Unidos* a postular que el peronismo era el mayor partido político de Occidente.²³ Para la mayoría de los observadores identificados con el justicialismo, sólo quedaba repartir los cargos. Lo que no quedaba claro era entre quiénes.

El otro elemento que estaba claro para marzo era la importancia que había cobrado Lorenzo Miguel. Había reducido las oposiciones internas a su liderazgo en la Unión Obrera Metalúrgica, tanto conciliadoras como combativas. Había unificado al sindicalismo verticalista, al aliarse con la Comisión Nacional de los 25, constituyendo la CGT República Argentina en febrero de 1983. Pero, además, al ser el principal aportante de fichas partidarias, en alianza con el bonaerense Herminio Iglesias, el líder metalúrgico se había convertido en el gran elector del peronismo. Y aunque se manifestaba prescindente, sus principales lugartenientes en las 62 Organizaciones (Fernando Donaires, Rodolfo Ponce, Diego Ibáñez y el propio Iglesias) se movilizaban desde febrero por la candidatura de Ítalo Luder.²⁴

Una muestra del poder de Miguel pudo apreciarse en marzo. El vicepresidente primero en ejercicio de la presidencia del PJ, Deolindo Bittel, vio su posición amenazada por una autoconvocatoria del congreso nacional justicialista, máxima autoridad del PJ, por parte de la derecha verticalista. En parte como respuesta, y en parte como mecanismo

²² Clarín, 18/05/1983. Tiempo Argentino, 19/05/1983.

²³ Mundt, Carlos, "La afiliación peronista". Unidos N° 2, julio de 1983.

²⁴ Clarín, 12/02/1983.

para adecuar la Carta Orgánica de 1975 a las exigencias del Estatuto de los Partidos Políticos emitido por el gobierno militar, Bittel convocó al congreso, con sus mandatos vencidos. La maniobra era precaria, como naturalmente sucede en un período de transición. Miguel apoyó fuertemente a Bittel, y éste sorteó la prueba con éxito. Como señaló el periodista Diego Dulce, “resulta sintomático el papel de árbitro absoluto ejercido por el jefe de las 62 Organizaciones, que no es congresal y tampoco tiene fuerzas apreciables en el organismo.”²⁵

La Carta Orgánica

Como recién dijimos, según la Carta Orgánica de 1975, revalidada en 1983, la máxima autoridad del Partido Justicialista era su Congreso Nacional. Sus miembros eran elegidos por sistema indirecto, por los congresos de cada distrito. El Congreso elegía a los candidatos a presidente, vicepresidente, y legisladores nacionales.

Pero el Congreso tenía previsto reunirse como máximo una vez por año.²⁶ Para las tareas cotidianas, la autoridad residía en el Consejo Nacional, también elegido por el Congreso. El Consejo Nacional estaba integrado por un presidente, un vicepresidente primero, un vicepresidente segundo, un secretario general y doce vocales titulares. Según la Carta, el consejo “es el órgano permanente encargado de cumplir y hacer cumplir las disposiciones de esta Carta Orgánica, las resoluciones del Congreso Nacional y las reglamentaciones que en su consecuencia se dicten. Representa la máxima autoridad

²⁵ Dulce, Diego: “La candidatura de Bittel en marcha”, en *Tiempo Argentino*, 05/03/1983.

²⁶ El Congreso Nacional Justicialista se había reunido con esa frecuencia en los años setenta. En su última reunión, el 6 de marzo de 1976, había designado como presidente a Isabel Perón, vicepresidente primero a Deolindo Bittel, y vicepresidente segundo a Néstor Carrasco. El secretario general era Lázaro Roca, entre los vocales figuraba el entonces intendente de Avellaneda, Herminio Iglesias. Véase Ladeuix (2014: 227)

ejecutiva del Partido y es el encargado de orientar la acción partidaria, en los casos no previstos por resoluciones del Congreso Nacional.”²⁷

Por ende, la interna peronista se resumía a la elección de congresales locales y nacionales por cada distrito, que elegirían a los candidatos en cada nivel. Las elecciones se realizarían por turnos, entre junio y agosto. En septiembre tendría lugar el Congreso Nacional Justicialista, que designaría a los candidatos a presidente y a vicepresidente.

Como ya dijimos, en el verano se habían lanzado las candidaturas de Ángel Federico Robledo, por la Coordinadora de Acción Justicialista, y Raúl Matera, por el Movimiento de Reafirmación Doctrinaria. Ítalo Luder, si bien había manifestado su deseo de ser nominado, no había proclamado su candidatura, y tampoco había constituido un sector: según decía, buscaba ser el candidato de la unidad.²⁸

Sin ser una opción mayoritaria, también debemos mencionar un emprendimiento generacional de notable inserción nacional: Convocatoria Peronista, liderada por Carlos Grosso.²⁹ Su presentación pública tuvo lugar el 11 de marzo de 1983, en el Luna Park, donde congregaron entre diez y quince mil personas para recordar con música y política

²⁷ Carta Orgánica Nacional del Partido Justicialista, 1975, artículo 26. Archivo personal del autor.

²⁸ Todavía en abril de 1983, Antonio César Morere, periodista de Clarín, señalaba que “no existe una corriente con el sello específicamente luderista, pero el expresidente provisional del Senado Ítalo Argentino Luder fue reuniendo espontáneas adhesiones, al punto de que su precandidatura ha ido creciendo sin una campaña proselitista específica, más que la encarada por los sectores que le dieron su apoyo”. Véase Morere, Antonio César: “La geografía del justicialismo”, en Clarín, 12/04/1983.

²⁹ Grosso, que pese a su juventud ostentaba el reconocimiento a una importante trayectoria, había motorizado la publicación de una extensa solicitada el 1° de julio de 1982, donde con citas a Perón, el Evangelio y León Gieco, presentaba en sociedad a “una nueva generación de dirigentes [...] dispuesta a compartir con los hombres veteranos la responsabilidad de conducir a la Nación”. La solicitada había concitado las firmas de una importante camada de peronistas, entre los que cabe destacar a Miguel Ángel Toma, Raúl Carignano, Raúl Álvarez Echague, Rubén Marín, Julio Aurelio, Eduardo Setti, José Bordón, Luis Macaya, Enrique Albistur y otros. Véase Clarín, 01/07/1982, pp. 22-23.

los diez años de la victoria de Cámpora.³⁰ Norberto Ivancich (2004: 11) ha señalado que Convocatoria era una iniciativa que “nucleaba a quienes habían estado en el Comando Tecnológico Peronista –CTP- en la década del 70 pero que aparecía como proyecto novedoso por su discurso adecuado a los nuevos aires democráticos y que nucleaba a protagonistas como Carlos Grosso y Miguel Ángel Toma –Capital Federal-, Roberto Carignano –Santa Fe-, José Octavio Bordón –Mendoza-, Remo Constanzo –Río Negro- y otros dirigentes.” Y agrega:

El CTP había sido un grupo conducido por el teniente Julián Licastro durante los primeros años de la década del 70; nucleó a sectores provenientes del catolicismo que se habían volcado al peronismo como es el caso de los ex seminaristas Grosso y Toma o dirigentes estudiantiles de la Universidad del Salvador, como Bordón y Cabodeassi. Los principales dirigentes del grupo se habían quedado en el país, no siendo el caso de Licastro; por eso, a principios de la década del 80, Grosso asume la conducción del grupo y se desvincula del dirigente exiliado, dándole una impronta muy particular a la nueva agrupación. Otra característica de algunos dirigentes de Convocatoria Peronista será su vinculación con el grupo SOCMA, de Franco Macri. Algunos de ellos serán gerentes del conglomerado del empresario mencionado sobre todo su máximo dirigente y Bordón en Mendoza. En las elecciones partidarias de Capital Federal, se presentó esta agrupación interna como Lista Naranja y llegó a reivindicar como fórmula presidencial la de Luder – Grosso. (Ivancich, 2004: 12).

Grosso, por su parte, lo recuerda así:

Después de la Guerra de Malvinas, cuando ya comienza a explicitarse la apertura política, toda mi generación tiene que tomar una decisión de cómo participar adentro del peronismo. La gran mayoría de mis contemporáneos generacionales opta por colocarse dependiendo de algún dirigente más histórico. En ese contexto, yo convoco a un grupo de amigos que habíamos militado en el Comando Tecnológico Peronista, que habíamos conocido en la tarea de la Dirección de Educación de Adultos, del Ministerio de

³⁰ Por la política hablaron, entre otros, el propio Grosso, Julio Guillán y Carlos Menem. Los participantes pudieron disfrutar de la actuación del Cuarteto Zupay, el Chango Farías Gómez, Alejandro Lerner y Rubén Rada. Véase Tiempo Argentino, 11/03/1983 y Clarín, 12/03/1983.

Trabajo, etc., y les hago una propuesta de que armemos una agrupación más generacional. O sea que busquemos abrirnos camino en un espacio propio, y no dependiendo de un dirigente histórico. Y el sentido de Convocatoria Peronista es ya el espíritu de una proto renovación generacional. Y así junto a “Pilo” Bordón, a José Manuel de la Sota, a Raúl Carignano en Santa Fe, a Rubén Marín en La Pampa, etc. Se hace una muy linda agrupación [...] El primer acto político masivo del peronismo lo hace Convocatoria Peronista en el Luna Park [...] Ahí habla Menem, al que invitamos, también habla Camus, son los dos dirigentes más veteranos que hablan [...] y después hablan dirigentes nuevos. La invitación a Menem fue la invitación... Él no formaba parte de la agrupación. Fue simplemente como un referente que tenía el peronismo.³¹

EL MUSO

Restaba la candidatura de Antonio Cafiero. El exministro replicaba algunos rasgos de la estrategia luderista: si bien había indicado que quería ser presidente, no había lanzado oficialmente su candidatura. Pero en cambio, Cafiero había constituido una agrupación, el Movimiento de Unidad, Solidaridad y Organización (MUSO), en septiembre de 1982. El MUSO, inicialmente constituido para respaldar la reelección de Deolindo Bittel al frente del Partido Justicialista, contaba con el apoyo de la Comisión Nacional de los 25, el grupo sindical que había protagonizado las principales huelgas contra la dictadura militar. Su primer documento era una verdadera plataforma de avanzada, resumida en veinte puntos (Iribarne, 2006: 159), que fueron firmados por Miguel Unamuno, Darío Alessandro, Oscar Albrieu, Roberto García, Oraldo Britos, José Rodríguez, Carlos Farizzano, Alberto Iribarne, Carlos Corach, Horacio Alonso, Irma Roy y otros dirigentes.³²

Históricamente ligado a las 62 Organizaciones y al sindicalismo ortodoxo, Cafiero no buscaba enfrentar a Lorenzo Miguel, sino concitar su apoyo. Pero el efecto fue el

³¹ Entrevista a Carlos Grosso, 14/11/2016.

³² Clarín, 10/09/1982.

contrario: según una conocida interpretación, “la adhesión inicial de Lorenzo Miguel [...] se trocó en un rotundo rechazo al conocer la participación protagónica de los 25 en dicho nucleamiento.” (Cordeu & Mercado & Sosa, 1985: 22) También Roberto Digón declaró que “la cercanía de Antonio con los 25 terminó definiendo la opción de Lorenzo Miguel por la candidatura a presidente de Ítalo Luder en 1983.” (Cafiero, 2011: 385).

Entrevistado para esta investigación, Digón amplió el concepto:

En definitiva estábamos disputando el poder dentro del peronismo, y dentro del movimiento obrero también, y en ese momento, la Unión Obrera Metalúrgica, durante toda la etapa de la resistencia, la vuelta de Perón hasta... diría, hasta estos últimos años, la Unión Obrera Metalúrgica fue siempre la columna vertebral del movimiento obrero [...] En ese momento, Lorenzo Miguel y quienes lo asesoraban veían como que “los 25” eran la expresión del peronismo combativo y que iban consiguiendo, al lado de Antonio Cafiero, un poder real o una supremacía que a ellos no les gustaba y que iba en deterioro de su poder dentro del movimiento obrero, y esto los llevó a tomar una posición favorable a Luder.³³

Aunque con otra mirada del proceso, Alberto Iribarne también confirma que la gravitación de los “25” había minado las chances de Cafiero de contar con el soporte de Miguel:

Cuando se constituye el MUSO, los sindicalistas que quieren participar, y que finalmente participan en el documento constitutivo, y en la constitución del MUSO, es del grupo de los 25, Roberto García, Roberto Digón, etc., que, en ese momento, estaban enfrentados a lo que era la conducción de Lorenzo Miguel, que había salido de la cárcel hacía relativamente poco tiempo, y a las 62 Organizaciones, digamos, al sindicalismo más tradicional. Entonces, obviamente, eso volcó a los que no estaban dentro del

³³ Entrevista con Roberto Digón, 16 de abril de 2018. Cafiero había trabado relación con “los 25” durante la dictadura militar, en la denuncia de las violaciones a los derechos humanos cometidas en ese período desde el Estado, y en particular, desde la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos.

*MUSO a apoyar otra alternativa. Ese es otro de los ingredientes que contribuyó a que el ala sindical de las 62, el ala tradicional, Lorenzo Miguel, se volcaran hacia Luder.*³⁴

Quizá también hayan incidido cuestiones personales. Carlos Corach, entrevistado por nosotros, habla en dos ocasiones de una aversión mutua entre Diego Ibáñez y Cafiero.

*Cuando muere Perón, la real conducción del peronismo, hasta 1982, son las organizaciones sindicales, y especialmente la Unión Obrera Metalúrgica. Era la cabeza del peronismo. Todos nosotros estábamos amparados, digamos, por las estructuras sindicales, todos los políticos. Y la más importante, la más influyente en ese momento, era la Unión Obrera Metalúrgica. En la Unión Obrera Metalúrgica, presidida por Lorenzo Miguel... era el lugar donde se decidían todas las candidaturas, de presidente para abajo. Y ahí tenía un problema Cafiero, que no sé muy bien cuál era, y salió Luder. Él tenía un problema con Diego Ibáñez, que era un hombre muy influyente sobre Lorenzo Miguel.*³⁵

En todo caso, con el apoyo de Miguel, Luder se convertía en favorito aún antes de iniciar la ronda de consultas con el afiliado. Pero Lorenzo no deseaba dejar sin nada a Cafiero: desde el primer momento, “decía que había que jugar con dos primeros violines en los principales espacios electivos del país, esto es, Ítalo Luder a la presidencia de la Nación y Antonio Cafiero a la gobernación de la provincia de Buenos Aires.” (Cordeu, Mercado & Sosa, 1985: 25)

Estas decisiones de Miguel eran conocidas dentro del peronismo para el verano de 1983. Carlos Corach, entonces asesor de Deolindo Felipe Bittel, lo recuerda así,

En febrero de 1983, al regreso de mis vacaciones, me dirigí juntamente con Iribarne al modesto hotel en Castelli y Rivadavia donde se hospedaba Bittel. Era simplemente una visita de rutina en la que Iribarne y yo le informamos que al día siguiente retomaríamos las tareas de la campaña de Cafiero. En ese momento nos enteramos no sólo de que Cafiero no sería el candidato a presidente, sino que era nuestra misión informarle de esa decisión. La explicación que dio Bittel fue que Cafiero tenía una gran oposición

³⁴ Entrevista con Alberto Iribarne, 21 de mayo de 2018.

³⁵ Entrevista con Carlos Corach, 17 de abril de 2019.

en el sector sindical, de Lorenzo Miguel y sobre todo del petrolero Diego Ibáñez. “Se inclinan por Luder”, dijo el escribano. Las razones del rechazo gremial tenían más que ver con cuestiones personales que con cálculos políticos, pues Cafiero era un candidato con mejores chances que Luder. (Corach, 2011: 106)

Al día siguiente, sábado, Corach e Iribarne se reunieron con Cafiero y le transmitieron “la nueva oferta de Bittel: que aceptara ser candidato a gobernador de la provincia de Buenos Aires. [...] Bittel había convenido con Herminio que, si Cafiero aceptaba la candidatura en un plazo breve, aquel declinaría la suya.” (Corach, 2011: 107). Pero el plazo fijado a tal efecto venció sin que Cafiero respondiera. El exministro volvería tarde sobre los pasos de una candidatura presidencial de pobres apoyos para intentar el acuerdo de la “mesa chica” del peronismo en torno a su candidatura. Pero mientras tanto, llegaba la hora de las urnas.

Las elecciones

El domingo 12 de junio de 1983 comenzaba el proceso electoral interno, tanto en el peronismo como en el radicalismo. Mientras que en el centenario partido fundado por Alem e Yrigoyen, Alfonsín sacaría una ventaja inicial apreciable –y, a la postre, decisiva– consolidándose como alternativa al justicialismo, a los analistas les costaba más interpretar quién iba adelante en la interna peronista. Muchos ganadores se declaraban prescindentes y las listas eran más una respuesta a situaciones provinciales que a agrupamientos nacionales. Por otra parte, las elecciones internas en el peronismo no invalidaban la realización constante de negociaciones particulares entre representantes de los candidatos favoritos.

Ese domingo, los peronistas votaban en **San Luis**. La lista Blanca – Azul y Blanca, identificada con el MUSO y con Bittel, impulsaba a Oraldo Britos, dirigente ferroviario devenido en político, como presidente del PJ de la provincia y a Adolfo Rodríguez Saá,

apoderado del partido, como candidato a gobernador. La lista opositora, el Frente de Unidad Justicialista, o Lista Naranja, postulaba para ambos cargos a Eduardo G. Mones Ruiz, apoyado por Eloy Camus y Carlos Menem. Mones Ruiz apoyaba a Luder. La victoria, sin embargo, correspondió a Britos.³⁶

Por una de esas extrañas ironías de la historia, en esos días Cafiero cuestionaba con dureza la metodología de las “reuniones cumbre”. Ya lanzado como candidato presidencial por un sector del MUSO, el ex ministro rechazaba los rumores que señalaban que descendería a la candidatura por la provincia de Buenos Aires para allanarle el camino a Luder – Bittel, diciendo que “son las elecciones internas las que van a decir quiénes serán los candidatos.”³⁷ Días después, afirmaba que “las grandes decisiones no se pueden adoptar en encuentros de 4 o 5 dirigentes, por más notables que sean [...] Como lo señalara el general Perón, el único heredero es el pueblo, y por lo tanto, los candidatos del peronismo surgirán del pronunciamiento de todos los afiliados en su conjunto y serán refrendados por el congreso partidario, que es soberano.”³⁸ Meses más tarde, sin embargo, su mirada sería otra.

El 26 de junio, en ese ambiente caldeado, llegaba la hora de tres provincias: Entre Ríos, La Pampa y **San Juan**. En esta última provincia, bastión del viejo caudillo Eloy Camus, se presentaban cuatro listas: la Verde, conducida por él, candidateaba al ex rector de la Universidad, Juan Lloveras. La Blanca, por su parte, estaba dirigida por el ex dirigente de Guardia de Hierro César Gioja y el secretario general de la CGT provincial, Ubaldo Montaña, adherido a las 62 Organizaciones y a la CGT-RA. La lista Celeste,

³⁶ Tiempo Argentino, 12/06/1983. Clarín, 13/06/1983.

³⁷ Tiempo Argentino, 13/06/1983. Cafiero se había lanzado el 20 de junio en un acto del MUSO. Véase Clarín, 21/06/1983.

³⁸ Tiempo Argentino, 21/06/1983.

identificada con el Movimiento de Reafirmación Doctrinaria de Raúl Matera y apoyada por Intransigencia y Movilización, llevaba a Hugo Giuliani y Ruperto Godoy.³⁹ Finalmente, la lista Rosada – Isabel Conducción, catalogada de “ultraverticalista”, candidateaba a Roque Galerano. La derrota de Camus fue tan categórica como sorpresiva, y el triunfo de la lista Blanca se traducía en el apoyo de Gioja a Ítalo Luder y Antonio Cafiero, “habiéndose acordado una repartición de congresales nacionales entre ambos sectores”, aunque hubiese una preferencia del ganador por el ex presidente del Senado.⁴⁰ El segundo puesto sería del materismo, el tercero de los “verdes”, antes hegemónicos, y el cuarto, muy lejos, de los “rosados”.

También en **La Pampa** eran cuatro las listas.⁴¹ Las dos principales eran la Lista Perón y Evita, del exgobernador Aquiles José Regazzoli, y la Lista Naranja – Lealtad y Unidad Peronista, de Rubén Marín, un hombre de Convocatoria Peronista que se había desempeñado como vicegobernador entre 1973 y 1976. Completaban la oferta electoral el exministro Néstor Ahuad y el ex diputado y dirigente gremial ferroviario Esteban Rolando. El triunfo correspondió a Marín, quien se alzaría con la candidatura a gobernador y apoyaría decididamente a Luder.⁴² El segundo puesto fue para Ahuad, que también apoyaba a Luder.

En **Entre Ríos**, donde se elegían 21 convencionales, había cinco listas habilitadas. El MUSO apoyaba a Tradición Peronista, encabezada por el ex vicegobernador Dardo Blanc y el último gobernador, Enrique Cresto. Enfrente se posicionaba Alianza Justicialista, de Carlos Vairetti y Gino Cavallaro, ambos pertenecientes a Convocatoria

³⁹ Clarín, 27/06/1983. Tiempo Argentino, 26/06/1983.

⁴⁰ Tiempo Argentino, 27/06/1983.

⁴¹ Tiempo Argentino, 26/06/1983.

⁴² Clarín, 27/06/1983.

Peronista. Completaban la lucha por las aspiraciones la luderista Lista Verde –Juan Domingo Perón, de Héctor Rodríguez y Juan Sparza, el Movimiento de Reafirmación Doctrinaria, a través del materista Luis Antelo, y una quinta lista, ultraverticalista, centrada en la figura de Carlos María Scalzi. Allí venció netamente el frente apoyado por el MUSO.⁴³

¿Qué estaban votando los peronistas? Desde Buenos Aires, se realizaban recuentos de delegados muchas veces intrincados, que eran en sí mismos operaciones de prensa. Pero el afiliado operaba distinto: no tenía frente a sí a Luder o a Cafiero, y votaba en consecuencia. Como señalaba Diego Dulce,

Los afiliados peronistas votan a quienes consideran los mejores hombres de cada distrito, con independencia de su adhesión a corrientes y precandidatos nacionales. Una demostración palmaria de este hecho surge de una serie de circunstancias. Por un lado, la victoria de listas que prefieren postergar definiciones en torno de la fórmula final, como es el caso de Convocatoria Peronista, ganadora en La Pampa y primera minoría en Entre Ríos. Y en segundo lugar –ya casi como elemento desconcertante-, la constitución de listas con dirigentes que adscriben públicamente a nominaciones distintas, tal como ha sucedido en Entre Ríos, donde el titular de la línea adhiere a la nominación del candidato del MUSO, presumiblemente Antonio Cafiero, y su lugarteniente en la lista se pronuncia por la designación presidencial de Ítalo Luder. También se da la situación inversa, en San Juan, cuyo postulante a gobernador mostró su apoyo a Ítalo Luder, mientras el aspirante a vice se corría a Buenos Aires para abrazar a Antonio Cafiero. Que estas definiciones se produjeran pocas horas después de que en los distritos se proclamaran sus triunfos, muestran que la adhesión a precandidatos a la fórmula presidencial no constituye un motivo esencial para crear alianzas a nivel dirigente ni para definir las preferencias de los afiliados a la hora de votar.⁴⁴

⁴³ Clarín, 27/06/1983.

⁴⁴ Dulce, Diego: “El justicialismo no vota por candidatos nacionales”, en Tiempo Argentino, 29/06/1983.

El periodista sacaba varias consecuencias de este fenómeno. Por una parte, habría que esperar bastante, posiblemente hasta el congreso nacional partidario, para conocer al candidato del peronismo, en septiembre. Y, en segundo término, a ese congreso llegarían muchos delegados “independientes”, sin un firme compromiso con uno u otro. También era notoria la preeminencia de candidatos del llamado verticalismo. De 51 congresales puestos en juego hasta ese momento, 49 pertenecían al tronco del verticalismo y sólo dos, en San Juan, eran materistas.

El domingo 3 de julio, las internas se reanudaron. El PJ votaba en Chaco y Santa Cruz. En **Chaco**, se presentaban cuatro listas, siendo la favorita “Unidad y lealtad”, orientada por el escribano Bittel, vicepresidente primero del justicialismo en ejercicio de la presidencia. También se sometían al voto del afiliado el Movimiento de Bases Peronistas, de Rafael Rubén Sotelo, la Lista Azul, de Adolfo Torresagasti y la Lista Marrón, de Intransigencia y Movilización, que postulaba a Raúl Moreno.⁴⁵ La victoria de Bittel, que en el interior de la provincia era muchas veces el único en presentar lista, mereció un reconocimiento colectivo por parte del candidato, quien dijo:

*Este no es un triunfo de Bittel solamente, sino también del verticalismo y del peronismo del Chaco. Acá ganó toda una línea que ha mantenido la lucha en estos años, y que ahora está alineada en el MUSO, que aunque yo no pertenezca a él, tengo allí a mis mejores amigos y mis más entrañables compañeros.*⁴⁶

En **Santa Cruz**, con 13 mil afiliados, la favorita era la lista Verde de Arturo Puricelli, que postulaba una fórmula con Edgardo Murguía. A esta lista se oponían la Blanca, de Manuel López Leston, y la Celeste, de Félix Ríquez. Allí Puricelli venció cómodamente. Aunque apoyado por el MUSO, sorprendió con su prescindencia.

⁴⁵ Tiempo Argentino, 03/07/1983.

⁴⁶ Tiempo Argentino, 04/07/1983.

¿Quién iba adelante en la interna? Había tantos números como interesados. En una emisión televisiva, Cafiero había indicado que “para quien analiza con objetividad los resultados que se están produciendo hasta el momento, de 83 congresales nacionales elegidos hasta ahora en seis provincias, 65 pertenecen al MUSO.” En cambio, para el luderismo el saldo era inverso: 45 congresales correspondían al expresidente provisional del Senado, 35 al ex ministro de Economía, y 3 a Raúl Matera.⁴⁷

Por esos días se especuló brevemente con una fórmula de unidad, Cafiero – Luder o Luder – Cafiero. Como señalaba Antonio César Morere, “la carrera presidencial en el peronismo ha quedado limitada a dos figuras: Ítalo Luder y Antonio Cafiero. No debería extrañar, entonces, que, para evitar una lucha presumiblemente desgastante, ambos confluyeran en una fórmula unitiva.”⁴⁸ En esos mismos días, en una nota que resaltaba la centralidad del verticalismo, Diego Dulce decía

*Vale la pena apuntar que una fórmula conjunta (Luder – Cafiero, Cafiero – Luder o Luder – Bittel) tendría hoy la representación del 95% de las listas triunfantes en las provincias definidas. Sobre 83 congresales nacionales, 80 se definen por adherir a ellos, mientras tres quedan en poder de Raúl Matera.*⁴⁹

¿Era posible? Aunque los dos candidatos principales se mostraron en principio abiertos a la idea, en la práctica las ambiciones de uno y otro de liderar la fórmula impedían todo entendimiento por el momento. Por otra parte, el puesto de vicepresidente ya era codiciado por Bittel, como reveló Corach (2011: 107).

Se acercaba otro fin de semana de alto voltaje para el justicialismo. El sábado 9 de julio, se votaba en **Córdoba**, mientras que el domingo 9, hacían lo propio Corrientes, Misiones

⁴⁷ Tiempo Argentino, 05/07/1983.

⁴⁸ Morere, Antonio César: “Una fórmula entre dos”, en Clarín, 28/06/1983.

⁴⁹ Dulce, Diego: “Arrollador avance verticalista en la interna del justicialismo”, en Tiempo Argentino, 07/07/1983.

y La Rioja. En la provincia mediterránea, donde más de 255.000 afiliados estaban habilitados para votar, se presentaban nada menos que seis listas, con predominio neto de la Lista Blanca, Frente Unidad y Lealtad, que orientaba Raúl Bercovich Rodríguez. Unidad y Lealtad era una gran lista, que a su vez agrupaba al MURO (el MUSO cordobés), al Frente Doctrinario Justicialista, a la Coordinadora de Acción Justicialista, a la Corriente Fundacional y a otros grupos. Bercovich, amplio favorito con asistencia perfecta en los 26 departamentos de la provincia apoyaba a Luder desde el inicio, y éste incluso había viajado al acto de cierre de la campaña electoral.⁵⁰

Por su parte, la Lista Verde, en que convergían la Corriente Renovadora Justicialista, el Frente Renovador, la Federación de Agrupaciones Verticalistas, Movilización Justicialista, etc., postulaba al candidato más joven de la interna, José Manuel De la Sota, con 33 años, quien era apoyado por Convocatoria Peronista de Carlos Grosso.

Tercera en orden de favoritismo figuraba la Lista Azul y Blanca, encabezada por Julio Antún. La cuarta, la Lista Celeste de Carlos Palacio Deheza, conocido antiverticalista. Luego venía la Lista Rosa, del Movimiento de Reafirmación Doctrinaria y otros grupos, y finalmente la Lista Azul, Intransigencia Peronista, encabezada por Horacio Obregón Cano, hijo de Ricardo Obregón Cano, que se presentaba sólo en la ciudad de Córdoba. El triunfo correspondió a Bercovich Rodríguez, y la minoría a la Lista Verde de De la Sota.⁵¹

Venían inmediatamente después los comicios del domingo. En **Corrientes**, tres listas concurrían al evento electoral. La favorita era la 17 de Octubre, orientada por el exgobernador y titular del partido en el nivel provincial, Julio Romero. Luego lo seguía la Lista Unidad y Lealtad, liderada por el mayor retirado Carlos Farizzano, un hombre de

⁵⁰ Tiempo Argentino, 08/07/1983.

⁵¹ Tiempo Argentino, 10/07/1983.

Bittel. Finalmente, restaba Enrique Vassel, por la lista Azul y Blanca. La cerrada victoria de Romero, con eje principal en la ciudad capital, le permitió obtener la mayoría sobre Farizzano.⁵² Se trataba de la primera victoria del verticalismo de derecha en la serie: Romero no favorecía candidato presidencial alguno.

En **Misiones**, el exgobernador Miguel Alterach, de público apoyo al MUSO y a las 62 Organizaciones, competía con tres listas: Afirmación Peronista, de Jorge Humada, que proponía la candidatura de Luder; 50throughout y Liberación Justicialista, de Carlos Ripoll, referenciada en Convocatoria Peronista de Carlos Grosso y por último, Intransigencia y Movilización, de Leopoldo López Forastier. El triunfo correspondió a Humada contra Alterach, que obtuvo el segundo puesto tras un duelo parejo en la capital provincial. Nuevamente, era Luder quien sonreía.⁵³

Se había votado también en **La Rioja**, que elegía nueve convencionales nacionales. Allí era favorito Carlos Menem, por Unidad y Lealtad, frente a la corriente Movimiento Nacional, orientada por Enrique Telle Roldán, que se apoyaba en el MUSO. Cerraba las listas el exsenador Blanco, también luderista, con la lista Mesa de Confraternidad. El triunfo de Menem fue total, adjudicándose mayoría y minoría. Y de nuevo sonreía Luder, pues Menem lo había invitado al acto de cierre.

Transcurrido el primer mes de internas, nuevamente podía apreciarse el contraste en los balances sobre la experiencia electoral en curso: mientras el MUSO sostenía que contaba con 87 congresales nacionales en respaldo de Cafiero, contra 47 que respondían a Luder y 49 que se mantenían prescindentes, el luderismo precisaba que 111 de los 181 congresales elegidos aportaban a su candidatura, contra solo 51 que respondían al ex

⁵² Tiempo Argentino, 11/07/1983.

⁵³ *Ibíd.*

ministro de Economía, tres que se referenciaban en Raúl Matera y 18 –los correntinos– independientes.⁵⁴ Esto marca, una vez más, que los que en verdad estaban ganando eran los dirigentes provinciales del peronismo, y no sus eventuales apoyos “nacionales”, la mayoría de los casos con inversiones políticas centradas en la Capital Federal y la Provincia de Buenos Aires. La otra consecuencia que puede extraerse reside en la necesidad que existía, al menos entonces, de reabrir una instancia de negociación para dirimir los apoyos reales de cada contendiente.

Continuaban las elecciones internas: era el turno de Formosa y Chubut. En **Formosa**, triunfaba la lista Azul de Floro Bogado, quien pese a estar apoyado por el MUSO no era hombre de Cafiero. Bogado, además del apoyo mencionado, contaba con el que proporcionaba la Comisión de Gestión y Enlace.⁵⁵ En **Chubut**, en cambio, debieron pasar unos días, pues el parejo duelo entre la lista Roja de César McCarthy y la Verde de Hebe Corchuelo Blasco, excandidato a gobernador en 1962 y 1973, dio como resultado un ajustado triunfo de este último.⁵⁶

Para ese momento, deseosos de abrir las negociaciones, desde la oficina de Luder sus partidarios difundieron un cuadro (ver apéndice al capítulo 1) que resumía la distribución de los 207 congresales electos al 20 de julio. Según la misiva, Luder lideraba la consulta con 117 convencionales contra 47 referenciados en Bittel, 3 de Matera y 40 Independientes.

Llegaba la hora de **Santa Fe** y Mendoza. La primera provincia era la gran esperanza del eje Robledo / Matera: con 300.000 afiliados, elegía nada menos que 63 congresales

⁵⁴ Tiempo Argentino, 13/07/1983.

⁵⁵ Clarín, 18 y 19/07/1983.

⁵⁶ Tiempo Argentino, 22/07/1983. Según *Tiempo...* sin embargo, sería McCarthy quien contaría con la mayoría de los delegados al congreso provincial.

nacionales. Allí, la lista Unidad, que nucleaba a los antiverticalistas, era el resultado “de la fusión de los seguidores del exdirigente sindical Luis Rubeo, materista, con las fuerzas que responden a Alberto Bonino, roblealista. [...] También integran el acuerdo las huestes de Luis Sobrino Aranda y del sector de la Coordinadora de Acción Justicialista que lidera Dante Aranda.”⁵⁷

Hay discrepancias en la cantidad de listas que efectivamente se presentaron. Según Maina (2016: 156), el 24 de julio “disputaron la conducción provincial, a partir de un formato de elección indirecta de congresales, cuatro listas: la Dos, Unidad, que nucleaba a los dirigentes Rubén Cardozo, Alberto Bonino, Luis Rubeo y Juan A. Martino; la Cuatro, Verticalidad, que tenía sus bases en Línea Nacional (vinculada a la figura de José María “Pepe” Rosa como referente) y postulaba a Lorenzo Decándido, Rubén Álvaro González y Hugo Bagli como principales candidatos; la seis, Junta Interdepartamental, que reunía entre otros a Raúl Carignano, Eduardo Cevallo, Miguel Gómez y Celestino Marini, recibía el apoyo de la UOM Santa Fe y tenía cierta cercanía con Carlos Grosso; y la Ocho, Justa, Libre y Soberana, vinculada a Cafiero a nivel nacional y apoyada por fragmentos del MUSO y el Movimiento de Unidad Verticalista, representada por Edgardo Calafell, Hugo Ortolán, Jorge Albertengo y Rodolfo Di Marco. Salvo la lista Ocho, a nivel nacional las demás se encolumnaban detrás de Luder.”

Pero el anunciado triunfo del antiverticalismo se demostró como un espejismo. En comicios relativamente parejos, finalmente se impuso la lista 6, Junta Interdepartamental. La lista Dos obtuvo el segundo puesto, denunciando en palabras de Rubeo el “fraude más escandaloso de la historia de los partidos políticos argentinos” (Maina, 2016: 157). La

⁵⁷ Tiempo Argentino, 22/07/1983.

lista apoyada por el MUSO, que había contado con la presencia de Antonio Cafiero en el acto de cierre, obtuvo un lejano tercer lugar.⁵⁸

Ese domingo, 24 de julio, se votaba en **Mendoza**, como hemos anticipado. Con 108.525 afiliados, el peronismo mendocino presentaba cinco listas. La Celeste y Blanca correspondía al Movimiento de Reafirmación Doctrinaria Justicialista. El materismo postulaba a Alberto Serú García como presidente del partido. También competía la Azul y Blanca, suma de la agrupación 17 de octubre y de la Coordinadora de Acción Justicialista, con Horacio Farmache a la cabeza. La lista Amarilla, por su parte, aliaba a Unidad y Lealtad con el Frente de Unidad Justicialista, y llevaba como candidato a José Bauzá, con el apoyo de Mario Zaffore. La lista Blanca, Unidad Peronista, respaldaba al general ® Pedro León Lucero como jefe partidario y a Ernesto Corvalán Nanclares, ex ministro de justicia como candidato a gobernador. Corvalán Nanclares apoyaba abiertamente a Luder.

Pero la lista favorita era la Verde, que en rigor aglutinaba a las listas Verde, Azul y Convocatoria Peronista. Proponía a José Carlos Motta para titular partidario y gobernador a la vez, apoyado por hombres como Antonio Spano y José Bordón.⁵⁹ Y finalmente, esta fue la lista ganadora. ¿Victoria del MUSO? No tan rápido. Como señalaba el ganador,

*Si bien es verdad que nuestra lista adhirió al MUSO, no tenemos candidato a presidente, como tampoco lo tiene el MUSO.*⁶⁰

Preocupados ante el avance de Alfonsín en las encuestas, los dirigentes peronistas comenzaban a agruparse en torno a Luder. Jugó un rol clave en este proceso el

⁵⁸ Tiempo Argentino, 25/07/1983.

⁵⁹ Tiempo Argentino, 24/07/1983.

⁶⁰ Clarín, 26/07/1983.

vicepresidente primero, Deolindo Bittel, quien contaba con el respaldo real de buena parte de los convencionales elegidos hasta esa fecha por el MUSO. Como señalaba un redactor anónimo en *Tiempo Argentino*,

La posible fórmula Luder – Bittel ha insinuado un comienzo de orden en la dispersión peronista, mientras tiembla el suelo bajo la carga en abanico de Raúl Alfonsín por el centro, la izquierda y la derecha [...] El posible respaldo de Deolindo Bittel en una fórmula compartida fortaleció a Ítalo Luder en su reñida puja con Antonio Cafiero por la postulación presidencial. Bittel, afirmado en los 47 congresales que ganó en las internas del Chaco, San Luis y Entre Ríos, acordaría ser candidato a la vicepresidencia en fórmula con Luder. Al margen de que a Luder le guste o no, la fórmula podría concretarse por necesidades de rápida unidad partidaria. El dirigente chaqueño está vinculado al MUSO de Cafiero, y su incorporación a una fórmula con Luder debilitaría al ex ministro de Economía.⁶¹

Esa semana, las declaraciones de Bittel a favor de Luder colocaron al MUSO al borde de la fractura.⁶² Inmediatamente, un sector ligado a los 25 ratificó la candidatura de Cafiero. Pero estaba claro que el instrumento de su candidatura presidencial quedaba irremisiblemente debilitado. Se le ofrecía, todavía, la candidatura a gobernador de la provincia de Buenos Aires.

¿Pero la cedería Herminio Iglesias? Fernando Galmarini, hombre muy cercano en esos años a Antonio Cafiero, nos relató que, para una fecha que podemos situar a finales de julio de 1983, Iglesias todavía esperaba a Cafiero.⁶³ Según Galmarini, fue el propio Lorenzo Miguel, desde su casa en el barrio de Villa Lugano, quien lo llamó para conminarlo a visitar a Iglesias, que se hallaba convaleciente de una operación de apéndice en una clínica de Constitución, en la Capital Federal. Galmarini acudió con instrucciones precisas: solicitarle a Iglesias que decline su candidatura a favor de Antonio Cafiero. Para

⁶¹ “Estarían orejeando la fórmula Luder – Bittel”, en *Tiempo Argentino*, 24/07/1983.

⁶² Dulce, Diego: “Ratifican adhesiones a la precandidatura de Cafiero”, en *Tiempo Argentino*, 29/07/1983.

⁶³ Entrevista con Fernando Galmarini, 14 de octubre de 2016.

su sorpresa, al arribar descubrió que no era el único en esa tarea, pues la habitación donde Iglesias cursaba el posoperatorio era frecuentada por dirigentes que portaban idéntica misión.

Al conversar con Iglesias, Galmarini relata que el ex intendente de Avellaneda accedió al pedido. Presto, el hombre de San Isidro llamó nuevamente a Miguel, quien le propuso que ese mismo día y de inmediato llevase a cabo la igualmente delicada tarea de convencer a Cafiero, invitado por la noche a un programa televisivo, de abandonar la carrera presidencial. Galmarini acudió al domicilio de Cafiero, transmitiendo nuevamente el mensaje de Lorenzo: la candidatura a gobernador debía ser aceptada en el programa. La respuesta de Cafiero, dada durante el programa, fue negativa.

Podemos fechar esa reunión en torno al 29 de julio de 1983, día en que Herminio Iglesias fue intervenido.⁶⁴ Esa noche, Cafiero declaró que sólo retiraría su candidatura “si es que la señora de Perón y los cuerpos orgánicos del movimiento me lo pidieran.”⁶⁵ El acuerdo, tomando en cuenta este testimonio, era nuevamente frustrado.

El exministro depositaba su fe en dos elementos. Primero, la crítica elección de la provincia de Buenos Aires aún no había tenido lugar. Si el MUSO alcanzaba una decisiva victoria en ese distrito, que albergaba casi a la mitad de los delegados nacionales del peronismo, su candidatura podría renacer. En segundo término, Cafiero buscaba un acuerdo con diversas fuerzas, incluyendo a la derecha verticalista, al antiverticalismo y a los independientes. Estaba claro: sus posibilidades no dependían ya del MUSO.

⁶⁴ Clarín, 30/07/1983.

⁶⁵ Clarín, 31/07/1983. Véase también Tiempo Argentino, 04/08/1983.

Finalmente, Cafiero desconfiaba de las verdaderas intenciones de Iglesias, con el recuerdo vivo de los desencuentros entre Calabró y Bidegain en los años setenta.

Faltaba una quincena para la crítica jornada electoral de la provincia de Buenos Aires. Entretanto, el 31 de julio se votaba en **Catamarca**, donde llegaba el previsible triunfo de Vicente Saadi. Su lista, la Azul, obtenía mayoría y minoría frente a la Marrón del exgobernador Hugo Mott.⁶⁶ Sería la única victoria de Intransigencia y Movilización en todo el proceso electoral.

El 7 de agosto se votó en **Río Negro**, donde la lista Celeste del exgobernador Mario Franco obtuvo una cómoda victoria frente a la Lista Blanca de su ex ministro de Economía, Omar Raúl Lehner.⁶⁷ Aunque cercano al MUSO, Franco había anticipado que no daría su apoyo a ningún candidato antes del congreso nacional partidario.

Llegaba la jornada crítica. El 14 de agosto se votaba en Capital Federal, Salta, Jujuy, Santiago del Estero, Tucumán y en la Provincia de Buenos Aires. En la **Capital Federal**, las 62 Organizaciones habían apostado a una lista de unidad, que precisamente se llamaba Lista Azul – Unidad, y el resultado era bastante alentador: representantes del Frente de Unidad Peronista (luderista), del Bloque Político Sindical (62 Organizaciones), del Consejo de Unidades Básicas (Guardia de Hierro), de la Agrupación 30 de marzo (MUSO) y de otras agrupaciones menores habían sellado un pacto detrás de la candidatura de Carlos Ruckauf. Sólo Carlos Grosso, amparado en Convocatoria Peronista, les ofrecía resistencia a través de la candidatura del telefónico Julio Guillán, por la Lista Verde, Renovación Peronista, que aspiraba a la minoría.⁶⁸ Finalmente, con la complicidad de la

⁶⁶ Tiempo Argentino, 01/08/1983.

⁶⁷ Tiempo Argentino, 08/08/1983.

⁶⁸ Tiempo Argentino, 07/08/1983.

Junta Electoral, la Lista Azul se alzó con los 28 cargos del Consejo Metropolitano Justicialista. El mecanismo, dudoso en extremo, consistió en contabilizar los votos en blanco. De ese modo, la Lista Verde, Renovación Peronista, que había superado el 25%, quedó reducida a un 18%.⁶⁹

En **Jujuy**, se enfrentaban la lista Azul Lealtad, liderada por el exsenador José Humberto Martiarena, ultraverticalista, y la lista Celeste y Blanca, encabezada por Ricardo De Aparici, que apoyaba al MUSO. Con una diferencia: mientras que De Aparici era candidato a titular del partido y a la gobernación, Martiarena sólo aspiraba a la titularidad del PJ, contando con nominar a Carlos Snopek para la Casa de Gobierno provincial.⁷⁰ Martiarena, que propiciaba la rehabilitación y la candidatura de Isabel Perón, dobló en votos a su adversario.

En **Salta**, las dos listas principales eran la liderada por Carlos A. Caro, Unidad Peronista, apoyada por el MUSO, y la de Roberto Romero, Unidad y Renovación, apoyada por la Comisión de Gestión y Enlace, ex Guardia de Hierro.⁷¹ Tras un trámite arduo, propio de una elección muy pareja, para inicios de septiembre se conocería el triunfo de Roberto Romero y su consiguiente candidatura a gobernador.⁷²

En **Santiago del Estero**, el prolongado liderazgo de Carlos Juárez debía vencer la oposición de tres listas: la Azul y Blanca (Francisco López Bustos y Víctor Yunes), la Verde (Armando Meossi) y la Rosa (Argentina Liegard de Cárdenas).⁷³ Juárez, uno de los pocos caudillos del Norte que apoyaban a Luder de manera abierta, ganó con facilidad.

⁶⁹ Tiempo Argentino, 16/07/1983.

⁷⁰ Tiempo Argentino, 14/07/1983.

⁷¹ Tiempo Argentino, 12/08/1983.

⁷² Clarín, 02/09/1983.

⁷³ Tiempo Argentino, 12/08/1983.

En **Tucumán**, el exgobernador provincial Fernando Riera, por la lista Celeste, era el gran favorito. La más seria amenaza a su triunfo residía en la lista de unidad conformada entre Amado Juri, ligado al MUSO y Oscar Sarrulle, materista. Una tercera lista estaba encabezada por el ex presidente de la Cámara de Diputados de la Nación, Nicasio Sánchez Toranzo.⁷⁴ La lista de Riera se impuso con amplitud y fue designado como candidato a gobernador.

¿Y en **Buenos Aires**? En la provincia que concentraba la porción decisiva de congresales, y que podía, virtualmente, dar vuelta la elección, nada había sido fácil, desde el mismo comienzo. Como ha mostrado Marcela Ferrari (2009), los intentos de Iglesias, el hombre fuerte detrás de la junta reorganizadora del partido, de controlar el proceso de afiliación habían llevado al choque con la justicia federal. Exitoso en ese conflicto, el grupo que aspiraba a controlar al PJ bonaerense se presentaba como Lista Azul, y contaba con el respaldo de los *alfiles* de las 62 Organizaciones en el territorio –Fernando Donaires, Rodolfo Ponce, Diego Ibáñez-.⁷⁵ Su apoderado fue Manuel Quindimil, abogado de Lanús que había pertenecido a la Junta Reorganizadora.

Frente a este armado, las otras listas eran minoritarias. El antiverticalismo se nucleaba en la Coordinadora de Acción Justicialista, que en la provincia tenía por referentes a Diego Guelar, Juan José de Issola y Manuel Bianchi. En las elecciones provinciales se presentaron como lista Amarilla. Gestión y Enlace, por su parte, formó la Lista Azul y Blanca. Con un fuerte trabajo territorial, especialmente en La Matanza, su referente fue Daniel Adrogué y su apoderado, Alberto Melón. El luderismo presentó la Lista Marrón, cuyo apoderado era Juan Carlos Gallego. Y estaba también el MUSO, que se jugaba sus

⁷⁴ Tiempo Argentino, 14/08/1983.

⁷⁵ Ponce era de Bahía Blanca, Ibáñez era de Mar del Plata, del SUPE.

últimas cartas al presentarse como Lista Celeste, cuyo apoderado era Carlos Álvarez. Sin presentar una lista provincial, era fuerte en la Octava Sección la Lista Roja y Azul, de José Carmelo Amerise.

El 14 de agosto el triunfo correspondió a la Lista Azul, que logró 320 congresales provinciales.⁷⁶ El segundo puesto, disputado por unos días, respondió a Gestión y Enlace, que obtuvo 140. Según Ferrari (2009: 115), “el consejo provincial quedó constituido por ocho dirigentes de la lista Azul, cuatro de Gestión y Enlace, dos del MUSO y dos de la lista Roja y Azul”.⁷⁷

Pero la figura estelar del armado era el propio Iglesias. La algo clásica semblanza de Marcela Ferrari es la siguiente:

A los 53 años, con educación primaria, empadronado como comerciante, Iglesias se autorrepresentaba como “político de extracción gremial”. Es cierto que a comienzos de los '60 había sido dirigente metalúrgico de Avellaneda y titular de la Agrupación Rosa que respondía a Rosendo García y Augusto Timoteo Vandor. Sin embargo, en 1962 se había retirado de la militancia sindical para dedicarse a la política desde un lugar vinculado al ejercicio de la violencia que llevaban a cabo las bandas armadas que intimidaban a votantes y dirigentes. Fue intendente de Avellaneda entre 1973 y 1976. En 1982 era secretario político del consejo nacional justicialista y había logrado colocar en la junta reorganizadora de la provincia de Buenos Aires a hombres y mujeres de su confianza, entre otros, su presidente Manuel Quindimil –de quien más tarde se escindió- Clara Laura Manuel y Marta Jorquera. En los medios circulaba la versión de que esa junta era un seudópodo más de la tentacular estructura de promoción de Iglesias, lo cual se hizo más evidente cuando se presentó como una de las listas internas que competirían en la interna partidaria, la número 10 o Lista Azul, cuyo apoderado fue el mismo Quindimil. Iglesias estaba

⁷⁶ Clarín, 15/08/1983.

⁷⁷ Integraban el máximo órgano bonaerense dos representantes por sección electoral. Eran Omar Marinucci, Roberto Navarro, Guillermo Ball Lima, Víctor Peralta, Herminio Iglesias, Manuel Torres, Rufino Herce, Carlos Alfredo Alberti, José Miguel Landín, Teodoro Luis García, Alfredo Peñaloza, Oscar Fioramanti, Alberto Melón y Luis Echevarría. Ferrari (2009: 115).

vinculado con representantes del régimen dictatorial, los jefes de policía generales Ramón Camps y Fernando Verplaetsen, y con Monseñor Plaza, del ala más tradicionalista de la jerarquía eclesiástica. (Ferrari, 2009: 103)

Pero Iglesias era más que la suma de su capital social sumariamente descrito aquí. Es cierto que ejercía variadas formas de violencia, que comenzaban con una incontinencia verbal poco vista en un dirigente político. También era el jefe de la única estructura de poder no sindical en la provincia de Buenos Aires: un vasto aparato territorial con presencia en todo el conurbano, basado en los viejos intendentes y operadores de cada distrito. Según Palermo y Novaro (1996:183), “Iglesias contaba con buena parte del aparato territorial del PJ en la provincia, el único poder real autónomo de los sindicatos, por lo que enfrentarlo implicaba un conflicto de imprevisibles consecuencias”. Como lo señala Jorge Landau,

Herminio es en realidad el primer renovador, no Antonio Cafiero. [...] En el 83, para mí hay un fenómeno muy interesante, que es Herminio Iglesias. Herminio Iglesias había sido intendente de Avellaneda del 73 al 76, y cuando volvía la democracia, él trató de armar, con los intendentes de la provincia de Buenos Aires, la nueva organización del peronismo bonaerense. Y él armó una nueva estructura, porque ahí se cancelaron las afiliaciones, y como venía la normalización institucional, él comenzó a afiliar, y comenzó a hacer afiliar, a todos los exintendentes que formaban parte de la rosca de él. Él se apoyó en Manolo Quindimil en Lanús, que era su vecino, en Federico Russo en La Matanza, en el Cholo Morguen en Quilmes –que ahí estaba Angelito Abasto-, y con Narciso Vázquez en Almirante Brown, y con Manolo Torres en Lomas de Zamora. Esa era la estructura que tenía armada, muy fuerte, Herminio. Que entendía que la provincia de Buenos Aires, por cómo estaba compuesta, tenía que manejarse con la unidad de una de las secciones y la división de la otra. La unidad de la Tercera y la división de la Primera. Sobre esa base se armó la estructura de poder de Herminio. Pero no es eso lo que te quiero contar. [...] Como nosotros veníamos con la inercia del movimiento sindical, como estructura vertebradora del peronismo, que además le daba unicidad territorial nacional, porque los sindicatos estaban en todo el país, y tenían una estructura que eran las 62 Organizaciones, a cuyo frente estaba Lorenzo Miguel. Y tenía [Miguel] tres adláteres, uno era Fernando Donaires, y el otro era Diego Ibáñez y el otro era [Rodolfo] Ponce. [...] Fito Ponce era de

recibidores de granos de Bahía Blanca, y Diego Ibáñez era de Mar del Plata, era del SUPE de Mar del Plata. [...] Esos tipos estaban alrededor de Lorenzo, pero esos tipos se le apartan a Lorenzo y se van con Herminio, a partir de la fortaleza de Herminio, de la fortaleza de la Tercera Sección Electoral. Porque, así como, para manejar la provincia, vos necesitás ser fuerte en una de las dos secciones importantes, para subordinar al interior, entonces, si vos tenés unida la Tercera y tenés una parte de la Primera, tenés el interior también. Cuando ellos, que tenían experiencia en el peronismo de la provincia, vieron eso, se le despegaron a Lorenzo. Y comenzaron a hacer un doble juego: estaban al lado de Lorenzo, pero jugaban con Herminio. Te estoy preparando esto para que entiendas el momento en que van a discutir las listas de la provincia de Buenos Aires, las listas de diputados nacionales. [...] Ya había ganado Herminio [...], ya había perdido Cafiero la interna, ya había pasado el Congreso del Polideportivo. Le van a pedir el tercio gremial, esto es, que del total de las listas de diputados nacionales y de legisladores provinciales, el sindicalismo tenía que tener un tercio de esos cargos. Bien. Herminio le dice: si vos me das a mí, Lorenzo, un tercio de la UOM, yo te doy un tercio de las listas. [...] Eso, para mí, esa discusión, es la que marca la diferencia metodológica y organizativa. Porque a partir de ahí, el peronismo se dejó de manejar con lo que marcaba el sindicalismo, la UOM, las 62 Organizaciones, para pasar, el péndulo, a depositarse en la organización territorial, en la organización de la militancia. [...] Esos tipos eran la consecuencia del trabajo territorial, los que habían ganado la interna, y el sindicalismo, que era el que había estructurado al peronismo hasta ese momento, era el pasado. ¿Por qué era el pasado? Porque intentaba manejar con el dedo del sindicalismo las listas de cada uno de los distritos. Lo que planteaba Herminio era que había que hacerlo de abajo hacia arriba con el trabajo territorial de los punteros.⁷⁸

⁷⁸ Entrevista con Jorge Landau, 21 de enero de 2014. Esto no significa, cabe aclarar, que finalmente las listas no se hayan integrado con hombres del campo sindical, sino que esos hombres debían su lugar en ellas a Iglesias antes que a Miguel. El eje de poder estaba cambiando en el peronismo, y no necesariamente una militancia gremial garantizaba un lugar expectante. Interpretar toda presencia sindical como una imposición del tercio podría ser un error, en nuestra opinión.

El turno de las negociaciones⁷⁹

En este punto, la candidatura de Cafiero tenía una vigencia casi espectral. Aunque Iglesias jugó unos días al misterio, mientras se aseguraba de contar con la fidelidad de los congresales propios, su aventura de poder encajaba en el proyecto de Luder: ambos se necesitaban, aunque no tuviesen mucha simpatía el uno por el otro. Restaba preguntarse por dos cosas: el nombre del acompañante de Luder y el del candidato a gobernador de Buenos Aires. Bittel respondió a la primera cuestión movilizando sus congresales. Cafiero y Herminio debían responder a la segunda.

Iglesias, que según diversas fuentes se había comprometido con Lorenzo Miguel a ganar la provincia y ponerla a disposición de las candidaturas de las 62 Organizaciones, ahora había cambiado de parecer. Si en ciertos momentos del año había mostrado disposición a esperar a Cafiero, esa disposición se evaporó una vez consumado el acto electoral. En reiteradas ocasiones blandió las credenciales de quien había recorrido la provincia y, sobre todo, de quien contaba con los congresales. Hábil tejedor, cuando el 20 de agosto lanzó su candidatura a la gobernación, buscó también el apoyo de Gestión y Enlace y del robledismo, que enviaron a Adrogué y a Guelar, respectivamente, al encuentro. También tejió lazos con la lista Roja y Azul, a cuyo conductor, José Carmelo Amerise, ofreció la vicegobernación. No en vano, en ese lanzamiento el dirigente de La Matanza, Federico Russo, dijo, en clara alusión a Cafiero:

⁷⁹ El 21 de agosto tendría lugar el último turno electoral, en la provincia de Neuquén. Triunfó la lista de Oscar Massei, que apoyaba a Luder y se consolidó como candidato a gobernador.

*Que nadie haga rosca ni componendas y que la provincia elija libremente su candidato a gobernador, porque el movimiento peronista no es una boleta de quiniela y el que jugó a la cabeza deberá jugar a la cabeza, y el que no, tendrá que conformarse con los premios.*⁸⁰

Lorenzo Miguel intentó una mediación. La intransigencia de los principales jugadores de la interna, sin embargo, complicaba el panorama. Según un conocido matutino,

*Miguel, que no se postula a cargos gubernativos, aparece como posible árbitro de las diferencias entre Luder, Cafiero e Iglesias. El secretario general de las 62 Organizaciones y de la Unión Obrera Metalúrgica controla la mayor parte del movimiento sindical [...]. Y las preferencias de Miguel parecen claras desde las reuniones cumbre de la dirigencia peronista tres meses atrás, cuando presentó su prolija receta para llevar a Luder a la presidencia, a Cafiero a la gobernación y a Iglesias probablemente a la primera senaduría por la provincia. El plan fue rechazado varias veces por Cafiero, incluyendo cuando se lo propuso nuevamente hace tres semanas el vicepresidente primero del partido, Deolindo Bittel, que aparece como el más probable compañero de fórmula de Luder. Por su parte, Iglesias parecía hasta hace poco tiempo dispuesto a ceder la candidatura a la gobernación a una figura de la talla de Cafiero, pero la elección interna del domingo último cambió el panorama, al mostrarlo como una fuerza electoral muy superior a la que se atribuía.*⁸¹

Sólo quedaba reunir a los jugadores. Tras un primer encuentro fallido, el 22 de agosto Ítalo Luder, Antonio Cafiero, Deolindo Bittel, Lorenzo Miguel, Herminio Iglesias y otros dirigentes se reunieron en el Teatro Lola Membrives, propiedad del empresario Carlos Spadone.⁸²

Esa reunión ha pasado a la posteridad merced al pertinaz testimonio de Antonio Cafiero, quien insistió, en un sinnúmero de oportunidades, en ver sólo entonces el naufragio de su

⁸⁰ Tiempo Argentino, 20/08/1983.

⁸¹ Orlando, José María: “La enredada trilogía de Luder – Cafiero – Iglesias”, en Tiempo Argentino, 21/08/1983.

⁸² Tiempo Argentino, 22/08/1983. Cafiero en sus memorias dice que la reunión tuvo lugar en el Teatro Odeón. No pudimos corroborar ese dato.

proyecto presidencial.⁸³ El primer testimonio de ese encuentro es una carta de Cafiero a Darío Alessandro que, fechada en octubre de 1983, antes de las elecciones, apareció publicada en 1985. (Cordeu & Mercado & Sosa, 1985: 236). Allí, a diferencia de versiones posteriores, Cafiero invocó la fuerza relativa del MUSO para explicar su conducta:

Mi apreciación de la situación era la siguiente: el MUSO era, probablemente, la corriente política interna de mayor gravitación en el futuro Congreso Nacional del Partido, pero su fuerza era insuficiente para nominar la fórmula presidencial frente al peso electivo de las 62, de los congresales ganados por Luder y de aquellos que, aun siendo del MUSO, respondían a Bittel. Esta situación podía solamente revertirse si todos los congresales de la provincia de Buenos Aires se ganaban para los eventuales candidatos del MUSO. Nosotros no habíamos ganado las internas bonaerenses. El MUSO y nuestros asociados podíamos legítimamente aspirar a una representación equivalente a la mitad de los congresales nacionales nominados por la provincia. El resto no dependía de nosotros.

¿Qué esperaba Cafiero? A esa altura, estaba dispuesto a renunciar a la candidatura presidencial, a cambio de un compromiso de los presentes de garantizarle la candidatura a gobernador de la provincia de Buenos Aires, la vieja promesa de Miguel. Sin embargo, este acuerdo de caballeros tenía una arista inesperada. Aparentemente en ruptura de algún compromiso previo con el titular de la UOM, Iglesias se negó a discutir las candidaturas en la provincia. Y allí naufragó la cumbre, en la imposibilidad de consensuar el nombre del candidato a gobernador. Naufragio que al menos dejaba una certeza: la fórmula

⁸³ Muchos analistas, creyendo a pies juntillas la versión, han postulado que el peronismo eligió sus candidaturas en un proceso clandestino, ajeno a las internas. Sin embargo, esto es incorrecto. Como venimos de describir el peronismo había cumplido con una amplia movilización previa.

presidencial del peronismo sería Luder – Bittel: así lo decidía la aritmética de las alianzas y los delegados que jugaban en ellas.⁸⁴

Quedaba poco tiempo para el congreso provincial cuando Cafiero decidió aceptar, secundado por Manuel Torres, la candidatura a gobernador. Lo hizo en el Hotel Colón, de la Capital Federal, difundiendo la versión de que eran 408 los congresales que lo apoyaban. El mismo día, Herminio Iglesias y José Carmelo Amerise, con la presencia de Diego Ibáñez, Rodolfo Ponce, Alberto Melón, Diego Guelar, y Manuel de Anchorena, ratificaron su candidatura “indeclinable”, con un mensaje para Cafiero. Dijo el propio Iglesias:

*No hay 800 congresales, y si nosotros tenemos el apoyo de 400, no veo cómo en el otro sector puede haber otros 400. Esas son equivocaciones que les suelen ocurrir a los economistas.*⁸⁵

Eran 677 los congresales, y efectivamente alguien estaba equivocado. Pero en esas condiciones, con los dos candidatos reclamando para sí la mayoría del congreso, llegó la jornada del 25 de agosto. En La Plata, en el complejo polideportivo del Club Gimnasia y Esgrima, tendría lugar la batalla final por la nominación al sillón de Dardo Rocha.

Y fue verdaderamente una batalla. Hubo tiros, enfrentamientos, heridos, y las barras de Herminio Iglesias, con la colaboración de la policía bonaerense, comandada por su aliado Verplaetsen, y ante la pasividad de la justicia, dominaron el escenario y los alrededores.⁸⁶

⁸⁴ Tiempo Argentino, 23/07/1983; Clarín, 23/07/1983. Hay dos relatos fácilmente accesibles de Cafiero, uno de ellos se encuentra en Suriano & Álvarez (2013: 241). El otro, más completo, en sus memorias (Cafiero, 2011: 386). También hay una nota en *Página 12*. Véase “Aparecé lejos de los sindicalistas”, *Página 12*, 30/10/2008.

⁸⁵ Tiempo Argentino, 24/07/1983.

⁸⁶ La vedora judicial, Alicia Vincent, había sido acusada por notorios dirigentes peronistas por su supuesta pertenencia a Guardia de Hierro. Véase Tiempo Argentino, 28/08/1983 y 30/08/1983.

En ese clima, fue imposible deliberar: el sector de Cafiero, unos 230 congresales sobre 648 presentes, decidió retirarse, mientras Iglesias era confirmado como presidente del Partido Justicialista de la Provincia de Buenos Aires. La fórmula Iglesias – Amerise fue consagrada por 408 congresales, contra 15 para Cafiero – Torres, 7 en blanco y dos anulados (Ferrari, 2009: 119). Como quedaban otras tareas, entre ellas la definición de las listas de legisladores, el congreso pasó a cuarto intermedio.⁸⁷

Reunidos en el Hotel Corregidor de La Plata, y luego en el Hotel Colón de Buenos Aires, los cafieristas decidieron acudir a la justicia y solicitaron un nuevo congreso, con plena custodia policial. Inicialmente tuvieron un eco favorable en el juez Héctor Gustavo De la Serna, pero los tiempos de la política eran estrechos: el peronismo debía oficializar sus candidatos el 10 de septiembre, y era impensable que lo hiciera sin el concurso de los delegados bonaerenses.

Mientras tanto, el congreso provincial del justicialismo retomó sus sesiones en la ciudad de Lanús. Allí, luego de ratificar la fórmula Iglesias – Amerise, los 462 delegados presentes seleccionaron al consejo provincial y a los candidatos a legisladores nacionales y provinciales, así como los congresales nacionales del peronismo. En la lista de candidatos a diputados nacionales, encabezada por Diego Ibáñez, entre los primeros 42 puestos el diario Tiempo Argentino identificaba “13 representantes de las 62 Organizaciones, igual número de la Junta Reorganizadora que lidera Herminio Iglesias, 3 de la Comisión de Gestión y Enlace (ex Guardia de Hierro), 2 robledistas y uno por la agrupación Lealtad y Ortodoxia, el luderismo y el Comando de Organización. Ocho

⁸⁷ Clarín, 26/08/1983.

representantes no tienen una posición definida.”⁸⁸ Aunque los congresales identificados con Cafiero continuaron sesionando por separado, ello no tuvo ningún efecto.

La novela peronista llegaba a su fin, no sin suspenso. El 3 de septiembre, el Congreso Nacional Justicialista era inaugurado, pero por decisión de la Cámara Nacional Electoral los delegados bonaerenses estaban inhibidos de participar.⁸⁹ En esas condiciones, y con conflictos en otros distritos, se decidió pasar a un cuarto intermedio. Finalmente, el 5 de septiembre, ya sin inhibiciones judiciales, el congreso ungió la fórmula Luder – Bittel con el concurso de los delegados de la provincia de Buenos Aires.⁹⁰

El Congreso también designó un nuevo consejo nacional. Fue ratificada como presidente María Estela Martínez de Perón. El vicepresidente primero fue nada menos que Lorenzo Miguel, testimoniando su rol durante la reorganización partidaria. Vicepresidente segundo fue el santiagueño Carlos Juárez. Manuel Quindimil, del riñón de Iglesias, fue electo secretario general, y el empresario Carlos Spadone, secretario político.

El proceso político interno había terminado. Era el momento de la campaña. Se trató de una campaña corta, claramente, para el movimiento fundado por Juan Perón. La mayoría de los dirigentes, aún Cafiero, confiaban en un triunfo peronista, quizá no tan holgado. Pensaban que las bases tradicionales del peronismo estaban intactas.⁹¹ El tiempo

⁸⁸ Tiempo Argentino, 01/09/1983. El orden de los primeros lugares en la lista era el siguiente: Diego Ibáñez, Alberto Melón, Alberto Migliozi, Fernando Donaires, Domingo Purita, Rodolfo Ponce, Norberto Imbelloni, Alberto Canal, Ruiz Urriza, Luis Cabello, Diego Guelar, Esperanza Requena, Rogelio Papagno, Antonio García, Julio Cortina, Florencio Carranza, Alberto Medina, Alberto Brito Lima y Manuel Piñeyro.

⁸⁹ Tiempo Argentino, 03/09/1983.

⁹⁰ Tiempo Argentino, 06/09/1983. Los delegados bonaerenses votaron en urna separada.

⁹¹ Mientras Cafiero anunciaba que el peronismo reventaría las urnas, superando el 50% de los votos, Juan José Taccone, ex secretario general de Luz y Fuerza, ligado a las 62 Organizaciones, anunciaba que “el peronismo sigue siendo Perón y va a ganar las elecciones Perón, haciendo lo mismo que el Cid Campeador, que después de muerto siguió ganando batallas”. Tiempo Argentino, 30/08/1983.

demonstró lo contrario: la denuncia de un pacto militar – sindical, por parte de Alfonsín, y las cavilaciones de Luder en torno de la posibilidad de una amnistía a los militares, así como la desembozada gravitación de líderes sindicales cuestionados por sus pares en la vida del partido, probablemente hayan alejado a buena parte del electorado independiente.⁹² La figura de Luder no mostraba signos de autonomía de un entorno que no era el mejor, las prácticas reñidas con la democracia no habían sido suprimidas, y en general faltaba un balance –necesariamente crítico- de la experiencia peronista de 1973-1976.⁹³

El radicalismo había protagonizado una fuerte renovación partidaria a partir de la emergencia de una figura que, sin ser novata en la política, podía desentenderse de los compromisos previos con una Argentina decadente, que pocos argentinos querían ver como propia. La promesa de un reinicio, el trazado de un efecto de frontera –tomando la expresión de Aboy Carlés (2001)- era creíble. El peronismo, luego del proceso de selección de candidatos, había demostrado su incapacidad transitoria para acompañar o imitar ese proceso.

¿Podía haber sido diferente? Es la pregunta que se hace Marcela Ferrari (2009: 123). Según la autora, “el período de reorganización partidaria que siguió al levantamiento de la veda política indica lo contrario. El resultado de las internas practicadas en numerosos distritos del país pone de manifiesto el afianzamiento de los caudillismos tradicionales: Deolindo Bittel en el Chaco, Julio Romero en Corrientes, Julio H. Martiarena en Jujuy,

⁹² “El pacto militar – sindical colocaba al peronismo en el lugar de la repetición y por lo tanto, como los datos de la crisis nacional lo indicaban, en el lugar de lo imposible, de la Argentina inviable.” (Landi, 1988: 70)

⁹³ “Mientras Alfonsín se acercaba notablemente al ideal de un presidente con autonomía, que no puede ser manejado, Luder aglutinó la percepción de un candidato dependiente de algunos dirigentes que mostraban una imagen sumamente deteriorada ante la opinión pública.” (Catterberg, 1989: 111).

Carlos Juárez en Santiago del Estero, Vicente L. Saadi en Catamarca. La elección de Herminio Iglesias y José Carmelo Amerise vía control del aparato partidario debe ser apreciada en el mismo registro. No era de esperar la aparición de figuras nuevas ni la modificación del esquema de lealtades en un partido que había atravesado la represión y el congelamiento al que lo sometió el proceso militar, que históricamente había atravesado dificultades –proscripción, enfrentamientos entre sus alas de extrema izquierda y extrema derecha- y tenido un estilo de conducción que atentaba contra una vida interna permanente y orgánica, en el que iban comenzando a emerger tibios atisbos de renovación.”

Si algo en el peronismo estaba cambiando –y es nuestra impresión que la propia emergencia de un partido territorial en el distrito más importante del país así lo indica-, el combustible necesario para la concreción de ese cambio ciertamente no estaba en los elencos seleccionados. Aunque la primera experiencia de selección de candidatos con participación de los afiliados tampoco puede reducirse a un evento de efecto neutro, sólo el resultado electoral habilitaría una profunda revisión de las prácticas y de los estilos de conducción del peronismo.

Conclusiones.

Desde un punto de vista historiográfico, las internas de 1983 ocupan un lugar polémico, en parte como resultado de la propia narrativa renovadora. La mayoría de los autores que hemos consultado plantea que la decisión sobre la fórmula presidencial se tomó recién en los días de agosto de 1983, en la reunión del día 22. Algunos, incluso, retrasan esa fecha hasta julio del mismo año. Todos coinciden en el papel preponderante que habría tenido Lorenzo Miguel en el proceso.

Así, por ejemplo, Ana María Mustapic (2002: 149) sostuvo:

La tarea más inmediata del partido era la nominación de los candidatos. La tradición del movimiento había sido tratar de confeccionar listas –las llamadas listas de unidad- que fueran luego refrendadas por el Congreso Nacional del Partido. Ese fue, nuevamente, el método empleado en 1983 para designar los candidatos presidenciales, sin que los actores intervinientes contaran ya con el arbitraje de Perón. Finalmente, un pequeño grupo de notables, cuyas figuras prominentes fueron Lorenzo Miguel, Deolindo Bittel, Herminio Iglesias, Antonio Cafiero e Ítalo Luder, se decidió por la nominación de Luder y Bittel.

Por su parte, Steven Levitsky (2005: 67-68) construyó una interpretación similar:

El PJ organizó elecciones internas para seleccionar a los delegados que participarían de un congreso partidario en septiembre de 1983, en el que se renovarían el Consejo Nacional y se elegiría la fórmula presidencial; no obstante, en la práctica este proceso electoral fue prácticamente dejado de lado. Los dirigentes de las “62”, que querían preservar el sistema tradicional de las tres ramas, presionaron a los dirigentes del partido para negociar listas de “unidad” que tornarían innecesaria la elección. La fórmula presidencial de Ítalo Luder y Bittel se negoció en forma clandestina al margen del proceso electoral y muchos consideraban que había sido impuesta por las “62”.

Ya con anterioridad, una tesis similar había sido sustentada por James McGuire (1997: 82), para quien “The real site of the PJ presidential nomination was not the primary election, but a series of meetings in early and mid 1983 between Lorenzo Miguel and a loose group of “notables” that included Fernando Donaires, Diego Ibáñez and Rodolfo Ponce from the unions and Deolindo Felipe Bittel, Antonio Cafiero, Herminio Iglesias, Ítalo Luder, Raúl Matera and Ángel Robledo for the movement’s political wing. Apart from Iglesias, who had his eye on the Buenos Aires governorship, each of the politicians aspired to the presidency. The Luder – Bittel ticket was reportedly decided upon between 16 and 19 July, with Miguel playing the preponderant role through the entire process.”

Aquí hemos sostenido una versión diferente, que no niega la importante función de Miguel, ni su apoyo a Luder. Tampoco se trata de desestimar las negociaciones desarrolladas. Pero es difícil ignorar el papel jugado por la movilización de tres millones de afiliados, en la mayor interna que el peronismo hubiese vivido hasta ese momento. Si la mesa final de negociaciones fue estrecha, cabe recordar que cada uno de los hombres que se sentó a la misma representaba un número de congresales, un número que surgía de esas elecciones tal como habían tenido lugar. Una mirada menos taxativa del proceso político debería reconocer que ambas instancias, elección indirecta y negociación, tuvieron lugar de manera ordenada, conforme a lo estipulado por la Carta Orgánica, que tampoco preveía el voto directo de los afiliados y por ende abría paso, ella misma, a momentos de intercambio entre los delegados electos.

La reconstrucción narrativa que hemos realizado muestra claramente la complejidad y masividad del proceso de elecciones internas, con la derrota de varios caudillos y líderes provinciales –Alterach y Camus, por poner solo dos ejemplos- y el ascenso de nuevas figuras, como Marín, Humada y el propio Iglesias, que nunca antes había desempeñado un papel protagónico.

En cuanto a la interpretación que opone políticos a sindicalistas, conforme a una mirada que se remonta a los orígenes del peronismo, creemos que ella es fruto de una peculiar división del trabajo por la cual los especialistas en asuntos partidarios poco conocen de la vida sindical, y los expertos en sindicalismo rara vez siguen a los líderes gremiales en los asuntos partidarios. Nadie niega la centralidad de Miguel, pero hacer del sindicalismo un campo homogéneo nos parece un error. Antes bien, se trataba de un campo abierto a la disputa, al enfrentamiento. Es cierto que los sindicalistas, por la peculiar circunstancia de una transición democrática que tenía lugar en un país con escasos antecedentes de normalidad institucional, estaban en mejores condiciones que los políticos para patrocinar

carreras y seleccionar candidatos. No menos cierto es que lo hacían en bandos enfrentados. Miguel, Triaca, García y Digón representan distintas tendencias de un sindicalismo argentino cuya especificidad residía precisamente, al menos en esos años, en su grado de involucramiento político, en su grado de participación partidaria.

Finalmente, cabe resaltar que la experiencia de 1983 traía aparejadas varias novedades. Iniciativas como Convocatoria Peronista y el MUSO deben integrarse en ese registro. Pero también roles como el jugado por el candidato a gobernador de la provincia de Buenos Aires, Herminio Iglesias, merecen alguna consideración. La pregunta clave reside en las condiciones bajo las cuales era esperable un cambio de magnitud en el peronismo, que desplazara a las 62 Organizaciones de su papel heredado de los años de la proscripción y permitiese a los políticos emanciparse del patrocinio sindical. El funcionamiento institucional de la democracia, una experiencia desconocida en la Argentina daría algunas respuestas a un peronismo que debería hacer frente, todavía, a nuevas sorpresas.

Apéndice al capítulo 1.

Figura 1. Distribución parcial de congresales en la interna del PJ.

Fuente: Tiempo Argentino, 22/07/1983, p. 2. Con ligeras modificaciones del autor.

| | Convencionales nacionales por provincia | Luder | Bittel | Matera | Independientes |
|------------|---|-------|--------|--------|----------------|
| Córdoba | 55 | 55 | | | |
| Corrientes | 23 | | | | 23 |
| Chaco | 23 | | 23 | | |
| Chubut | 8 | 8 | | | |
| Entre Ríos | 24 | 12 | 12 | | |
| Formosa | 11 | | | | 11 |
| La Pampa | 8 | 8 | | | |
| La Rioja | 9 | 9 | | | |
| Misiones | 18 | 18 | | | |
| San Juan | 10 | 7 | | 3 | |
| San Luis | 12 | | 12 | | |
| Santa Cruz | 6 | | | | 6 |
| Totales | | 117 | 47 | 3 | 40 |

2. “Una noche de cristal que se hace añicos”:

Derivas del justicialismo post derrota y orígenes de la RP, 1984-1985

“Es natural que el Partido debe fijar la estrategia parlamentaria, pero, nos preguntamos, ¿quién es el Partido?”⁹⁴

“En lugar de institucionalizar la lucha por la idea, convalidamos la disputa despiadada por el espacio. No importaba el proyecto, bastaba con controlar el aparato.”⁹⁵

El Peronismo de la derrota

El 30 de octubre de 1983, la Argentina inició un proceso de reconstrucción democrática, que mantiene hasta nuestros días. Para el justicialismo, sin embargo, la alegría por la recuperación de las libertades cívicas quedó empañada por el trago amargo de la derrota, la primera derrota en elecciones libres y abiertas en toda su historia.⁹⁶ La tradicional identificación entre Pueblo, Nación y Peronismo, *locus* típico del pensamiento peronista, quedaba quebrada. Jorge Landau recuerda esa larga *noche triste*, con estas palabras.

Fue muy traumática, pero muy traumática. Porque hasta ese momento el peronismo no había perdido nunca una elección. No había perdido el gobierno, si no era por golpe de Estado, o por derrocamiento o por la fuerza. Pero nunca lo había perdido por el voto popular. De modo que esa divisa, ese escudo de

⁹⁴ Clarín, 7/11/1983.

⁹⁵ Unamuno, Miguel: “Al tercer domingo de la derrota”, en Tiempo Argentino, 20/11/1983.

⁹⁶ La Unión Cívica Radical obtuvo 7.724.559 votos, mientras que el Partido Justicialista recibió 5.995.402. Véase Suriano & Álvarez (2013: 238). Véase el apéndice al capítulo 2 para mayores datos.

*invencibilidad que nos había imaginariamente acompañado durante tantos años, se cayó como una noche de cristal que se hace añicos.*⁹⁷

En tono similar se manifestó Fernando Galmarini. Sobre el 30 de octubre, dijo

*Ese día fue un día casi trágico para todos nosotros. No pensábamos que podíamos perder. Sobre todo, después de tener en nuestra cabeza todo lo que había pasado anteriormente. Que habíamos sido los que habíamos peleado, que teníamos muchísimos amigos desaparecidos. Yo creo que no supimos diferenciar lo que empezaba y lo que venía. Terminaba una etapa durísima de la vida argentina y empezaba otra. No supimos desengancharnos del tren anterior.*⁹⁸

Como señaló Miguel Unamuno en una de las primeras notas críticas de lo acontecido, “al peronismo puede negársele todo, incluyendo el poder, y de todo puede prescindir, menos de aquello que necesita más que el aire que respiran sus hombres y mujeres: la voluntad popular”.⁹⁹

Carlos Grosso, por su parte, que había sido reclutado por Luder para integrar el comando de campaña luego de quedar excluido de toda candidatura, lo recuerda atendiendo al optimismo característico de una generación de militantes que no había conocido la derrota, ni la consideraba imaginable:

Yo estaba trabajando más cercano a Luder, yo nunca había pertenecido al MUSO de Cafiero, y la verdad es que con Julio Aurelio tanto Antonio como yo fuimos los que recibimos la anticipación de que la elección no venía bien. Y verdaderamente así fue, tanto que esa noche de la elección el primero que sale a dar la cara, y a reconocer el resultado de la elección, soy yo, porque ninguno de los dirigentes más adultos quería hacerlo. Obviamente, para todos los peronistas fue un impacto histórico. Fue un terremoto de grado ocho o nueve. Yo recuerdo que meses antes cuando estaba todavía la discusión de quién sería el candidato, el gran Manolo Quindimil, el caudillo de Lanús dijo “qué importa el candidato, si con Perón y

⁹⁷ Entrevista con Jorge Landau, 1 de junio de 2018.

⁹⁸ Entrevista con Fernando Galmarini, 14 de octubre de 2016.

⁹⁹ Véase Unamuno, Miguel: “Al tercer domingo de la derrota”, en *Tiempo Argentino*, 20/11/1983.

un caballo de madera ganamos la elección.” Esa fue una frase histórica. Fue un gran impacto, un gran impacto que dejó muy descolocados a todos los que protagonizaron eso, sustancialmente a la cúpula del movimiento obrero, que era quien había de alguna manera conducido el proceso.¹⁰⁰

Mirando a 40 años los números fríos, al peronismo no le había ido tan mal. Es cierto, había perdido el premio mayor, la presidencia, pero había obtenido, en la derrota, un 40% de los sufragios, el control de doce provincias, y la primera minoría en el senado. Sin embargo, por tratarse de la primera derrota en elecciones libres, el impacto fue fulminante. Se abrió un proceso de crisis y disgregación que duraría, en diferentes grados, varios años. Hemos elegido el término “deriva” porque expresa precisamente ello, un navío que no encuentra rumbo, timón ni capitán.

No había pasado una semana, y el peronismo se encontraba en clima deliberativo. Las críticas se centraron en dos figuras: Herminio Iglesias, fallido candidato a gobernador, y Lorenzo Miguel, vicepresidente primero en ejercicio de la presidencia del Partido, titular de la Unión Obrera Metalúrgica y de las 62 Organizaciones. Inmediatamente, Carlos Menem, gobernador electo de La Rioja, se mostró partidario de “replantear totalmente la conducción, pues con todo el respeto que me merecen los sindicalistas, la conducción del partido debe estar en manos de un político.”¹⁰¹

El dirigente ultraverticalista Juan Gabriel Labaké, por su parte, dio a conocer un duro comunicado, en el que aseguraba:

El derrotado no ha sido el peronismo, y menos nuestras banderas nacionales y populares. Los barridos electoralmente han sido quienes, desde la candidatura presidencial y la conducción partidaria nacional,

¹⁰⁰ Entrevista con Carlos Grosso, 14 de noviembre de 2016.

¹⁰¹ La Nación, 01/11/1983. La versión de Clarín es ligeramente distinta, pero retiene el mismo concepto decisivo. Para Menem, “hay que replantear totalmente la conducción del justicialismo, y en lugar de los sindicalistas, de ahora en más deberán manejarlas [sic] los políticos”. Véase Clarín, 1/11/1983.

abandonaron esas banderas permitiendo, así, que las usara el adversario. [...] Por otro lado, era imposible esperar apoyo mayoritario para un grupo reducido de dirigentes que, en su afán de “copar” al Movimiento, no trepidó en marginar a su jefa y presidenta...¹⁰²

Ángel Federico Robledo había indicado el problema con mucha agudeza:

Aquí hay un problema bastante profundo, vinculado a la nueva situación del peronismo y relacionado con la muerte de Perón y la falta de liderazgo por primera vez en la conducción partidaria.¹⁰³

Días más tarde, Julio Bárbaro, diputado nacional electo, sentenció de manera similar que el peronismo “no pasó del liderazgo carismático de Perón a una conducción racional.”¹⁰⁴

Es interesante que, en los términos nativos de los propios hablantes, la crisis se remonte, no a las internas, ni al adversario, sino a la muerte de Perón, acaecida más de diez años atrás. Ello expresa una característica particular del peronismo como partido / movimiento: la centralidad del líder. Indudablemente, no podía haber relevo para un liderazgo tan extraordinario como el de Perón. Pero en su lugar, no había tampoco un valor específico de la organización. Los peronistas reclamaban por el liderazgo porque entendían que en él, y no en la organización, recaían los mayores costos de la derrota.¹⁰⁵

También resulta de interés recalcar que las críticas se dirigían principalmente a la conducción ganadora de las internas, internas que habían terminado apenas dos meses

¹⁰² Tiempo Argentino, 01/11/1983.

¹⁰³ La Nación, 01/11/1983.

¹⁰⁴ Clarín, 09/11/1983.

¹⁰⁵ A lo largo de este trabajo hemos de concentrarnos en el PJ como dispositivo, haciendo caso omiso de las referencias al movimientismo. Y ello por dos razones. La primera es que los peronistas no concebían su propia actividad en ramas: los políticos tenían respaldo gremial, así como los gremialistas hacían política partidaria. En segundo término, porque creemos que la distinción partido / movimiento es retórica nativa y no cultura organizacional.

atrás. Evidentemente, los primeros en abrir fuego eran los sectores que habían sido marginados de la conducción: el isabelismo y el MUSO. Pero, vale preguntarse, ¿podía ese desafío poner en riesgo el control institucional del partido por parte de la alianza Miguel – Iglesias? En lo inmediato, la respuesta sería negativa.

Como respuesta al nuevo escenario, el consejo nacional partidario emitió un extenso comunicado en que felicitaba a Alfonsín, al tiempo que advertía sobre la heterogeneidad de sus apoyos, la procedencia extra radical de sus votantes, así como la polarización política supuestamente propiciada desde la fuerza triunfante. Sin embargo, no quedaba lugar a dudas en un punto:

Si no ganamos fue porque algunos errores hemos cometido los peronistas; por ello, y en virtud de todo lo expresado anteriormente, este consejo nacional está dispuesto a realizar una profunda revisión de la estrategia, para efectuar las correcciones necesarias, en orden a ejercer en plenitud las facultades que el congreso le confiera y a llevar a la práctica todo aquello por lo que el pueblo peronista nos dio su apoyo.¹⁰⁶

Con algunos gobernadores electos, como Menem, reclamando renuncias masivas y un nuevo proceso de reorganización interna, estaba claro que la concesión discursiva no era suficiente.¹⁰⁷ Unos días más tarde, se anunciaba que Lorenzo Miguel había pedido licencia, dejando su lugar al gobernador electo Carlos Juárez. Al mismo tiempo, el consejo nacional, acompañado por los candidatos presidenciales, había decidido activar el consejo federal, un organismo que, previsto en la Carta Orgánica, sumaba representación provincial –un delegado por distrito- a la toma de decisiones.¹⁰⁸ Esa era la

¹⁰⁶ Tiempo Argentino, 04/11/1983.

¹⁰⁷ Menem había declarado que “las autoridades del Consejo Superior Peronista [sic], todos menos Isabel Perón, deben presentar las renuncias a sus cargos para proceder a la reorganización interna”. Véase Clarín, 08/11/1983.

¹⁰⁸ Tiempo Argentino, 8 y 9/11/1983. Finalmente, el Consejo Federal Justicialista quedó integrado por Herminio Iglesias (Provincia de Buenos Aires), Mario Rubén González (Capital Federal), Raúl Bercovich

primera manifestación de una nueva legitimidad, aquella de quienes efectivamente “habían ganado”: los gobernadores. Como recuerda Carlos Grosso,

Y entonces rápidamente surgió un núcleo de reorganización compuesto por viejos caudillos provinciales, estaba Don Julio Romero, Don Vicente Saadi, Don Carlos Juárez, etc., que quisieron tomar un poco, desde la rama política, una reconducción de un proceso que no podía continuar en manos del movimiento obrero. Y a partir de ahí se fueron dando procesos mucho más dinámicos de reacomodamiento. [...] Había un renacer del sector de la rama política para asumir la conducción de la estructura política legalizada y llevar a su lugar a la rama sindical del movimiento.¹⁰⁹

La solución aplicada, ampliar la base de sustentación de la conducción hasta volverla colegiada, no ahogó la crítica. En el peronismo había un lugar vacante, y no cualquier lugar, sino el del *conductor*. Como lo expresara Antonio García Morere:

¿Quién es el partido? Para muchos peronistas, la conducción partidaria que encabeza Lorenzo Miguel ya no expresa al justicialismo. Por esa razón es que numerosas voces se han alzado reclamando relevos, con mayor o menor impaciencia. Quienes reclaman una renovación consideran que ella es indispensable para definir una estrategia orgánica y coherente frente al futuro gobierno radical.¹¹⁰

En esos días, los dos principales diarios de tirada nacional del país aludían en sus editoriales a la presunta intención del polo político del peronismo de avanzar sobre el gremial. Así, por ejemplo, luego de anunciar el fracaso del proyecto de “convertir al peronismo en un partido laborista, bajo la conducción de Lorenzo Miguel”, *La Nación*

Rodríguez (Córdoba), Deolindo Bittel (Chaco), Dardo Blanc (Entre Ríos), Raúl Carignano (Santa Fe), José Carlos Motta (Mendoza), Arturo Puricelli (Santa Cruz), Carlos Martínez Torres (Tierra del Fuego), César Gioja (San Juan), Oscar Massei (Neuquén), Rubén Marín (La Pampa), Alberto Rodríguez Saá (San Luis), Vicente Joga (Formosa), Mario Franco (Río Negro), Felipe Escribano (Chubut), Ramón Saadi (Catamarca), Julio Humada (Misiones), José Bravo Herrera (Salta), Julio Romero (Corrientes), Carlos Arturo Juárez (Santiago del Estero) y Manuel Ciarello (Tucumán), faltando definir los delegados de La Rioja y Jujuy. Véase Clarín, 15/11/1983.

¹⁰⁹ Entrevista a Carlos Grosso, 14 de noviembre de 2016.

¹¹⁰ García Morere, Antonio: “El sino de la derrota”, en Clarín, 07/11/1983.

sostenía que “nunca como ahora el sector político tuvo la oportunidad, si da los pasos necesarios, de ejercer un peso efectivo y real en lo que se promete como una reorganización partidaria. [...] Esta posibilidad –la del predominio del sector político– sigue pasando aún después de lo ocurrido con las elecciones, por hombres como Ítalo Luder, Ángel Federico Robledo, Antonio Cafiero, Raúl Matera y aquellos diputados y gobernadores electos de extracción política que vieron convalidado su mandato a través del acto electoral.”¹¹¹ Sin embargo, el diario matizaba esas afirmaciones indicando que era pronto para opinar y que tanto la rama política como la juventud estaban atravesando un proceso de confusión que era propio del estado del PJ.¹¹²

Por su parte, *Clarín*, bajo la pluma de Joaquín Morales Solá, revelaba que “Luder, Robledo, Cafiero, Ares y Matera acaban de celebrar una reunión para iniciar la escalada de los políticos en el proceso que se abrió en el peronismo tras la derrota electoral. Quieren ampliar ese cónclave a otras figuras notorias del partido de Perón, agregar a los gobernadores electos y a una línea embrionaria que agrupa a hombres de unos cuarenta años hacia abajo. [...] Al frente de esa nueva y naciente línea está el diputado nacional electo Julio Bárbaro.”¹¹³

No hace falta aclarar que no serían esos los protagonistas de la etapa que se abría. La situación del peronismo a finales de 1983 no dejaba margen alguno para que dirigentes políticos sin funciones públicas o partidarias, como Cafiero o Robledo, o diputados sin

¹¹¹ La Nación, 08/11/1983.

¹¹² Es interesante remarcar que, en muchos trabajos, la letra de molde de la prensa se toma al pie de la letra. Así, sin más, muchos autores conceptualizaron al proyecto miguelista como un vandorismo, y a ambos como el intento de construir, a partir del peronismo, un partido laborista. No compartimos esa caracterización, sencillamente porque no pone en valor la complejidad de las alianzas intrapartidarias en el plano nacional, alianzas que iban mucho más allá del componente obrero.

¹¹³ Morales Solá, Joaquín: “La ruta que eligió Alfonsín”, en *Clarín*, 13/11/1983.

autoridad particular, como Bárbaro, iniciaran un proceso de recambio. La realidad sería mucho más sinuosa e incierta: hacía falta *imaginación política* para pensar cómo y en qué circunstancias podía legitimarse una alternativa disidente.

El factor Isabel

La primera sorpresa la dio María Estela Martínez de Perón. Un telegrama suyo cambió el ritmo del juego interno de bloqueos mutuos en que moraba el PJ. En efecto, la expresidenta rompió el silencio que había mantenido desde su liberación en 1981 y envió un escueto, aunque significativo texto de felicitación al presidente electo:

*En el nombre del Movimiento Nacional Justicialista, cuya presidencia represento, reciba mis más sinceras felicitaciones por el éxito obtenido. Hago votos para que todos unidos cooperen con usted para recuperar la Patria y poder llevar al pueblo argentino la felicidad que se merece. Afectuosamente.*¹¹⁴

Rápidamente, el ultraverticalismo reconoció en la primera línea del telegrama la voluntad de Isabel de ejercer el liderazgo para el que, al fin y al cabo, había sido elegida. Un documento firmado por una serie de exfuncionarios como Pedro Arrighi, Emilio Mondelli, José Deheza y Juan Labaké advertía:

*La señora de Perón, por derecho propio y por la voluntad incontrastable de las bases, ha asumido plenamente la jefatura de nuestro movimiento y en tal carácter envió el telegrama a Raúl Alfonsín.*¹¹⁵

Distintas figuras del peronismo, como Menem y Robledo, pidieron por el retorno inmediato de Isabel a la Argentina. Otros, Cafiero incluido, alimentaron la expectativa de un proceso rápido de renovación bajo la tutela de Isabel. Otros, finalmente, muy pocos, pidieron su destitución.¹¹⁶ Pero la expresidenta se movía con un círculo reducido de

¹¹⁴ La Nación, 02/11/1983. Facsímil del telegrama en Clarín, 02/11/1983.

¹¹⁵ La Nación, 07/11/1983.

¹¹⁶ Cabe contar entre ellos a Julio Bárbaro y a Oscar Albrieu.

colaboradores, en un clima de gran secretismo. A mediados de noviembre, los diarios daban cuenta del sorpresivo viaje a Madrid del exministro Pedro Arrighi y del ex senador José Humberto Martiarena, ambos cercanos a Isabel.¹¹⁷ Luego de una serie de reuniones, regresaron con una nota manuscrita de la ex presidenta, que anunciaba su pronto retorno al país. La nota completa rezaba:

*Después de casi ocho años de forzado silencio y estando próxima la plena vigencia de las instituciones republicanas y democráticas tan caras a la ciudadanía argentina, hago llegar la expresión de mi confianza en el futuro venturoso de la Patria, y mi palabra de estímulo para el pueblo peronista, instándolo a mantener su lealtad fundamental con el ideario del general Perón, rumbo seguro para alcanzar grandeza y felicidad.*¹¹⁸

La carta manuscrita venía con una sorpresa adicional: Isabel, en otra nota, manifestaba “la conveniencia de constituir en nuestro país un grupo de trabajo que podría llamarse “Comisión de Enlace” y que tendrá la misión de mantener, en mi representación, las relaciones que sean necesarias con las organizaciones del Movimiento Nacional Justicialista y/o las personas con las cuales fuera menester comunicarse con miras al mejor desarrollo de las actividades que me propongo cumplir allí. Esa comisión actuará de acuerdo con las instrucciones que en cada caso les haré llegar.”¹¹⁹

La flamante comisión estaba integrada por Emilio Mondelli, Arolinda Bonifatti, Alfredo Rodríguez, Antonio Lloveras, Clotilde Volpe, Hugo Mott, Haydée Frizzi de Longoni, José Deheza, Juan Labaké, María Puente de Bonetto, Jorge Aguilera, Carlos

¹¹⁷ Clarín, 20/11/1983; Tiempo Argentino, 20/11/1983.

¹¹⁸ Clarín, 25/11/1983; Tiempo Argentino, 25/11/1983.

¹¹⁹ Clarín, 28/11/1983.

Torres, Jorge Camus, Rolando Hnatiuk, Humberto Romero y los mencionados Arrighi y Martiarena, queificarían de coordinadores.¹²⁰

Como puede observarse a simple vista, se trataba de un cuerpo colegiado integrado en su mayoría por exlegisladores y funcionarios entonces sin actividad presente, colaboradores de confianza de la ex presidenta. No participaba miembro alguno del Consejo Nacional, ni había representación de los gobernadores, diputados o senadores electos. Para el poder real del PJ, para el peronismo de 1983, ciertamente diferente de aquel de 1975, la creación de esta comisión era un mal augurio de lo que podía significar el retorno de Isabel al país.

Invitada a asistir al acto de asunción de Raúl Alfonsín como presidente de la Nación, Isabel nada hizo en su corta estancia en el país por despejar las expectativas que desataba su presencia entre las autoridades del PJ, pero también entre los sectores disidentes.¹²¹ La ex presidenta recibió de manos del Consejo Nacional una renuncia colectiva, sobre la cual se comprometió a resolver a su retorno definitivo al país, que en ese momento definió para inicios de 1984.¹²² Reclamó la unidad sindical, la colaboración con el gobierno electo, y reivindicó el carácter movimientista del peronismo. En este último sentido, dejó una frase para el recuerdo:

¹²⁰ Clarín, 28/11/1983.

¹²¹ Había lugar para todos en ese amplio arco. Como señalaba Antonio César Morere, “entre quienes proclaman la jefatura de la señora y acatan su liderazgo y aquellos que le niegan relevancia, hay varias posiciones intermedias. Entre ellas, un núcleo importante de dirigentes –entre quienes cabría mencionar a Antonio Cafiero- consideran que la ex presidenta está en condiciones de encabezar un proceso de reorganización, sobre la base de la democracia interna y la participación amplia de las distintas tendencias, Véase Morere, Antonio César: “El trance más difícil”, en Clarín, 9/12/1983.

¹²² Tiempo Argentino, 13/12/1983; Clarín, 13/12/1983.

*Todos me han pedido que me ponga a la cabeza del peronismo. Acepto, vendré a encabezar el peronismo, pero como un gran movimiento. Si quieren un partidito, no cuenten conmigo, y después no se quejen si yo pongo las cosas en su lugar.*¹²³

Y en medio de esas grandes expectativas, partió de regreso a España. Pronto se revelaría, pese a las esperanzas de unos y otros, que la idea de un rápido y definitivo retorno era un espejismo. Isabel sólo volvió al país en dos oportunidades, durante 1984, siempre a invitación del presidente, asegurando la colaboración del peronismo incluso contra la opinión del Consejo Nacional. Como señaló con acierto Ana María Mustapic,

Hasta fines de 1984, la figura de Isabel fue más que nada un escollo para cualquier intento serio de recomposición del PJ. Su silencio e indefinición tuvieron en vilo a la dirigencia del partido. [...] En todo caso, nada hizo Isabel a mediados de 1984, durante uno de sus breves pasos por la Argentina por disipar tales temores o desmentir las acusaciones lanzadas contra el partido durante la campaña electoral. Por el contrario, pareció confirmarlas, [...] y antes de retornar a Madrid, dejó instalado, tal como lo hiciera Perón en el pasado, una conducción paralela, el Comando Superior. Como era de suponer, éste se superpuso a la conducción del Consejo del partido, creando mayor confusión en la ya enmarañada situación interna del peronismo. (Mustapic, 2002: 150)

El trono vacante

Era en vano esperar de Isabel una reorganización, cuando ni siquiera estaba dispuesta a volver al país. En todo caso, si algo generó su intervención, fue mayor confusión y disgregación política: ahora el peronismo tenía dos conducciones paralelas, el consejo nacional y el comando superior, en lugar de una, a las que podemos sumar el consejo federal (los gobernadores y jefes de distrito), y las autoridades de los bloques

¹²³ Tiempo Argentino, 14/12/1983, p. 4. Clarín, 14/12/1983, p. 8.

legislativos.¹²⁴ Para un partido acostumbrado a una cultura de cierto nivel de verticalismo, funcionar así era impensable.

Muchos dirigentes peronistas comenzaron a tomar conciencia de la gravedad de la crisis, así como de la soledad relativa en que enfrentaban el nuevo escenario. Como lo recuerda Carlos Grosso:

Después del shock de la derrota, pasaron varios meses, eso fue al final de octubre. Recién creo recordar que a comienzos del año 84, allá por febrero o marzo, empezaron los primeros atisbos de ver qué se hacía, y una vieja camada de líderes provinciales, Don Julio Romero, Vicente Saadi, Carlos Juárez, junto con los que habíamos quedado relativamente afuera de la interna conducida por el sindicalismo de Diego Ibáñez y Lorenzo Miguel, nos empezamos a reunir en un hotel de la calle Esmeralda, no me acuerdo ahora cómo se llamaba el hotel [...] y ahí comenzó una especie de reunionismo catártico, y de intento de ver cómo se recuperaba la estructura política del peronismo para los políticos. [...] Y por eso fuimos al congreso de Río Hondo, que fue una mezcla todavía, de herminismo remanente, renovación incipiente y caudillos provinciales permanentes. En Río Hondo surge una especie de conducción mixta de transición que intenta iniciar la tarea de reorganización del peronismo [...] La primera toma de conciencia fue la de la necesidad de reconstituir un partido político, sin perder la idea movimientista, pero con un rol significativamente político. Y en eso transcurrió todo el año 84.¹²⁵

Así, mientras la militancia de base trabajaba en la renovación de la dirigencia de cada uno de los distritos, como han mostrado los trabajos compilados por Ferrari &

¹²⁴ El Comando Superior tenía 18 miembros, entre los cuales descollaban las figuras de Pedro Arrighi, Juan Labaké, Jorge Camus, Humberto Martiarena y Emilio Mondelli. Formalmente a cargo de la relación con el gobierno, estaban nominados a integrarlo también la ex diputada Arolinda Bonifatti, el ex ministro de defensa José Alberto Deheza, Haydée Frizzi de Longoni, Rolando Hnatiuk, Antonio Lloveras, el ex gobernador de Catamarca Hugo Alberto Mott, María Puente de Bonetto, Alfredo Rodríguez, Humberto Romero, Carlos María Torres, Clotilde Volpe y los sindicalistas Jorge Triaca y Saúl Ubaldini. Raúl Matera e Ítalo Luder habían declinado integrar ese cuerpo, que además tenía una comisión asesora de 52 miembros. Véase Clarín, 09/06/1984.

¹²⁵ Entrevista con Carlos Grosso, 5 de junio de 2018.

Mellado (2016^a), otros dirigentes trabajaban de cara a la renovación del Consejo Nacional y la emergencia de un nuevo liderazgo, paso esencial para la recuperación del poder.

¿De qué manera se organizó la disidencia? ¿Cuáles fueron sus integrantes? ¿Qué razones esbozaron? ¿Cuáles eran sus objetivos? ¿Qué elementos pudieron acelerar su acción política? Estas son algunas de las preguntas que guiarán la exposición en lo que resta del capítulo. Prevenidos contra un imposible *relato total* de los acontecimientos, en este capítulo vamos a circunscribirnos al PJ nacional, mientras que, en el siguiente, el tercero, trabajaremos sobre los eventos que desencadenaron la crisis del PJ de la provincia de Buenos Aires. Debemos advertir, sin embargo, que ambos procesos se entrecruzan en más de una oportunidad, cada uno con su propia temporalidad.

La consulta por el diferendo austral

El gran evento político de 1984 tendría otro origen: se trataba de la primera consulta abierta, formalmente no vinculante, de nuestra historia democrática. Pero en verdad, era también una prueba para el régimen institucional instaurado en 1983, y por qué no, para un gobierno que, según muchos dirigentes políticos, incluidos los peronistas, no estaba destinado a concluir su mandato.¹²⁶ Esa prueba fue la consulta por el diferendo limítrofe con Chile acerca de la soberanía sobre el Canal de Beagle.

Hagamos un poco de historia. La Argentina y Chile tienen una extensa frontera, cuyos límites se remontan a acuerdos de 1881, 1893 y 1902, todos ellos firmados en contextos de relativa tensión -especialmente el último-, en momentos en que a ambos

¹²⁶ El Consejo Nacional había elevado a Isabel un durísimo informe, finalmente filtrado a la prensa, donde destacaba que, producto de sus promesas incumplidas, el desgaste de Alfonsín, para mediados de 1984, era inocultable, y le aconsejaba mantener su distancia respecto del gobierno. La ex presidente hizo exactamente lo contrario.

lados de la cordillera de los Andes se consolidaban los modernos Estados nacionales. Sin embargo, la soberanía sobre el Canal de Beagle, que separa al continente de la isla de Tierra del Fuego, y en particular sobre sus islas, había quedado en una suerte de limbo.

Más cerca en el tiempo, en el gobierno de Alejandro Lanusse, la Argentina y Chile aceptaron recurrir a un tribunal arbitral para resolver ese diferendo. La Corte Arbitral, presidida por la Reina Isabel II de Gran Bretaña, hizo público su fallo, enteramente favorable a Chile, entre diciembre de 1976 y mayo de 1977. Mal momento: ambos países se hallaban bajo férreas dictaduras militares. Como señalan Palermo y Novaro (2006: 250), entre mayo de 1977 y diciembre de 1978 las relaciones entre ambos países se deterioraron hasta llegar al borde de la acción bélica a fines de ese último año. Esta trágica eventualidad fue salvada por la intervención oportuna del Papa Juan Pablo II. Desde entonces, el conflicto había quedado en pausa, ya que la resolución del Vaticano tampoco satisfizo las ambiciones territoriales argentinas.

Esa pesada herencia recaía ahora sobre los hombros de la naciente democracia. De inmediato, el presidente Alfonsín instruyó al canciller Dante Caputo para llegar a un entendimiento definitivo sobre la cuestión. Pero Alfonsín era un hombre pragmático, y en sus tratativas con la presidente del peronismo, genéricamente llamadas Acta de Coincidencias Básicas, incluyó la cuestión del Beagle como una prioridad. Al mismo tiempo, planificó una consulta popular no vinculante, pero en los hechos decisiva, para reforzar el consenso político en torno del inminente Tratado.

La noticia de una inminente consulta se conoció a fines de julio de 1984.¹²⁷ Para el peronismo, tramitar una posición uniforme pronto se reveló una pesadilla, en la que cada sector consideraba apta una estrategia diferente. Como señaló una fuente del

¹²⁷ Tiempo Argentino, 23/07/1984; Clarín, 24/07/1984.

consejo, resumiendo solo algunas de las posiciones reinantes, existían para agosto cinco posiciones en el seno del cuerpo: “los que están por el sí, los que están por el no, los que piden la abstención, los que dicen que hay que dejar librado el voto a la conciencia de los afiliados luego de una tarea de esclarecimiento y los que sustentan que la convocatoria del Ejecutivo debe transformarse en un proyecto de ley”.¹²⁸

Someramente, los sectores que rechazaban el acuerdo se congregaron en torno de las figuras de los senadores Vicente Saadi y Humberto Martiarena. Consideraban, anclados en principios nacionalistas de base territorial, que se trataba de una importante pérdida de soberanía y que la mediación debía rechazarse. Pronto recibieron el apoyo de un siempre verborrágico Herminio Iglesias –“el voto por el sí no me lo sacan ni a cañonazos”, diría en una de esas reuniones.¹²⁹

Por el “Sí”, en cambio, se declararon el gobernador de La Rioja, Carlos Menem, quien incluso fue parte de la campaña oficial, Carlos Grosso, Julio Bárbaro, el salteño Roberto Romero, José Octavio Bordón, Carlos Ruckauf, Juan Labaké y, con reservas críticas hacia la diplomacia oficial, el ex candidato presidencial Ítalo Luder.¹³⁰ También se pronunciaron por el “Sí” Eduardo Duhalde, Fermín Chávez y José María Rosa.¹³¹ La

¹²⁸ Tiempo Argentino, 23/08/1984.

¹²⁹ Clarín, 31/10/1984.

¹³⁰ Menem señaló que “el pronunciamiento en forma terminante es decisivo; yo sigo la doctrina nacional justicialista, la doctrina del General Perón en marcha hacia el continentalismo a partir de la unión de todos los países de Latinoamérica. [...] Yo me definí por el sí.” En Clarín, 01/11/1984. Luder, en tanto, señaló que votar por el sí era el mal menor. Clarín, 20 y 23/10/1984.

¹³¹ Duhalde, que también realizó un acto en su municipio, declaró que “es necesario que el justicialismo vote afirmativamente, por encima de las conducciones coyunturales que quieren cambiar lo que ha sido prédica permanente del movimiento justicialista. En Clarín, 2/11/1984. Durante el acto en Lomas de Zamora, agregó que “ya todos saben mi posición personal; todos saben que el General Perón bregó por la unidad latinoamericana, por la construcción de Estados Unidos de América Latina, y ahora no podemos echar por la borda nuestra lucha constante por la paz y la unidad con los pueblos hermanos.” Clarín, 04/11/1984.

mayoría de los argumentos, en este caso, partió de la importancia que revestía, en la doctrina peronista, la integración latinoamericana, el continentalismo y la buena relación con los países limítrofes.

El mecanismo de la consulta agravaba el problema: un partido que se preciaba de sus raíces populares como el peronismo no podía abiertamente oponerse a la participación del soberano, pero distintos dirigentes tenían en claro que el “Sí”, asociado al valor de la paz, tendría mayoría sobre el “No”.¹³² Lorenzo Miguel, que hasta último momento buscó la salida de dejar en libertad de acción al afiliado, lo dijo claramente:

*Nosotros no podemos ir a perder otra vez una elección.*¹³³

Primero, se ensayaron una serie de medidas dilatorias. Un grupo parlamentario, con el diputado Carlos Torres a la cabeza, propuso que la consulta fuera obligatoria en lugar de voluntaria, que rigiera el Código Nacional Electoral, y que la población pudiera expresarse sobre otros temas, como la legitimidad de la deuda externa o el acuerdo con el Fondo Monetario Internacional.¹³⁴ Otro sector, encabezado por el senador Martiarena, impulsó la declaración de inconstitucionalidad, que fracasó en el Senado.¹³⁵ Paralelamente, el ex senador Alberto Fonrouge tramitó un amparo sobre la constitucionalidad de la consulta ante la justicia federal de Tierra del Fuego, juzgado del Dr. Pinto Kramer, pleito que debió resolver la Corte Suprema a favor del Gobierno Nacional.¹³⁶

¹³² Ya en julio de 1984, José Luis Manzano, vicepresidente del bloque de diputados del PJ, había dicho que “el peronismo estaría desandando sus raíces históricas si se hiciera, de pronto, parlamentarista y contrario a la consulta popular”, *Tiempo Argentino*, 29/07/1984.

¹³³ *Clarín*, 31/10/1984.

¹³⁴ *Tiempo Argentino*, 03/08/1984. *Clarín*, 04/08/1984.

¹³⁵ *Clarín*, 23/08/1984.

¹³⁶ *Clarín*, 23/08/1984 y 23/11/1984.

Agotados esos dudosos cartuchos, sólo quedaba fijar una posición. Tanto el Consejo Nacional como el Comando Superior se hallaban fuertemente divididos. Los telegramas a Madrid y las gestiones sobre Isabel no surtieron efecto. Finalmente, el Consejo Nacional y un sector del Comando establecieron una salida intermedia: la abstención activa.¹³⁷ Jugando con el carácter voluntario de la consulta, esperaban que una baja participación quitara legitimidad a la convocatoria.

La posición adoptada, que valió al justicialismo los dudosos elogios del Almirante Rojas, fue fustigada por varios gobernadores, Menem entre ellos, y acompañada sin entusiasmo por diversos legisladores. La defensa de la postura peronista quedó en manos del senador Saadi, dato curioso, porque se trataba más bien de un ruidoso partidario del “No”. Saadi, que había afirmado que el Tratado alcanzado con Chile “nos lleva a la peor derrota diplomática en lo que va del siglo”, acusó al gobierno radical de “santificar con los óleos democráticos el resultado de la diplomacia del Proceso.”¹³⁸

Con la consulta fijada para el 25 de noviembre, pero la campaña de difusión iniciada en la práctica meses antes, el esfuerzo del presidente Alfonsín y su gabinete se concentró en identificar la firma del tratado con los valores de la paz y de la democracia, realizando la importancia central de la participación ciudadana. Como señaló Alfonsín en un encendido discurso,

Lo que no puede ser es que alguien quede sin definirse, lo que no puede ser es que se niegue la participación que es la esencia de toda democracia, porque cuando el pueblo

¹³⁷ Clarín, 30 y 31/10/1984. Tiempo Argentino, 30/10/1984.

¹³⁸ Tiempo Argentino, 26/10/1984.

*niega su participación no hace otra cosa que alimentar de nuevo los entreveros de los mandones donde siempre pierde el pueblo.*¹³⁹

Una pieza central de la campaña fue el recordado debate entre Dante Caputo y el senador Saadi. Allí pudo verse un verdadero choque, no solamente de ideas, sino de estilos y métodos. Como señaló Joaquín Baeza Belda,

*Durante el debate, frente a la mesurada exposición del Ministro de Exteriores, el senador justicialista ofrecería una intervención en ocasiones atropellada, en la que, paradójicamente, más que desarrollar las ventajas de la abstención, parecía dar alas a los que defendían el no, con argumentos de raíz antiimperialista extraídos de la tradición nacionalista más antigua.*¹⁴⁰

En tanto, para el investigador Fernando Danza, “el joven Caputo se mostró carismático y sólido a la vez que relajado. Expresaba un discurso que intercambiaba tonos entre la precisión de los datos y el humor de los remates. Saadi, por su parte, apareció enojado incluso con el moderador -Bernardo Neustadt-, dubitativo, desordenado y, fundamentalmente, anticuado. Vicente Saadi, un senador de larga trayectoria y gran habilidad política, figura sobresaliente del bloque peronista, tenía argumentos fuertes, tenía *qué decir*, pero no fue capaz de actuar frente a las cámaras. Sus documentos eran tantos que no llegaba a consultarlos en vivo, su discurso sonaba anacrónico, él mismo se veía estéticamente anticuado. En los momentos en que la actuación de Saadi era desconcertante, Caputo aprovechaba a lanzar una mirada cómplice hacia la cámara.”¹⁴¹

¹³⁹ La Nación, 18/11/1984.

¹⁴⁰ Baeza Belda, 2016: 274.

¹⁴¹ Danza (s/f: 10)

El golpe de gracia a la dudosa estrategia peronista vendría, sin embargo, de Madrid. Pocos días antes de la consulta, Isabel rompió el silencio para criticar a Saadi y pedir el apoyo al presidente Alfonsín.¹⁴²

Sea como fuere, el 25 de noviembre una mayoría aplastante dio la victoria al sí. Pese a algunas denuncias de la conducción nacional, el peronismo sufría una nueva derrota, apenas veinte días antes de la renovación de autoridades nacionales prevista para el 15 de diciembre.

Las reacciones no se hicieron esperar. Menem, que como dijimos había acompañado el sí, pidió la renuncia masiva de la conducción.

*El pueblo dio la espalda al absurdo abstencionismo dispuesto por la conducción nacional peronista. Ahora es el momento para que los máximos dirigentes del justicialismo que asumieron esa postura den el paso al costado, reconozcan hidalgamente el equívoco y permitan la renovación de los cuadros dirigentes.*¹⁴³

Otro tanto hizo Carlos Grosso, pero la nota la dio el vicepresidente segundo, Carlos Juárez, gobernador de Santiago del Estero, quien sostuvo la necesidad de “una generosa, patriótica y altruista renuncia de todos los miembros del consejo. El primero en renunciar seré yo.”¹⁴⁴

Sin embargo, el oficialismo partidario no estaba políticamente muerto, y la oposición, por su parte, no se recortaba tampoco como un campo homogéneo. Esta situación de fragmentación y anarquía se proyectaría directamente sobre los dos congresos consecutivos en que se plasmó la fractura del PJ.

¹⁴² Clarín, 22/11/1984.

¹⁴³ Clarín, 27/11/1984.

¹⁴⁴ Clarín, 28/11/1984.

El Congreso del Teatro Odeón: la fractura

El primer congreso del peronismo posterior a la derrota electoral estaba pautado para el 15 de diciembre, en el Teatro Odeón de Buenos Aires. Se trataba de una cita de riesgo, por cuanto pronto se hizo evidente que no habría, como había habido un año antes, una lista de consenso. Por el contrario, había al menos tres ejes de poder.

El primer eje por mencionar era el integrado por Lorenzo Miguel -para entonces reelecto como secretario general de la poderosa Unión Obrera Metalúrgica-, Herminio Iglesias -que pese a la derrota controlaba todavía, con dificultades, la representación de la provincia de Buenos Aires-, y Diego Ibáñez, presidente de la bancada de diputados y hombre fuerte del sindicato petrolero. Ese sector, que venía controlando el partido en los hechos durante todo el año 1984, postulaba una solución basada en la incorporación selectiva de algunos de sus críticos. Miguel mismo había anunciado que daría un paso al costado, para dejar su lugar al gobernador de Santa Fe, José María Vernet, un hombre muy ligado a la UOM.¹⁴⁵ También planteaban la creación de ocho nuevas secretarías, en las que se disponían a nombrar a diversos dirigentes del interior, y a personalidades de prestigio como Julián Licastro y Raúl Matera. Aunque ratificaban la postulación de Isabel Perón para la presidencia del partido, en la práctica se trataba de un papel simbólico, que nadie creía seriamente que la señora de Perón fuera a asumir.

Un segundo eje de poder lo constituían los hombres del interior, en su mayoría gobernadores, jefes naturales de distrito. Este sector no llevaba adelante una propuesta unitaria, sino un abanico de variantes. Así, había por ejemplo un ala dura, que reclamaba

¹⁴⁵ Miguel había declarado que “la conducción la tiene que ejercer un hombre de la rama política” apenas conocida su revalidación de títulos en la UOM. Véase Clarín, 12/12/1984.

la “inmediata remoción de la totalidad del Consejo Justicialista”.¹⁴⁶ En principio, cabe mencionar aquí a Carlos Menem, de La Rioja; Ramón y Vicente Saadi, de Catamarca; Florencio Tenev, de Chaco; Rubén Marín, de La Pampa, Arturo Puricelli, de Santa Cruz, y Carlos A. Juárez, de Santiago del Estero. Pero incluso entonces había matices. Así, mientras que Menem y Tenev reclamaban la renuncia en pleno del consejo, incluida Isabel, para dar lugar a una conducción transitoria que en un plazo no mayor a los sesenta o noventa días llamase a elecciones internas con voto directo, Vicente Saadi propiciaba en cambio que esa misma conducción tuviese un plazo de alrededor de un año y condujera el proceso electoral de 1985. Por su parte, Juárez propiciaba la incorporación al consejo de los gobernadores justicialistas, algo visto como una salida intermedia.¹⁴⁷ Lo que todos tenían en común era la negativa al eje Iglesias – Miguel, y al control pernicioso que esta dupla había ejercido sobre el partido. Así, pocos días antes del Odeón, el sanjuanino César Gioja advertía:

*No podemos aceptar que llegemos a Buenos Aires sólo para levantar la mano y convalidar todo lo que ha sido previamente cocinado. Las provincias tienen derecho a participar activamente y vamos a reclamar ese protagonismo.*¹⁴⁸

Por debajo del reclamo más duro, se recortaban Roberto Romero, gobernador de Salta, que proponía postergar el congreso por noventa días, a fin de arribar a una solución de consenso, y Fernando Riera, gobernador de Tucumán que acompañaba la propuesta renovadora, pero aspiraba a un entendimiento en el congreso. Floro Bogado, de Formosa, y Adolfo Rodríguez Saá, de San Luis, eran los dos gobernadores abiertamente alineados con Vernet, si no los únicos.

¹⁴⁶ Clarín, 07/12/1984.

¹⁴⁷ Clarín, 6-7-11-14/12/1984.

¹⁴⁸ Clarín, 14/12/1984.

Con los gobernadores se alineaban los senadores nacionales, acaudillados por Vicente Saadi, y unos sesenta diputados nacionales. Pero había un tercer eje de poder, si bien minoritario y en los hechos carente de representación institucional, que planteaba ya la renovación, no solamente de nombres sino de métodos. Reunidos en el Hotel Crillón, sus referentes principales eran Antonio Cafiero, Carlos Grosso, Roberto Grabois, Julio Bárbaro, Miguel Unamuno y algunos sectores opuestos al mandato de Iglesias en la provincia de Buenos Aires, con el intendente Eduardo Duhalde, de Lomas de Zamora a la cabeza.¹⁴⁹ El eje nucleado en torno de la UOM también concitaba el rechazo de grupos sindicales tan distintos como la Comisión Nacional de los 25, con Roberto García, José Rodríguez y Roberto Digón a la cabeza, y la Comisión de Gestión y Trabajo, referenciada en Jorge Triaca.

¿Cómo articular tan diversos itinerarios? No se trataba de una tarea fácil, y como veremos, no funcionó una coordinación sino por la negativa. Contrariamente al relato hecho desde los propios renovadores, no fueron ellos los protagonistas de esta primera fase de desobediencia. Por el contrario, serían los hombres del interior los que llevarían la voz cantante. Recortes como Renovación / Ortodoxia, o bien políticos versus sindicalistas, más propios de efectos discursivos retroactivos y lecturas esencialistas, no parecen operativos. Tampoco habría que exagerar los clivajes de orden ideológico. Cabe dejar la palabra al entonces consejero del partido, Carlos Corach:

Y se produce la renovación del consejo nacional, y el sindicalismo comete el error de insistir en lo mismo, y lo pone de presidente del consejo nacional, a un muchacho que venía de la Unión Obrera Metalúrgica, Vernet, que además tenía en su capital político el haber sido elegido gobernador de Santa Fe, nada menos, que era una provincia importante. Esa conducción se elige en el Teatro Odeón, y ahí nace la renovación, en el Teatro Odeón. Los convencionales nos retiramos del teatro con Vicente Saadi a la

¹⁴⁹ Véase el capítulo siguiente.

cabeza... ahí no estaba Cafiero, no estaban ni Cafiero ni Grosso estaban ahí, eso viene mucho después... Cuando nace la Renovación, nace en ese momento con Saadi, con Menem, etc... nos retiramos de ahí y vamos a un hotel a dos cuadras, donde se junta todo y nace institucionalmente la renovación, que se instala en el Senado, en el bloque de senadores justicialistas, que presidía Vicente Saadi.

Y hay una cosa importante que a veces no se tiene en cuenta, que en realidad la renovación prospera, a partir de ese momento, porque los caudillos nos apoyan. Saadi, Menem, Juárez, Julio Romero y otros. Pero por qué nos apoyan. Nos apoyan, a los jóvenes, porque querían terminar con la conducción sindical. Tal es así que ese era el objetivo, que cuando ese objetivo se consigue, cuando realizamos el congreso de Río Hondo... ahí se eligen autoridades de la renovación, y se produce un hecho curioso. En realidad, el candidato natural hubiera sido Saadi, pero se enferma, no puede ir. Entonces Oraldo Britos es elegido presidente del Consejo Nacional

Después de esto, cuando la renovación ya va avanzando con mucha gente joven, se incorporan Grosso, Cafiero, etc., los caudillos dicen “No, basta, ya está, nosotros lo que queríamos ya está”, que era desplazar a la conducción sindical... Vicente arregla con lo que quedaba del sindicalismo militante, digamos, para hacer una conducción donde participaran políticos y sindicalistas y no la gente joven. Y ese es un acuerdo que se firma en el Petit Hotel de Romero, en Palermo Chico, y de ahí van al Congreso de Santa Rosa donde nos barren.¹⁵⁰

En esta síntesis escueta se resumen varios meses de vida partidaria. Pero volvamos al Odeón. Sin consensos significativos, todo indicaba que los números del eje Iglesias – Miguel serían superiores. Pero dos más dos no siempre resulta en cuatro, y parte de ese resultado dependía de dos factores: los votos de la provincia de Buenos Aires, y el apoyo de los convencionales de Santa Fe a su gobernador. Muy pronto se reveló que, por conflictos a explicar en el siguiente capítulo, había más congresales bonaerenses que lo

¹⁵⁰ Entrevista con Carlos Corach, 17 de abril de 2019. Corach para ese momento había visto fracasar su proyecto de renovación concertada. Al respecto, véase Corach (2011: 111).

indicado por la Carta Orgánica, ya que algunos habían sido suspendidos de modo irregular, reemplazándolos con suplentes adictos a Iglesias.¹⁵¹

Del mismo modo, los convencionales santafesinos en su abrumadora mayoría comenzaron a manifestar su disconformidad, cuando un elemento habitual en el folklore peronista de aquellos años empeoró la situación. En efecto, Iglesias había llevado “barras”, que desde los palcos presionaban a los disidentes, impedían el desplazamiento y el uso de la palabra. Así, la simple tarea de nombrar una comisión de poderes se convirtió en una pesadilla para los disidentes, que se retiraron en medio de insultos, amenazas y agresiones. Carlos Menem, en particular, fue el blanco de ataques encarnizados, tanto al ingresar como al retirarse.¹⁵²

Vale la pena preguntarse sobre la conveniencia del estratégico momento de retirarse. De haber permanecido, profundas diferencias surgirían entre los que se marchaban. El acuerdo, así, se construía por la negativa. Pero el eje Miguel – Iglesias prosiguió, tras un cuarto intermedio, y nombró una nueva conducción, de rutilante continuismo. Así, tras consagrar a Isabel Perón, presidenta del partido, el congreso, con un quórum que no alcanzaba los trescientos congresales sobre seiscientos cincuenta y seis, nombró vicepresidente primero a José María Vernet, vicepresidente segundo a Lorenzo Miguel, y secretario general a Herminio Iglesias.

Comenzaba la fase de crisis abierta, que duraría varios meses. Los congresales que se habían marchado se congregaron en el Hotel Rochester, primero, a dos cuadras del

¹⁵¹ Por cierto, la designación de una comisión de poderes diferente de la actual no era un tema menor, ni simple. Setenta delegados bonaerenses habían sido suspendidos, y sustituidos por suplentes de dudoso origen en un congreso de regularidad discutible: véase el capítulo siguiente, al respecto. Si esa decisión era convalidada, el resultado final de la contienda entre los dos sectores se vería igualmente alterado.

¹⁵² Véase *Tiempo Argentino*, 16/12/1984. Menem cuenta su experiencia en Suriano & Álvarez (2013: 244)

Teatro, y en un centro de convenciones en la calle Viamonte al 900. Tras una serie de infructuosas mediaciones, hicieron constar en actas el respaldo de entre 350 y 400 congresales, que desconocían así a la nueva conducción. Se comprometieron a darse cita en los primeros días de febrero, pero con la estratégica decisión de mudar la sede al interior del país, para evitar presiones y la reiteración de la influencia de las barras herministas. Dejaron constituido un grupo, la Comisión de los 48, de dos delegados por distrito, que llevaría adelante la organización del futuro encuentro y funcionaría como una conducción colegiada del partido hasta la nueva fecha.¹⁵³

¿Cuáles eran los referentes del nuevo espacio? Corach menciona a Vicente Saadi. Sin dudas, este viejo dirigente, presidente del bloque de senadores y virtual jefe de distrito, era uno de los aspirantes naturales a presidir la nueva etapa. Pero según otros testimonios, no estaba dispuesto a ser el jefe de una facción, sino que aspiraba a gobernar a la totalidad del peronismo.

Por lo demás, la prensa del período no se ponía de acuerdo sobre los ejes que dividían a propios de extraños. Así, para Antonio César Morere, de Clarín, habría funcionado un “bloque del interior (del que participaba también un sector capitalino)”.¹⁵⁴ En cambio, Diego Dulce, de Tiempo Argentino, señalaba:

Esta situación de virtual fractura no es sólo una separación drástica entre los distritos del interior y la alianza que tiene por eje el acuerdo de las 62 Organizaciones, de gran influencia en Capital y Buenos

¹⁵³ Integran la comisión, entre otros, el senador Oraldo Britos, Alberto Melón, Adolfo Torresagasti, Dardo Blanc, Oscar Presaco, Humberto Romero, Edgardo Murguía, Carlos Torres y César Gioja. La coordinación quedaba en manos de Britos.

¹⁵⁴ Clarín, 16/12/1984. Morere menciona en ese bloque a Florencio Tenev y Deolindo Bittel (Chaco), Carlos Menem (La Rioja), Edgardo Murguía (Santa Cruz), Carlos Arturo Juárez (Santiago del Estero), Rubén Marín (La Pampa) Vicente y Ramón Saadi (Catamarca), César Gioja (San Juan), José Humberto Martiarena y Carlos Snopek (Jujuy), Oraldo Britos (San Luis), Dardo Blanc (Entre Ríos), Eduardo Vaca y Roberto García.

*Aires, sino que afecta a casi todas las delegaciones provinciales, enfrentando a sus miembros en cuestiones que todavía se agregan a las diferencias que ya portaban antes de arribar a Buenos Aires.*¹⁵⁵

Otros analistas, por su parte, planteaban que en el Odeón se había proyectado la sombra de la crisis de la provincia de Buenos Aires. En efecto, en la medida en que la oposición a Iglesias avanzaba a toda marcha en ese distrito, éste se habría visto urgido a nacionalizar el conflicto, poniendo a Lorenzo Miguel de su parte. Pero no habría contado con el rechazo que concitaba su figura en el interior.

Atractiva como es esta interpretación, lo cierto es que no contemplaba un aspecto paralelo: la situación gremial. Como señalaba Ricardo Kirchbaum,

*En el realineamiento que se ha producido en el justicialismo, tanto la Comisión de los 25 como la ex CGT Azopardo, que han obtenido varios e importantes triunfos en las elecciones sindicales, se han plegado a los disidentes. Esa fisura en el aparato sindical, al enfrentarse a las 62 Organizaciones que maneja Miguel, le añade el dato capital a esta crisis.*¹⁵⁶

La situación escaló en pocos días: los disidentes, que comenzaban a ser conocidos como “renovadores”, sin mayor elaboración al respecto, decidieron acudir a la justicia para desconocer a las autoridades emergidas del Teatro Odeón. El encargado de hacerlo fue el apoderado Carlos Corach:

Luego de una serie de reuniones de las que participaron, entre otros, Vicente Saadi y Oraldo Britos, decidimos impugnar judicialmente el congreso del Teatro Odeón. No había otra alternativa, la idea era mantener la estructura del partido hasta donde fuera posible e intentar resolver la cuestión por la vía jurídica, tarea que me fue encomendada dado mi cargo de apoderado, ratificado por la Renovación.

Nuestra trinchera más fuerte era el Senado, las reuniones se realizaban en las oficinas del bloque de senadores peronistas, presidido por Vicente Leónides Saadi. La mayoría de las provincias apoyaban la

¹⁵⁵ Tiempo Argentino, 17/12/1984.

¹⁵⁶ Clarín, 20/12/1984. Una vez más, los clivajes ideológicos o del tipo “políticos versus sindicalistas” no parecen resistir el análisis, ni siquiera en el nivel macro.

Renovación, aunque los grandes distritos, como Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba, estaban divididos al respecto.

La presentación ante la justicia, luego de una dura disputa, tiene un primer resultado favorable a la Renovación: la nulidad del congreso del Odeón y la convocatoria a un nuevo congreso, esta vez en Río Hondo, donde fue elegido un nuevo consejo integrado por dirigentes de la Renovación y presidido por Oraldo Norvel Britos, senador por San Luis. La ausencia por enfermedad de Saadi, que era el candidato natural, habría de traer sus consecuencias en el mediano plazo.¹⁵⁷

Para el peronismo, sería un verano de altísimas temperaturas. Pronto quedó claro que la iniciativa estaba del lado de los disidentes. Pero ¿quiénes eran los que estaban firmemente en ese arco? Antonio César Morere hablaba de “un vasto abanico, que incluye a la casi totalidad de los gobernadores y senadores nacionales peronistas, a un número estimado en 60 diputados nacionales sobre un total de 111 legisladores justicialistas, a los encuadramientos sindicales de “los 25”, entre cuyos principales promotores figuran Roberto Digón, José Rodríguez y Roberto García, y a distintas figuras y corrientes “renovadoras”, entre cuyos principales inspiradores figuran Antonio Cafiero, Carlos Grosso, Julio Bárbaro, Roberto Grabois y Miguel Unamuno.”¹⁵⁸

Pero, continuaba el cronista, el más significativo apoyo del abanico disidente residía en su base de sustentación geográfica, representada, según los casos, por los gobernadores, senadores y presidentes de distrito. Así, por Chaco aparecían militando tanto el gobernador Florencio Tenev como el senador Deolindo Bittel. Por La Rioja, por supuesto, Carlos Menem. Por Santa Cruz, el gobernador Arturo Puricelli y el senador Edgardo Murguía. Por Santiago del Estero, Carlos Arturo Juárez. El gobernador Rubén

¹⁵⁷ Corach (2011:112-113). Conociendo la picardía típica de Saadi, distintos testigos me han sugerido que, en verdad, no padecía enfermedad alguna. Simplemente no quería ser el jefe de una fracción, sino el presidente de la totalidad del PJ. Pero lo cierto es que fue internado dos veces en enero.

¹⁵⁸ Clarín, 02/01/1985.

Marín representaba a La Pampa y el mencionado senador Vicente Saadi a Catamarca, gobernada por su hijo Ramón. Salta aparecía en la firma de su gobernador, Roberto Romero, mientras que Jujuy lo hacía a través del senador José Humberto Martiarena y del gobernador Carlos Snopeck. Corrientes, por su parte, contaba con la adhesión del clan compuesto por Julio y Humberto Romero. San Juan participaba a través del ex candidato a gobernador César Gioja. Incluso Santa Fe tenía representación, con Raúl Carignano. Otras figuras eran Floro Bogado (Formosa), que había saltado el cerco, Fernando Riera (Tucumán), Jorge Humada (Misiones), Dardo Blanc (Entre Ríos) y José Manuel De la Sota (Córdoba). La provincia de Buenos Aires estaba representada a través del amplio abanico anti herminista; la Capital, por Eduardo Vaca.

De modo que, incluso aceptando que no todos los participantes hubiesen compatibilizado sus criterios, y ciertamente reconociendo que no se trataba de un grupo homogéneo, ni siquiera al interior de cada distrito, el listado aparece como bastante indicativo de un rechazo que, los rebeldes se encargaban de reiterar, no era tanto de nombres como de métodos. Claro que la misma frase indicaba que algunos nombres propios, por ejemplo, el de Herminio Iglesias, estaban en la picota.

El primer paso fue inevitablemente judicial: los renovadores decidieron desconocer el congreso del Teatro Odeón y convocar a un nuevo encuentro, en Santiago del Estero, más precisamente en la localidad de Río Hondo para el 2 de febrero.¹⁵⁹ Pero a su vez, la conducción formal del partido, en manos de Vernet y del apoderado Torcuato Fino, resolvió impugnar esa convocatoria y realizar una en Buenos Aires para el 1° de febrero.

¹⁵⁹ Clarín, 11/01/1985.

La causa, en manos del doctor Juan Edgardo Fégoli, pronto adquirió ribetes de asunto de Estado -pues se trataba, ni más ni menos, que de la conducción del principal partido de oposición- en virtual acefalía y al borde de la intervención. Tras una serie de mediaciones fallidas, pronto quedó claro que, por las razones que fuere, el sector disidente no estaba dispuesto a desistir de su convocatoria. Como observó Diego Dulce,

El pedido de deliberaciones es el más categórico pronunciamiento contra la búsqueda de un acuerdo entre las partes. Las razones por las que se insiste en esta actitud son sencillas. Los disidentes necesitan producir ese hecho para mejorar su situación interna, y lo es, aun cuando la máxima aspiración del grupo fuera encarar negociaciones desde posiciones ventajosas. Hasta que entreguen el requerimiento al juez, los “renovadores” no dejarán de ser un grupo de dirigentes políticos de alcance y contornos imprecisos, siempre sujetos a la tentación del desmembramiento con la oferta de cargos partidarios más o menos interesantes.¹⁶⁰

La mayoría de los referentes del sector renovador planteaba la necesidad de seleccionar una conducción provisoria. También acordaban sobre la imperiosa voluntad de reformar la carta orgánica. Pero había dos criterios muy distintos sobre la naturaleza de esa conducción provisoria y su duración: o bien se constituía una conducción por un año, con mandato de conducir el proceso electoral, o bien se elegía una conducción por apenas noventa días, con mandato de inmediata consulta al afiliado. Detrás de ambos criterios, rondaba una cuestión clave: negociar o no negociar con el oedonismo. Como señalaba un redactor de *Tiempo Argentino*:

Mientras un núcleo identificado con la disuelta corriente Convocatoria y el MUSO (Movimiento de Unidad, Solidaridad y Organización) propicia la abierta ruptura [con la conducción Vernet], el otro considera conveniente “concertar” la renovación.¹⁶¹

¹⁶⁰ *Tiempo Argentino*, 17/01/1985.

¹⁶¹ *Tiempo Argentino*, 20/01/1985.

En el sector dialoguista revistaban Vicente Saadi, Humberto Martiarena, José Luis Manzano, Alberto Melón, Diego Guelar, Dante Dovená, Néstor Perl, Julio César Aráoz y Oscar Fappiano. En el sector rupturista, Edgardo Murguía, Roberto García, Héctor Maya, José Manuel De la Sota y José Octavio Bordón. Aparentemente, este grupo recibía el apoyo de Antonio Cafiero, Carlos Grosso, José Rodríguez (SMATA) y Jorge Triaca (CNT).

Un papel central en el éxito o en el fracaso de la convocatoria estaba dado por la participación del presidente del Congreso Nacional Justicialista, el cordobés Raúl Bercovich Rodríguez. Para malestar de los sectores que respondían a la raleada conducción de Vernet, Bercovich Rodríguez, ante la presentación de unos doscientos ochenta avales, decidió comprometerse a presidir el encuentro de Río Hondo.¹⁶² La reacción no se hizo esperar, y los restos de autoridad del sector odeonista lo removieron de su cargo, tarea que a su vez fue ignorada por la mesa de los 48. En este clima de desconocimientos recíprocos, finalmente llegó febrero.

El congreso de Río Hondo: dos conducciones para el peronismo

El congreso de Río Hondo, que funcionó bajo una férrea custodia armada de la policía santiagueña, es recordado por muchos de los entrevistados como, en palabras de Jorge Landau, “el signo de esperanza de que el peronismo podía cambiar”. El ya histórico apoderado del Partido Justicialista agrega una anécdota interesante respecto de la participación de Antonio Cafiero, que no era ni siquiera congresal.

Antonio Cafiero en Río Hondo estaba olvidado, marginado, no existía. Recuerdo que me pidió a mí si por favor le podía dar una mano, que armara una suerte de comisión de notables donde él estuviera incluido. Tal era, más que el rechazo, la indiferencia respecto a Antonio que sentían los de las provincias, porque

¹⁶² Clarín, 19/01/1985.

lo veían como un porteño, que no era porteño, era bonaerense. Antonio comienza a ser importante a partir del 85, con la elección esa famosa que pierde, pero que marca una presencia muy importante de la renovación. [...] Y Antonio estaba ahí, y deambulaba, porque no era congresal. Y ahí estaba, pero no se quería volver a su casa. Era un empresario de fortuna, próspero. [...] Río Hondo era esencialmente Oraldo Britos, porque era senador nacional. Una de las pocas cosas importantes que tenía el peronismo era el Senado de la Nación. [...] En el Senado era uno de los lugares donde se hacían las reuniones preparatorias de la Renovación, en el orden nacional. ¹⁶³

Carlos Grosso, por su parte, recuerda de otro modo el rol de Cafiero, pero coincide en la marginalidad de muchos de quienes protagonizarían el proceso apenas un año más tarde:

Antonio fue a Río Hondo, y tenía un relativo peso, lo que pasa es que, en Río Hondo, al ser tan rápido después de la elección, tenían jerarquía los gobernantes, fuesen estos gobernadores o legisladores, y Antonio y yo estábamos en la yeca. A mí, el primer día del congreso de Río Hondo, la policía de Juárez no me deja entrar. Al segundo día me dejaron. [...] Yo no era congresal, ni dirigente respetable. Era de los sin tierra yo. Todavía el presidente del PJ en Capital era Torcuato Fino. ¹⁶⁴

Efectivamente, el eje de Río Hondo rondaría en torno de los funcionarios electos en 1983, diez de los doce gobernadores -con excepción de Vernet y de Rodríguez Saá- y los legisladores que les respondían. Pero también de la Comisión Nacional del Trabajo y de la Comisión de los 25. No obstante, había entre los congresales y los gobernadores algunas diferencias.

Por un lado, algunos gobernadores se habían pronunciado ya por una rápida reunificación, a través del mecanismo de un tercer congreso. Ellos eran Floro Bogado (Formosa), Florencio Tenev (Chaco), Fernando Riera (Tucumán), Arturo Puricelli (Santa Cruz) y Carlos Snopek (Jujuy). Para esos jefes distritales, era imperativo que Río Hondo

¹⁶³ Entrevista con Jorge Landau, 1 de junio de 2018.

¹⁶⁴ Entrevista con Carlos Grosso, 5 de junio de 2018.

no nombrase una conducción provisoria y llamase en cambio al entendimiento con la “línea Vernet”.¹⁶⁵

Por el otro, otros cinco mandatarios -Carlos Juárez (Santiago del Estero), Roberto Romero (Salta), Rubén Marín (La Pampa), Carlos Menem (La Rioja) y Ramón Saadi (Catamarca) se decantaban por aprovechar la coyuntura para “cambiarle el paso al peronismo”.¹⁶⁶ En la práctica lo que se veía era que la conducción del Senado y la comisión de los 48 tenía bastante peso, al igual que la delegación de Buenos Aires. En otros términos, los congresales, que rondaban los 400, no aparecían tan dispuestos a negociar como algunos gobernadores.¹⁶⁷

Con un quorum holgado, en un congreso abierto a la prensa gráfica, Río Hondo finalmente eligió una conducción por un plazo de un año, hasta diciembre de 1985, lo que descartaba realizar la interna antes de las elecciones legislativas de noviembre. La nueva conducción estaba compuesta por Isabel Perón (presidenta), Oraldo Britos (San Luis, vicepresidente primero), Roberto García (sindicalista porteño, vicepresidente segundo), Olga Riutort de Flores (representante de San Juan, vicepresidenta tercera) y José Manuel De la Sota (Córdoba, secretario general). Adolfo Torresagasti (Chaco) ocupaba la secretaría política; Humberto Romero (Corrientes,) la secretaría de organización; Adriana Bortolossi de Bogado (Formosa) la secretaría de la mujer, Eduardo Vaca (Capital), la secretaría de prensa; Carlos Torres (Santa Cruz) la de adoctrinamiento; Carlos Villada (Salta), la secretaría de finanzas, etc.¹⁶⁸

¹⁶⁵ Véase la entrevista a Florencio Tenev en *Tiempo Argentino*, 01/02/1985.

¹⁶⁶ *Tiempo Argentino*, 03/03/1985.

¹⁶⁷ Algunas fuentes hablan de 350, otras (*Clarín*) de 395, y otras (*Tiempo Argentino*) de 413. En este contexto preferimos dar un número estimativo.

¹⁶⁸ La nómina completa en *Tiempo Argentino*, 05/02/1985, o en *Clarín*, 05/02/1985.

Río Hondo fue un hecho curioso en la historia del peronismo, porque fue el primer congreso nacional justicialista realizado en el interior del país, a diferencia de sus predecesores realizados en la Capital Federal. Asimismo, el congreso consagró el voto directo, aunque por distrito, eludiendo fijar la fecha de las internas como tales. Finalmente, ratificó a Isabel Perón, medida que no tenía sentido fuera del campo simbólico, ya que la viuda pronto haría conocer su renuncia.¹⁶⁹

La otra resolución crucial de Río Hondo, decidida por unanimidad, fue la intervención del distrito bonaerense, desconociendo a las dos conducciones que en ese momento se disputaban el Partido (ver capítulo 3). Para ese cargo tan trascendental, fue nominado el senador santiagueño Luis Salim.

Como era de esperar, comenzaron inmediatamente las acciones judiciales cruzadas, las impugnaciones, la disputa por la denominación legal del Partido, la disputa por los locales partidarios, etc. Disputa que pronto tuvo un resultado favorable a Río Hondo: a fines de febrero era conocida la resolución del juez Fégoli por la cual el consejo nacional emanado de Santiago del Estero quedaba investido como “único organismo supremo y representativo de la soberanía partidaria.”¹⁷⁰

Lejos estaba de saldarse, sin embargo, el conflicto, pues los odeonistas apelaron y obtuvieron de Fégoli un fallo con efectos suspensivos que dejó todo en manos de la Cámara Electoral. Como recuerda Corach,

¹⁶⁹ En febrero, se conoció en medios locales la renuncia “irrevocable” de Isabel. La misma, fechada el mismo 4 de febrero, estaba dirigida a Oraldo Britos, Olga de Flores, José Manuel De la Sota y Lorenzo Miguel. Véase La Nación, 22/02/1985; Clarín, 22/02/1985.

¹⁷⁰ Clarín, 28/02/1985.

El congreso de Río Hondo es legitimado por la Justicia Electoral. El juez fue el doctor Juan Eduardo Fégoli, a cargo del juzgado N°1 con competencia electoral. La apelación de las anteriores autoridades logra un fallo ambiguo de la Cámara Electoral Nacional, lo que les abre la puerta para una negociación. Las simpatías del alfonsinismo, que ejercía sus influencias sobre el Poder Judicial, estaban claramente a favor de la conducción tradicional del peronismo y en contra de la Renovación. La idea de la Coordinadora -comandada por Coti Nosiglia- era que había que impedir el crecimiento de la Renovación y dejar al mando a la ortodoxia, con quienes creían poder negociar más fácilmente y derrotar sin problemas en cualquier contienda electoral. [...] Ante la resolución judicial, no hubo más alternativa que un tercer congreso, esta vez en Santa Rosa, La Pampa, donde la Renovación queda en desventaja, pues muchos de quienes nos habían apoyado -como Romero de Corrientes o Saadi- eligen aliarse con el sindicalismo. La ruptura era inevitable y se produciría en ocasión de las elecciones legislativas de 1985.¹⁷¹

Sin embargo, este momento rihondista difícilmente haya fundado una experiencia nacional. Pocos meses más tarde, tendría lugar una reversión hacia posiciones más cercanas, no tanto a una inexistente *ortodoxia*, como al necesario compromiso que evitase al peronismo la circunstancia de competir fracturado en dos listas en ocasión de las legislativas. El cambio se debió al viraje de varios gobernadores y dirigentes veteranos, entre ellos Vicente Leónides Saadi, que fueron recuperando el control de sus congresales. Pero más allá de eso, está el lúcido balance de Río Hondo que hace Landau:

La mitad quedó de un lado y la mitad quedó del otro. Toda una cantidad de tipos, todos los viejos, Bercovich Rodríguez, Antún que era de Córdoba, Don Julio Romero quedaron todos del otro lado... tenías una cantidad de tipos que jugaban, que quedaron del otro lado. Estaba el peronismo dividido. Con esa división el peronismo avanzaba hacia su pérdida. Nosotros somos perfectamente conscientes de que si vamos divididos perderemos. [...] Y los tipos del interior que jugaban, los gobernadores que jugaban sus provincias no querían volver a perder... una cosa es pelear la renovación y modificar todo y otra cosa es

¹⁷¹ Corach (2011: 113).

*perder la gobernación, con la urna no. Entonces, esos tipos querían la unificación. Nadie estaba por un planteo rupturista. Unidad primero. Quebrar la unidad era un sacrilegio en el peronismo.*¹⁷²

La experiencia de Río Hondo, en efecto, sería efímera. No obstante, la conducción ejercida por Oraldo Britos tuvo un papel destacado en la convulsionada vida política nacional, al brindar su respaldo al gobierno de Alfonsín ante los rumores de asonadas militares, al acudir al diálogo con el presidente y, sobre todo, al apoyar críticamente los juicios a las Juntas Militares. También impulsó la renovación de las autoridades nacionales en varios distritos. Pero, en el plano interno, tenía los días contados desde el principio: el propio Britos reconoce que su mandato era problemático, y que nunca terminó de sentirse presidente del partido.

*Porque yo renuncié a los tres meses. Me tironeaban de un lado y del otro. Yo no tenía la plata, dependía siempre de alguien que me prestara la oficina. [...] Y Saúl [Ubal dini] era un seco, Saúl me acompañaba, pero Saúl dinero, esas cosas, no manejaba. [...] Y realmente, el movimiento que teníamos nosotros, después que se hace la renovación, nos llamaban de todas las provincias, todos querían hablar, todos querían conversar, o sea el peronismo empezó... hizo un efecto que en todas las provincias comenzaron a cambiar su conducción. [...] Y renuncié, se hizo una reunión en la casa de Don Julio Romero, ahí en la calle San Martín de Tours. Entonces me habían invitado, y estaban casi todos los viejos que habían manejado el peronismo. Y entonces me decían a mí qué pasaba que yo no había terminado de armar bien el partido. "No, lo que pasa es que yo no tengo plata". Y entonces ellos me insinuaron que, si yo no tenía dinero, para manejarme así, más vale dejara para que se manejara alguien que se manejara mejor. [...] Saadi en ese momento estaba con nosotros y medio que estaba con los otros. [...] Yo no tenía económicamente los medios, y los empresarios que se arrimaban, eran todos interesados. [...] Y les dije a ellos que no tenía ningún problema en renunciar, porque ya les había dicho a los muchachos que lo mío era por unos meses. [...] No me sentía en condiciones. [...] En julio yo cuando voy a Santa Rosa me echan del peronismo.*¹⁷³

¹⁷² Entrevista con Jorge Landau, 21 de enero de 2014.

¹⁷³ Entrevista con Oraldo Britos, 23 de abril de 2014.

Santa Rosa: la unidad para perder, otra vez.

El dato clave, contra la interpretación jurídica del apoderado Corach, no estuvo en la Justicia. A fines de mayo, la Cámara Nacional Electoral, sin pronunciarse sobre la validez de lo actuado por Britos, reconoció al congreso de Río Hondo. Se trataba de un fallo largamente anunciado, no menos largamente esperado, pero que no podía resolver la naturaleza política del conflicto. Como señaló Antonio César Morere,

*El problema jurídico del peronismo ha quedado resuelto. Naturalmente que el problema político que le dio origen no es posible de ser resuelto por vía judicial. Este es el nuevo desafío que afronta el justicialismo: reagrupar fuerzas evitando que no sean muchos los que queden al borde del camino.*¹⁷⁴

En rigor, varios movimientos habían vuelto innecesario el fallo. En primer lugar, en el campo sindical, la virtual reunificación de las 62 Organizaciones, donde cinco de los seis grupos gremiales habían aceptado el lugar preponderante de Lorenzo Miguel. El grupo restante, la Comisión Nacional de los 25, se había retirado a último momento sin poder evitar un resultado que le era claramente adverso.

Es interesante insistir en esto a lo largo del trabajo: lo *político*, en el peronismo, no es sólo lo *partidario*. Y lo *gremial* no hace, o no hacía solamente, a la vida laboral en el sitio de trabajo. Por el contrario, se trata de dimensiones entrecruzadas, donde el financiamiento viene muchas veces del aparato gremial y el sector político es apenas un itinerario posible de hombres ligados al sector sindical -y todavía queda por ver a cuál. La principal diferencia entre Lorenzo Miguel y Triaca, por una parte, y los 25 por la otra, era de naturaleza política: ¿debía unificarse primero el peronismo, como creían Miguel y el dirigente plástico, o debía llegar primero la hora de las elecciones internas en el partido,

¹⁷⁴ Clarín, 24/005/1985.

como sostenían los 25? Estaban discutiendo el poder partidario, en sede gremial. Y la unidad, claramente, favorecía al sector contrario a la renovación.¹⁷⁵

A la deserción de Triaca y su grupo, debe sumarse la de varios gobernadores, entre tres y seis, que ahora bregaban por la unidad a cualquier costo. El referente de ese sector era Don Vicente Saadi. Anfitrión de un concurrido “asado de la amistad” a fines de marzo de 1985, Don Vicente sostenía que era hora de compatibilizar la renovación con la unidad. Y aspiraba, claramente, a conducir al nuevo bloque político peronista.¹⁷⁶

Acompañaban a Saadi en su cruzada Floro Bogado (Formosa), José María Vernet (Santa Fe), Adolfo Rodríguez Saá (San Luis) y Ramón Saadi, su hijo. También impulsaban la unidad inmediata Fernando Riera (Tucumán), Arturo Puricelli (Santa Cruz), Florencio Tenev (Chaco) y Carlos Snopeck (Jujuy).

El flamante bloque político – sindical impulsó de inmediato, con el mismo mecanismo que Río Hondo, la autoconvocatoria de un tercer congreso, respaldado energicamente por las 62 Organizaciones. Pronto superaron el tercio de congresales, y realizaron formalmente la convocatoria. Bercovich Rodríguez, presidente de la mesa del congreso, acompañó la jugada. Como contrapartida, Río Hondo, reducido a un puñado de distritos, convocó su propio congreso. En la misma fecha, mediados de julio, se citaron los dos congresos, uno en San Luis, otro en Santiago del Estero. ¿Llegaría la sangre al río?

No fue el caso. Ante la posibilidad de cierta de una fractura consumada, el sector riohondista decidió ceder en su propósito. Distintas negociaciones se habían iniciado -el

¹⁷⁵ Nos abstenemos aquí de utilizar el calificativo de “ortodoxo”. No tanto porque sea nativo, sino porque no era utilizado en este período.

¹⁷⁶ Clarín, 23/03/1985.

diálogo nunca se había roto del todo-, pero en la noche del 19 de junio, en la residencia porteña de Julio Romero se firmó un acta entre ambos sectores, que promovía una serie de pasos -sustancialmente, ambos consejos debían renunciar, desistir de las acciones legales, y convocar a un tercer congreso, en sede neutral: Santa Rosa, La Pampa. Un punto extra fue explicitado: debía haber internas en la provincia de Buenos Aires.

Pero las condiciones de la negociación eran ya muy desiguales. El propio Britos perdió su condición de congresal, al no presentar lista en las internas puntanas y ser relevado por el gobernador. Ante esto, los renovadores restantes, ya sin referente, sólo pudieron dar testimonio de una derrota catastrófica en Santa Rosa. Algunos no se presentaron, otros -cerca de setenta- fueron impugnados al ingreso. Otros simplemente debieron conformarse con mirar.

El congreso de Santa Rosa nominó una nueva conducción. Mantuvo a María Estela Martínez de Perón como presidente, nombró a Vicente Saadi como vicepresidente primero, a Jorge Triaca como vicepresidente segundo, a Alberto Rodríguez Saá como vicepresidente tercero, y a Herminio Iglesias como secretario general. El secretario político fue Luis Salim, por Santiago del Estero.¹⁷⁷ Escueto, Antonio César Morere sentenció:

*En lo interno, el Partido Justicialista superó el riesgo de la división; consecuentemente, el congreso salvó la apariencia de la unidad, pero más por el desvanecimiento del proyecto de Río Hondo que por una compatibilización de ideas y propuestas. En cambio, el resultado del congreso no alcanza para reconquistar el espacio perdido por el peronismo en la credibilidad ciudadana y, consecuentemente, mucho deberá bregar la nueva conducción justicialista para asegurar un discreto papel electoral del justicialismo el 3 de noviembre.*¹⁷⁸

¹⁷⁷ Clarín, 8 de julio de 1985.

¹⁷⁸ Clarín, ibídem.

Hacia las elecciones legislativas

La disidencia nacional había terminado, pero la disputa por el peronismo recién comenzaba. Aunque las elecciones nacionales serían adversas al peronismo, llevando a muchos de sus cuadros a preguntarse si, en verdad, el *Pueblo* que habían conocido seguía allí, comenzaba una lucha distinta, que en parte había sido sembrada por la experiencia riohondista: la lucha por el espacio se trasladaba ahora primordialmente a los distritos. Sería en ellos, y sobre todo en la provincia de Buenos Aires, donde surgiría un nuevo momento renovador, una nueva conducción encargada de revertir la sucesión de derrotas. Y sería allí, también, donde surgiría una primera y necesaria narrativa de los acontecimientos, que inscribiría el período renovador en la más rica historia del peronismo.

Conclusiones.

¿Cómo caracterizar los años 1983 – 1985? Para la narrativa de los renovadores, el surgimiento de la RP fue algo inmediato, natural, lineal. Muchos estudios, sin prestar quizá la atención que merecían los acontecimientos, se hicieron eco de esa mirada autocomplaciente. Por ejemplo, Ricardo Gutiérrez (2003:36), al periodizar su documentado trabajo sobre la “desindicalización” del peronismo, elige la fórmula de un presunto “ataque generalizado a la conducción de Lorenzo Miguel [...] entre noviembre de 1983 y julio de 1985”. Aunque reconoce que el proceso no fue lineal, y que el polo renovador contaba con grupos sindicales propios, no deja de señalar que los renovadores “debían su nombre a su reclamo de renovación partidaria y sus objetivos declarados eran: (1) reemplazar a los dirigentes ortodoxos en la conducción del partido y garantizar el predominio partidario de la rama política; (2) democratizar los mecanismos de selección interna de candidatos y (3) recuperar la performance electoral del peronismo.”

Ahora bien, el historiador debe cuidarse mucho de imponer el significado -esto es, el sentido y la finalidad- de los acontecimientos a la percepción de los actores. Lo que está en juego aquí es, ni más ni menos, que el verdadero protagonismo de los actores, su condición de propietarios del sentido de sus actos, incluso a pesar de que desconocen las condiciones en que esos actos generan consecuencias. En 1984 no era en absoluto obvio que fuera a darse una desindicalización. Diría más, nunca fue un objetivo del campo que sólo con el tiempo conoceríamos como renovador. Y tampoco hubo, al menos durante 1984, una ofensiva contra las posiciones del miguelismo: antes bien, como señaló el historiador español Joaquín Baeza Belda (2016:259), “sorprendentemente, el año 1984 fue un año relativamente tranquilo al interior del peronismo. [...] En efecto, como aturcido por la conmoción de la derrota, los primeros pasos del peronismo hacia su efectiva reorganización tardarían más de un año en llegar. Si lo esperado tras los malos resultados electorales hubiera sido que casi inmediatamente diera comienzo una pequeña revolución que apartara a la conducción responsable, la noticia fue que durante unos trece meses apenas ocurrió nada reseñable en el seno del justicialismo.”¹⁷⁹

Demos un paso más: lo que separaba al miguelismo / herminismo de la disidencia era, en efecto, el papel que el sindicalismo había jugado en las internas de 1983, no el supuesto proyecto laborista de Miguel, que jamás existió. El sindicalismo que acompañaba a la renovación no hacía por ello una renuncia a la política: renunciaba, en cambio, al mecanismo arcano del tercio gremial, reivindicando que todo sindicalismo es político.¹⁸⁰ Muchos de ellos fueron diputados o legisladores por la Renovación, algunos

¹⁷⁹ Como veremos en el próximo capítulo, esta aseveración no es correcta para los casos subnacionales, pero es completamente cierta para el PJ sede nacional.

¹⁸⁰ Entrevista con Roberto Digón, 16 de abril de 2018.

(como Hugo Curto o Francisco Gutiérrez, ambos metalúrgicos) incluso llegaron a intendentes.

Esto no supone negar, sino poner en contexto, la excepcional participación sindical de inicios de los años 1980. La misma no procede de una naturaleza laborista del peronismo: ese proyecto nació muerto. Se explica, en cambio, por las circunstancias de la transición argentina a la democracia, y aún más, por la verdadera ausencia de orden político que el país vivió entre 1955 y 1983, una situación que volvía imposible la profesionalización de la política y hacía de los políticos, por llamar de algún modo a quienes aspiraban a cargos públicos electivos, un grupo inevitablemente ligado a la gravitación del poder sindical como organización patrocinante. Gravitación que, unida a la proscripción del peronismo, hizo posible el “doble juego” ya estudiado por el que los sindicatos, lejos de limitarse a la reivindicación salarial y a las condiciones de trabajo, estructuraban la representación de un peronismo que siempre fue algo más que esa representación circunstancial.

Puesto en una perspectiva de largo plazo, es dable considerar que el peronismo cambia menos por el afán de relevar a los sindicalistas que por la propia estabilidad del orden político instaurado en 1983, que hace que haya, por primera vez en décadas, un Parlamento que funciona sin proscripciones y una docena de gobernadores peronistas, con sus respectivas legislaturas. Ese es el contexto necesario para la profesionalización del oficio político que se vive desde 1983. Es, también, el contexto suficiente para entender por qué, al año de la derrota, son los gobernadores, los diputados y los senadores, y no Cafiero o Grosso, los protagonistas de Río Hondo. En palabras de Norberto Ivancich (2004: 9), a partir de 1983 “vemos el surgir y la consolidación de sectores partidarios cada vez más representativos del sistema federal de gobierno. Es decir, las provincias y su representación política van cobrando cada vez más protagonismo en el escenario de la

toma de decisiones. [...] La persistencia de los responsables genéricos de la derrota [...] también ayuda a explicar la acentuación de dicho federalismo. Los poderes que podían confrontar con esa conducción que no se rendía, que no aceptaba la lógica de renovarse, sólo podían ser los partidos justicialistas triunfadores en cada distrito, es decir, los gobernadores.”

Tampoco convendría exagerar el componente ideológico de la disputa. En una perspectiva de largo plazo, es indudable que la afirmación de una oposición parlamentaria afianzada en el control de los resortes institucionales de las provincias y del Congreso podía asumir distintas facetas frente al gobierno, en lugar de una oposición meramente sindical o solidaria con ésta. Pero lo cierto es que, para la mayoría de los peronistas, incluidos los renovadores de esta primera etapa, el ideario de Perón tal y como éste lo había formulado y reformulado a lo largo de los años, seguía vigente, aunque en su casi infinita plasticidad esto pudiera decir cosas distintas a cada uno. Los peronistas de todos los colores, pero especialmente los más opuestos al cambio, insistirían en que no había diferencias de fondo.

Ahora bien, esto no implica que no hubiese diferencias, a secas. El impacto del alfonsinismo, la impronta de su discurso, tuvieron sus efectos. La circunstancia de vivir en un régimen político estable, que era tanto más una invención, una fundación, que una simple restauración, indujo a la reflexión. Pero, en la lucha con el adversario interno, los sectores que con los años serían conocidos como renovadores no tuvieron tiempo de plantear y elaborar un discurso demasiado diferente -incluso, puede decirse que ello hubiese comportado un riesgo innecesario. Antes bien, se presentaron como los verdaderos peronistas, como aquellos en condiciones de cambiar lo que había que cambiar para que el peronismo volviese a lo máspreciado de su tradición: su vínculo con las mayorías.

Lo cierto es que, en 1985, y hasta fines de 1987, el referente del PJ en el país sería Vicente Saadi. Un hombre que había sabido pertenecer al peronismo originario, que había encarado un proyecto como el de Intransigencia y Movilización, y que ahora era aliado de Lorenzo Miguel, de Diego Ibáñez y de Herminio Iglesias. Explicar ideológicamente ese itinerario excede a cualquiera.

Queda un capítulo, en el que nos preguntaremos cómo se dio la interna peronista en el distrito clave de la política nacional: el bonaerense. Allí, la lucha por el espacio se presentó de modos incluso más abiertos y más tempranamente. Y allí, también, emergió una solución que pondría en jaque a la solución de transacción ensayada por Saadi. Si hubo un momento renovador en el peronismo de los años 1980, éste escribió un capítulo decisivo de su historia en ese distrito.

FIGURA 1. ELECCIONES PRESIDENCIALES DE 1983

| Presidente y vice | Votos | % | Electores |
|------------------------------------|-----------|-------|-----------|
| Alfonsín – Martínez (UCR) | 7.724.559 | 51,75 | 317 |
| Luder – Bittel (PJ) | 5.995.402 | 40,16 | 259 |
| Alende – Viale P. Intransigente | 347.654. | 2,33 | 2 |
| Frigerio – Salonia MID | 177.426 | 1,19 | 2 |

Fuente: Elaboración propia sobre datos de la Dirección Nacional Electoral. Sitio web.

FIGURA 2. CONSULTA POPULAR SOBRE PLEBISCITO NO VINCULANTE -
 TRATADO DE PAZ Y AMISTAD FIRMADO CON CHILE. 25 DE NOVIEMBRE DE
 1984

| Electores hábiles | Total de votantes | % |
|-------------------|-------------------|-------|
| 18.350.863 | 12.861.355 | 70,9% |
| RESPUESTA | VOTOS | % |
| POR SI | 10.434.172 | 82,60 |
| POR NO | 2.201.963 | 17,40 |
| VOTOS POSITIVOS | 12.656.135 | 98,40 |
| VOTOS EN BLANCO | 141.121 | 1,10 |
| VOTOS ANULADOS | 64.099 | 0,50 |

Fuente: Elaboración propia sobre datos de la Dirección Nacional Electoral. Sitio web.

Tiempos difíciles: El peronismo bonaerense entre dos derrotas, 1983-1985

La crisis bonaerense: sus protagonistas

La derrota en la provincia de Buenos Aires, y la conciencia de que sólo revirtiendo el resultado podría el peronismo volver al poder, generaron una suerte de reformulación de los alineamientos intrapartidarios. Tempranamente pudo observarse que el clivaje principal se daba en torno de quienes apoyaban o rechazaban la continuidad de Herminio Iglesias. El estallido de esta crisis es independiente y precede a la crisis nacional. El antiherminismo, finalmente, no marchó bajo un solo referente, sino que como tempranamente observó Marcela Ferrari (2007), se trató de una experiencia colectiva. Había, como veremos, más de un aspirante al sillón de Dardo Rocha.

Porque el problema es que se va diluyendo lo de Cafiero, ¿me entendés? Lo de Cafiero estaba vivo hasta el 83, después se va diluyendo, tal es así que Cafiero me viene a ver a mí [en Río Hondo]. Lo cual te indica que no existía el cafierismo estructurado, existía el antiherminismo, donde se mezclaban cafieristas, anticafieristas, bueno, todo eso. Y yo estaba ahí. Porque se había caído todo. Saliste del dedo a la libertad de expresión.¹⁸¹

Ello no implica negar, sino contextualizar la acción de Cafiero. De hecho, fue quien primero movió en el tablero bonaerense. En enero, en una cena convocada por el año nuevo por su mano derecha, el consejero Manuel Torres, fijó un cronograma:

¹⁸¹ Entrevista con Jorge Landau, 1° de junio de 2018.

*En un año, designar nuestras autoridades y candidatos por el voto directo de los afiliados; en dos, capturar la mayoría legislativa nacional y provincial; en cuatro, el gobierno de la provincia y en seis, el de la Nación.*¹⁸²

En febrero, el exministro reclamó que hubiese elecciones en 180 días en la provincia de Buenos Aires.¹⁸³ En marzo, presidió un encuentro de dirigentes peronistas donde se disolvió el Movimiento de Unidad, Solidaridad y Organización (MUSO), con el que había disputado las internas de 1983, para armar un espacio más amplio que lo impulsara como presidente del distrito.¹⁸⁴ A fines de abril, con la presencia de cuatro consejeros provinciales -Guillermo Ball Lima, Manuel Torres, Enrique Cano y Roberto Navarro-, Cafiero lanzó su candidatura a la presidencia del peronismo bonaerense.¹⁸⁵

Cafiero tenía una estructura, es cierto. Parte de esa estructura, aunque ligado a los 25 -concretamente al sindicalista del Caucho, Osvaldo Borda- era el consejero Omar Marinucci, que había acompañado la fundación del MUSO. Había empezado a trabajar con Antonio Cafiero en 1981:

Empieza como cosa de decir “bueno, busquemos un referente”. ¿Por qué Antonio? Primero porque era Antonio de San Isidro. Nosotros éramos de San Isidro. Esto lo armamos con el Pato Galmarini y con Julio D’Amato, que escribía en el diario de las 62 Organizaciones. Y empezamos viendo la figura de Antonio y lo que importaba y pesaba en la opinión general. Y su vinculación con el movimiento obrero, la buena relación que Antonio había tenido históricamente con la UOM. Eso también daba la idea de que se podía buscar una expresión movimientista. [...] Viendo que aparecía un dirigente que no era la vieja dirigencia... Porque ¿qué ocurría? Nosotros definíamos que Antonio era el más joven de los viejos. Antonio en ese momento tendría 59 años, no llegaba a 60. Los demás tenían más de setenta, Cafiero entró muy

¹⁸² Clarín, 02/01/1984.

¹⁸³ Clarín, 22/02/1984. Tiempo Argentino, 22/02/1984.

¹⁸⁴ Tiempo Argentino, 20/03/1984. Clarín, 21/03/1984.

¹⁸⁵ Clarín, 28 y 29/04/1984.

joven, primero al gobierno del General y después al reconocimiento del peronismo. Entonces esto era una ventaja.¹⁸⁶

Cafiero también tenía un ascendente importante sobre distintos sectores juveniles que estaban ligados al movimiento obrero organizado. Por ejemplo, Fernando Galmarini señaló:

La figura resonante más conocida, en primer lugar, fue Antonio Cafiero. Antonio ya era, además, un antiquísimo militante del peronismo, que había estado en la plaza el 17 de octubre de 1945. No obstante, eso era una cara que seguramente le dio tranquilidad a la provincia de Buenos Aires, y al país, y quitó la intranquilidad que le daban sectores del peronismo a esa misma sociedad. [...] Viéndolo a la distancia uno podría decir, bueno ¿por qué Antonio? Porque no había en ese momento ningún dirigente joven que pudiera expresar, por lo menos en la provincia de Buenos Aires, lo que sí Antonio podía hacer, por sus antecedentes, por haber sido el ministro más joven de Perón, por haber estado en la Plaza, por haber estado preso [...] Era un hombre conocido, ya. Nosotros, nosotros y otros, éramos nada, éramos conocidos en nuestros distritos, y más o menos.¹⁸⁷

Pronto el exministro enhebró también un discurso, que reiteró en medios nacionales. Se trataba de un discurso que no hacía hincapié en diferencias de orden ideológico, sino que enfatizaba aquellas propias de un “estilo de conducción”. En palabras de Cafiero,

Fuimos derrotados y entramos en la más profunda crisis de nuestra historia institucional, como movimiento y como partido, por el estilo de conducción que imperó entre nosotros. Por ese mismo estilo anulamos nuestras propuestas revolucionarias. [...] La forma de recuperar la confianza de nuestros afiliados y del pueblo en su conjunto es dejando de lado el autoritarismo para evitar sospechas sobre la legitimidad del proceso interno, y por eso es necesario que de ahora en adelante la unidad no sea un pretexto para evitar el genuino pluralismo político.¹⁸⁸

¹⁸⁶ Entrevista con Omar Marinucci, 9 de septiembre de 2016.

¹⁸⁷ Entrevista con Fernando Galmarini, 14 de octubre de 2016.

¹⁸⁸ Clarín, 15/03/1983.

Pero esa estructura, ese discurso, esa exposición, como veremos, no alcanzaban para generar una ruptura en el orden provincial. Había que considerar, por otra parte, otras figuras, como el economista Eduardo Setti, el diputado nacional Alberto Melón, y el senador Luis Macaya. Setti era un economista ligado a las 62 Organizaciones y a Lorenzo Miguel, que tenía funciones directivas en un conocido banco privado, el Nuevo Banco Santurce. Alberto Melón era vicepresidente del consejo provincial, pero también especulaba con el desplazamiento de Iglesias. Macaya, senador por la quinta sección electoral, comenzaría a cuestionar la conducción de Iglesias a mediados de 1984. Había, también, una difusa liga de intendentes de la primera sección electoral.

Por debajo de esos nombres propios, estaban los intendentes peronistas. Una figura destacada a la hora de unificar los esfuerzos de los jefes comunales en la tercera sección electoral era Eduardo Duhalde, intendente de Lomas de Zamora, enfrentado desde el vamos con Herminio Iglesias. A la distancia, Carlos Grosso recuerda el papel de Duhalde:

*Hay una persona que falta, y que yo quiero reivindicar ahora en el correr del tiempo, que es Eduardo Duhalde. Eduardo Duhalde en ese tiempo no tuvo un destaque digno de su tarea. Porque en toda la lucha contra Herminio, es cierto que Antonio era la figura dominante y es cierto que fue el factor simbólico. Pero yo nunca me voy a olvidar que Eduardo fue el gestor y el que puso el cuerpo físico en el congreso de Lanús, en todos los grandes momentos en que hubo que confrontar con Herminio.*¹⁸⁹

En una entrevista posterior, el dirigente porteño con acciones en la provincia ratificó el mismo concepto:

Y debo confesar, a esta altura del tiempo, que, en ese momento, quien de verdad tenía una posición fuerte, templada y de lucha contra Herminio era Eduardo Duhalde. Eduardo era quien iba a los congresos,

¹⁸⁹ Entrevista a Carlos Grosso, 14 de noviembre de 2016.

Eduardo era quien ponía el físico. Cafiero y la Cafieradora eran los que tenían el valor simbólico del liderazgo, pero eran mucho más débiles y especulativos frente a Herminio. [...] Cafiero estaba en una oficina donde circulábamos todos, esa famosa oficina de la calle Lavalle. Y luego de que funcionáramos todos, él empieza realmente a protagonizar el tema de la provincia de Buenos Aires, sustancialmente porque Eduardo Duhalde todavía no había cobrado un rol de liderazgo público. Y Antonio significaba una presencia histórica, un valor de renovación con inserción en la tradición. Y esa característica de ser un hombre de dos etapas históricas le daba una preeminencia.¹⁹⁰

Duhalde había sido intendente de Lomas de Zamora entre 1973-1976. Abogado y profesor universitario, había llegado a la intendencia de la mano del sindicalismo, luego de la renuncia de dos jefes comunales. En 1983, nuevamente accedió a la jefatura comunal, por unos 700 votos de diferencia con el candidato radical (Ferrari, 2013).

Pronto comenzó a hablarse de una difusa liga de intendentes peronistas, electos pese a la derrota provincial, que en su mayoría apoyaban el desplazamiento del caudillo de Avellaneda. Los más activos eran Julio Carpinetti (General Sarmiento), Remigio López (General Sarmiento), Domingo Taraborelli (Necochea), Juan Carlos Veramendi (Ranchos), De Jesús (Municipio Urbano de la Costa). También participaban Eduardo Gioscio (Mercedes), Arturo Ramón (Berazategui), Carlos Mereles (San Vicente) y otros.

¿Alcanzaba con estas oposiciones para arrancar a Iglesias un proceso de selección interna? ¿Cómo forzar una crisis de autoridad en la provincia, sobre todo cuando Iglesias controlaba plenamente el congreso partidario?

El plan original de los sectores opuestos a Iglesias consistía en relevarlo de sus funciones como presidente del Consejo Provincial, nombrando un nuevo presidente de

¹⁹⁰ Entrevista a Carlos Grosso, 5 de junio de 2018.

distrito, para luego llamar a elecciones.¹⁹¹ Para ello, en abril de 1984 ocho consejeros sobre dieciséis promovieron su desplazamiento.¹⁹² Los consejeros rebeldes eran Omar Marinucci, Roberto Navarro, Guillermo Ball Lima, Manuel Torres, Rufino Herce, Raúl Peñaloza, Luis Echevarría y Enrique Cano.¹⁹³ Inicialmente contaban con el respaldo de un noveno consejero, Esteban Fioramonti, pero éste fue presionado por Iglesias y “saltó el cerco”, determinando el empate ocho a ocho.¹⁹⁴ Según el testimonio de Marinucci, también Melón sufrió presiones.

Cuando vamos a elecciones, la conducción se armaba en ese entonces con dos representantes por sección electoral, con lo cual de las ocho secciones había dieciséis miembros de la conducción provincial del PJ. A mí me toca encabezar una de las listas de la primera, la que obviamente se identificaba con Cafiero, y tenemos el respaldo de los compañeros y ganamos la sección electoral. Herminio gana la tercera sección electoral, pero con una fórmula... En el caso mío yo encabezaba la lista, como segundo consejero era Roberto Navarro de SMATA, y en la tercera iba Herminio Iglesias con Manolo Torres. Después que somos electos, viene la división del consejo provincial. Manolo se enfrenta con Herminio, rompe, quedamos ocho a ocho. [...] Esa es la división de los ocho, nosotros estábamos ocho a ocho, necesitábamos un voto más para quedarnos con la conducción, con la mayoría. Nos reuníamos en unas oficinas creo que era de la calle Reconquista o 25 de mayo. [...] Empezamos a reunirnos ahí, porque no teníamos espacio donde reunirnos y logramos traerlo a Melón, para hacer un acta. Cuando hacemos todo, estaba el escribano, Ball Lima cuestiona una cuestión metodológica y pide que se pase a un cuarto intermedio para hablar con Antonio. Fue lo fatal. Suspendimos el acta, con el escribano, todo, y después de eso a Melón lo presiona la gente de Herminio, porque él había entrado con la gente de Herminio, la gente de Herminio lo toma

¹⁹¹ Es de destacar que, ya en esta primera etapa, Setti se diferenció de los partidarios del voto directo, como Cafiero, Torres, Duhalde y Macaya, por considerar que era contrario a la tradición frentista del peronismo. Véase *Tiempo Argentino*, 06/07/1984.

¹⁹² El consejo constaba de 16 miembros. Los consejeros eran Omar Marinucci, Roberto Navarro, Guillermo Ball Lima, Víctor Peralta, Herminio Iglesias, Manuel Torres, Rufino Herce, Carlos Alfredo Alberti, José Miguel Landín, Teodoro Luis García, Alfredo Peñaloza, Oscar Fioramanti, Alberto Melón y Luis Echevarría.

¹⁹³ *Clarín*, 18/04/1984.

¹⁹⁴ *Clarín*, 26/04/1984.

*como una traición, lo tienen secuestrado, lo aprietan y Melón nunca más vino a firmar. Con lo cual quedamos ocho a ocho. Habíamos perdido la posibilidad de tener una conducción. Con lo cual el consejo queda paralizado.*¹⁹⁵

El conflicto aparece reflejado en la prensa del período. La reacción de Iglesias fue sinuosa: primero hizo que el Tribunal de Disciplina suspenda en su carácter de afiliados a los consejeros Torres, Echevarría, Cano, Ball Lima, Navarro y Marinucci.¹⁹⁶ Luego inició una mediación fallida a través de Melón. Los ocho disidentes, entretanto, intentaron reunir nueve votos para destituirlo, nominando al bahiense Peñaloza, pero fracasaron por la indecisión de Melón y Fioramonti. Finalmente, con el respaldo de Lorenzo Miguel, Iglesias impulsó la autoconvocatoria del congreso provincial en el Club Atenas de La Plata. El congreso, reunido con un quorum dudoso, separó del consejo a Torres y a Cano, quienes recurrieron a la justicia.¹⁹⁷

A partir de ese momento, las acciones políticas se combinaron con el expediente judicial, haciendo difícil seguir el desarrollo de los acontecimientos. Así, mientras los opositores a Iglesias continuaban con sus acciones proselitistas por la provincia, comenzó un conflicto de naturaleza jurídica por la interpretación del artículo 47 de la Carta Orgánica. Si bien en teoría los mandatos de los consejeros y congresales electos en 1983 duraban dos años, el artículo señalaba que debían realizarse elecciones internas en el plazo de un año con posterioridad a los comicios nacionales, es decir, antes del 30 de octubre de 1984. El oficialismo provincial pasó de negar esta situación a buscar derogar el artículo por medio de un congreso, tarea que le fue dificultada por la resistencia de los

¹⁹⁵ Entrevista con Omar Marinucci, 9 de septiembre de 2016.

¹⁹⁶ Clarín, 26/04/1984.

¹⁹⁷ Tiempo Argentino, 20/05/1984. Clarín, 20/05/1984.

congresales opositores, que buscaron vaciar de quorum esos congresos.¹⁹⁸ En esas condiciones, se llegó a una suerte de empate. Iglesias controlaba el aparato provincial, y sólo la acción constante de los opositores evitaba que reformase la carta orgánica.

Pero en ese empate, los opositores no avanzaban ni un casillero. Es por eso que algunos propiciaron un cambio de táctica. El cambio llegaría al convocar Iglesias al congreso provincial para junio de 1984.¹⁹⁹ Por primera vez, los opositores anunciaron que asistirían a discutir con Iglesias. El encargado de dar la noticia fue el consejero Manuel Torres, quien adelantó que cerca de quinientos cincuenta congresales estaban “comprometidos” con la posición de convocar a elecciones.²⁰⁰ Una conferencia de prensa protagonizada por Antonio Cafiero, Carlos Grosso, el mencionado Torres y los consejeros Ball Lima, Peñaloza, Navarro, Cano y Echevarría ratificó la constitución de un polo opositor cohesionado.²⁰¹

Sin embargo, se trataba de una apuesta de riesgo. Iglesias podía utilizar la presencia de los opositores para imponer su propia agenda. La seguridad era otro problema: desde las internas de 1983 estaba claro que, en el manual de Iglesias, la *lucha por la idea* podía incluir expedientes muy diversos, y degenerar en hechos de violencia. Conscientes de ese peligro, los opositores reclamaron garantías, en forma de veedores

¹⁹⁸ Una presentación de los consejeros rebeldes había logrado que el juez Héctor Gustavo De la Serna reconociera la vigencia del artículo 47. Inmediatamente, Cafiero y los suyos interpretaron el fallo como una señal de que el mandato de los consejeros y congresales caducaba en 1984. Iglesias sostuvo que ello no era así. “Ellos piensan que el período se agota en un año y nosotros sostenemos que el mandato es por dos”, explicó. Véase Clarín, 07/06/1984.

¹⁹⁹ Clarín, 14/06/1984.

²⁰⁰ Clarín, 18/06/1984. A las conversaciones asisten, entre otros, Antonio Cafiero, Carlos Grosso, Luis Macaya y Eduardo Duhalde.

²⁰¹ Clarín, 20/06/1984.

judiciales, así como la presencia de miembros del consejo nacional y del comando superior.

Fue en vano. La cita, programada para las 9:30 en el Club Wilson de Lanús, resultó en un durísimo revés para los disidentes. Sobre 664 congresales, la asistencia estuvo estimada en unos 550. Cafiero no tuvo permitido el acceso, por no ser congresal. Manuel Torres y Enrique Cano, en medio de escenas de violencia y actos de pugilato, fueron expulsados del Partido. Duhalde, que no era congresal, ingresó al recinto, intentó tomar la palabra y fue retirado en medio de golpes.²⁰² Aprovechando la presencia opositora, el sector de Iglesias votó la derogación del artículo 47 de la Carta Orgánica, y aplazó por un año la convocatoria a elecciones internas. Ante cada orador opositor, el ritual se reiteraba: insultos, conatos de agresión, abucheos, avalanchas, etc. En esas condiciones, era imposible garantizar la seguridad. Torres y Cano debieron retirarse del recinto, entre gritos de “montoneros” y golpes de puño, patadas y sillazos.²⁰³

Inmediatamente, dentro del amplio campo disidente, comenzaron las recriminaciones cruzadas. La crítica más importante residía en haber cometido la ingenuidad de pensar que, con Iglesias en el poder, las cosas podían ser de otro modo. Por lo pronto, un sector aglutinado en torno de Manuel Torres planteó abiertamente la fractura. A su parecer, “después de esta metodología, ¿qué garantías hay para los afiliados?” En la vereda contraria se situó, una vez más, Eduardo Duhalde, para quien “lo

²⁰² En el club Wilson “me sacan a trompadas. Tomé la palabra y Herminio, que el negro era un vivísimo, [gritó] “no le peguen, no le peguen”, porque sabía que yo iba a que me pegaran.” Entrevista con Eduardo Duhalde, 3 de marzo de 2016.

²⁰³ Clarín, 24/06/1984.

que hay que hacer es reorganizar en serio el Partido Justicialista y no dedicarse a crear otros partidos.”²⁰⁴

Pero ¿cómo? El plan que se impuso desde ese momento fue recurrir a la justicia, aduciendo que la mayoría de los congresales se había retirado al momento de votar la derogación del artículo 47, y que por consiguiente la votación había sido irregular. Lo siguiente era simple: había que dejar pasar el tiempo, hasta que expiraran las autoridades partidarias, para que fuesen, ora el Consejo Nacional, ora la justicia electoral los encargados de liderar la reorganización. Cano y Torres, por consiguiente, apelaron su expulsión ante el juez De la Serna, denunciando que había presentes 270 personas que no eran congresales.²⁰⁵

Mientras esperaban la resolución judicial, los opositores se comprometieron a no cometer nuevamente el mismo error. En un asado en Lomas de Zamora, con la presencia de Duhalde, Cafiero y Manuel Torres, hicieron circular un pronunciamiento por el cual los presentes “se abstendrán de participar en un congreso que trate de impedir el llamado a elecciones internas antes del 30 de octubre.”²⁰⁶ Así, ante un nuevo congreso, en octubre, que prefiguraba ya la política de alianzas del Partido Justicialista para 1985, los opositores, que se identificaban con los nombres de Cafiero, Grosso, Setti y los intendentes, decidieron reunir a sus congresales, sección por sección, y labrar actas al efecto de dejar sin quorum al caudillo de Avellaneda.²⁰⁷

²⁰⁴ Clarín, 26/06/1984.

²⁰⁵ Otros sectores, con Eduardo Setti a la cabeza, se plantearon una mediación. Pero no había forma de lograrlo: poco tiempo después, en un encuentro del consejo nacional, Setti saldría golpeado en el mentón. Véase Tiempo Argentino, 22/08/1984.

²⁰⁶ Véase Clarín, 1/10/1984.

²⁰⁷ Clarín, 05/10/1984.

La jornada transcurrió así en medio de virtuosas operaciones matemáticas: los oficialistas decían contar con 349 delegados presentes. Los opositores, por su parte, contaban con la firma de 372 delegados, y afirmaban que el número de ausentes en el club Wilson ascendía a 498. Claro que sólo sumando 372, certificados, y 349, declamados, la cifra daba 721, un total que excedía el número de congresales.

Pero las matemáticas eran lo de menos. El problema que aquejaba, en esa estrategia pasiva, a los rebeldes, era otro: ¿cómo quebrar al herminismo? La salida judicial era incierta, aunque existían elementos para un fallo favorable. El intento de comprometer a sectores del Comando Superior fracasó. El Consejo Nacional, que necesitaba de Iglesias para la renovación de autoridades de diciembre, no intervendría a favor de los rebeldes. La auto convocatoria, al menos en esta etapa, no aparece planteada: claramente no alcanzaban los números, ni los consensos, para dar ese paso trascendental. En ese predicamento transcurriría 1984. Como señalaba Antonio César Morere,

Las conclusiones lógicas -dentro de lo que la lógica puede servir para interpretar la compleja situación del peronismo- indican que, si bien la gravitación de Herminio se debilita ostensiblemente, los sectores que lo cuestionan encuentran difícil hallar el camino de las coincidencias que les permitan consolidar una acción en común y, sobre todo, coincidir en una figura capaz de unificar a esos sectores y convertirse en el sucesor de Herminio Iglesias. [...] El cuadro político interno del peronismo estaría indicando que los sectores "antiiglesistas" podrían ser mayoría en la provincia si constituyeran un sólido frente común. Pero individualmente, frente a cada uno de sus oponentes, la mayoría sería de Iglesias.²⁰⁸

Iglesias, aunque desgastado, seguía aferrado al aparato. Es cierto, su poder se veía erosionado: los dos bloques legislativos de la provincia estaban fracturados. Diputados provinciales como Gustavo Bottini, Jorge Pagano, Luis Brunatti y otros habían armado su propio bloque. Lo mismo sucedía en el Senado, donde Luis Macaya tenía su mini

²⁰⁸ Clarín, 08/10/1984.

bloque. Tampoco controlaba plenamente el bloque de diputados nacionales, donde figuras como Alberto Melón, Luis Urriza y otros habían ratificado su apoyo a Diego Ibáñez, mientras que Iglesias propiciaba su relevo.²⁰⁹ Pero el hombre fuerte de Avellaneda sabía también que su poder de fuego estaba en los congresales nacionales de la provincia de Buenos Aires, necesarios para cualquier acuerdo en el plano del PJ sede nacional.

Por lo pronto, la prueba de octubre resultó relativamente favorable al polo rebelde. No sólo constituyeron un polo más unificado, la Mesa de Unidad Justicialista, sino que, al mismo tiempo, todo indicaba que Iglesias no había logrado quorum. Ello no incomodaba a Iglesias, que sostenía haber derogado en junio el artículo 47. La justicia electoral, por su parte, emitía señales en el sentido de indagar en las actas y anular el congreso de junio. Pero ¿se comprometería algún juez por iniciativa propia a intervenir el PJ provincial y declararlo acéfalo? Esa era la pregunta del millón.²¹⁰

Lo cierto es que el 30 de octubre pasó sin pena ni gloria, y la oposición denunció la caducidad de los consejeros y congresales electos, sin que la justicia electoral emitiese una señal clara. En esas peculiares condiciones, fracturado y acéfalo de hecho, el peronismo bonaerense arribó al congreso nacional del PJ celebrado en el Teatro Odeón.

En rigor, si hubo un elemento que encadena las dos crisis, la nacional y la provincial, fue la rebelión de unos setenta congresales nacionales de la provincia de Buenos Aires, entre los que se contaban Jesús González, Ángel Abasto, Luis Pedro

²⁰⁹ Tiempo Argentino, 07/11/1984.

²¹⁰ La otra pregunta importante, que no logro descifrar, es por qué los congresales opositores no convocaban al congreso por sí mismos. Claramente no reunían los dos tercios necesarios para introducir la reforma a la carta orgánica -Iglesias retenía, en su declive, alrededor de la mitad del congreso-. Pero hubieran podido destituirlo, al menos. Esa pregunta queda pendiente, bajo la sospecha de que quizá tampoco habría acuerdo sobre quién debía ser nominado. Una prueba más de que el ascendiente de Cafiero no era aceptado por todos.

Brunatti, Hugo Franco, Alberto Founrouge, Luis María Macaya, Evaristo Buezas, Jorge Landau y otros. El 4 de diciembre, una solicitada firmada por algunos de ellos reclamaba elecciones inmediatas con voto directo.²¹¹

Iglesias recurrió a su habitual picardía. El 8 de diciembre, reunió -una vez más- al congreso justicialista en el Club Wilson. Como los veedores, en un claro guiño judicial, no controlaron el quorum, decidió suspender por un año a los congresales rebeldes. Asimismo, se sorteó la reducción del congreso, adecuándolo a las cifras demandadas por el juez electoral. La peculiaridad de la bolilla fue tal que los veinte congresales que vieron caducar su mandato pertenecían al bando disidente.²¹² Como vimos, la correcta identificación de los congresales bonaerenses fue uno de los detonantes del retiro de la oposición disidente en el Congreso del Teatro Odeón de Buenos Aires.

El período veraniego mostró que el antiherminismo no era fundamento suficiente para la unidad de criterios. Así, mientras un sector liderado por Luis Macaya, Carmelo Amerise, Eduardo Setti y otros referentes proponía que los congresales disidentes asistieran a Río Hondo con el mandato de solicitar la intervención del distrito, otro sector, acaudillado por el diputado Alberto Melón, decidió dar el golpe: reunió al consejo provincial, y con los votos de los consejeros expulsados por Iglesias en junio, destituyó al hombre fuerte de Avellaneda y lo reemplazó por el bahiense Raúl Peñaloza. También convocó a elecciones internas para mayo.²¹³

²¹¹ Clarín, 4 y 5/12/1984.

²¹² Clarín, 11/12/1984. Entre los congresales “sorteados” estaban Julio Melón y Ángel Abasto, por ejemplo.

²¹³ Clarín, 24/01/1985. La maniobra obtuvo nueve votos: el del propio Melón, el de Peñaloza, el de Rufino Herce (vicepresidente primero), el de Enrique Cano (vicepresidente segundo), el de Guillermo Ball Lima (secretario), Luis Echevarría, Víctor Peralta y Roberto Navarro. Manuel Torres no ocupaba cargo alguno, aunque puede considerársele de acuerdo con la jugada. Omar Marinucci, en cambio, faltó a la cita. En

Sin embargo, la crisis bonaerense no se solucionaría con tan dudosos mecanismos. Iglesias simplemente ignoró la decisión de los disidentes provinciales y esperó la resolución del conflicto nacional, que lo tenía como protagonista. Mientras tanto, los expedientes judiciales y las impugnaciones recíprocas se apilaban, lo que reforzaba la convicción de que sólo una salida política saldaría el virtual empate. En busca de esa salida marcharon a Río Hondo los delegados bonaerenses, algunos comandados por Eduardo Setti, otros por Antonio Cafiero, y otros sin referente conocido.

Río Hondo: Una nueva intervención en el peronismo bonaerense

El peronismo bonaerense, que había llegado a la transición democrática intervenido (Ferrari: 2009), se encontraba en el centro de la crisis nacional justicialista de diciembre de 1984 – febrero de 1985. Por su caudal electoral, lo que allí pasara incidiría de lleno en la lucha por el liderazgo vacante. No sorprende, entonces, la unanimidad con que, a propuesta de Ángel Abasto, secundada por el senador Luis Salim, se decidió intervenir el distrito en el congreso de Río Hondo. Tampoco sorprende, en principio, la designación de Salim, un hombre de Juárez, que había sido, después de todo, el anfitrión de los rebeldes.

La gestión de Salim, en cambio, aunque breve, resulta algo curiosa. Ante la intransigencia con que Iglesias defendía su posición, en los hechos se presentó como “un mediador”, y en menos de una semana se había reunido tres veces con el caudillo de Avellaneda, lo que provocó la ira del sector disidente.²¹⁴

diálogo con *Tiempo Argentino*, se mostró de acuerdo con la decisión de convocar a elecciones, pero en contra de la separación de Iglesias. Véase *Tiempo Argentino*, 24/01/1985.

²¹⁴ Clarín, 8-9-12-13/02/1985.

Pero si los días de Salim estaban contados, los de la experiencia riohondista no durarían mucho más. Luego del acuerdo entre los distintos grupos que posibilitó el encuentro de Santa Rosa, Iglesias recuperó el control del consejo y llamó a elecciones internas para el 25 de agosto.²¹⁵ Como respuesta, el cafierismo y sus aliados reunieron a su tropa en el Club Alvarado de Mar del Plata, y constituyeron el Frente Renovador de Unidad Peronista. Reclamaron la convocatoria del congreso distrital, y la conformación de una nueva junta electoral.

Pronto se distinguieron los contornos de tres espacios: el oficialismo herminista, el Frente Renovador de Cafiero y Duhalde, y un tercer sector nucleado en torno de Eduardo Setti. Así, mientras el oficialismo recreó la Lista Azul, el cafierismo se estructuró a partir de la Lista Blanca y Setti a partir de la Lista Marrón. Aunque las dos primeras cumplían con el requisito de ciento diez mil avales, obtenidos en apenas quince días, la junta electoral sólo avaló la lista de Iglesias. Ante una decisión judicial favorable al cafierismo, y bajo la presión de las 62 Organizaciones, los comicios internos fueron anulados.²¹⁶

Ante este panorama, el cafierismo decidió presentar su propia lista. Acordó una alianza electoral con la Democracia Cristiana, la Unión Popular y otros partidos menores. Como sostuvo Cafiero,

*A nosotros nos vedaron, por todos los caminos posibles, la vía orgánica para la expresión de los afiliados. Se impide el proceso electoral en la provincia y por eso nosotros propiciamos, no una escisión, sino una opción para los peronistas. No hacemos otra cosa que levantar las banderas históricas del peronismo.*²¹⁷

²¹⁵ Clarín, 22/06/1985.

²¹⁶ Clarín, 09/08/1985.

²¹⁷ Clarín, 21/08/1985.

En una entrevista más extensa con *Tiempo Argentino*, Cafiero ampliaba el concepto.

*Nosotros no hemos roto con el justicialismo, nosotros somos peronistas y lo seguiremos siendo como siempre. Hay que dejar bien en claro que no vamos a formar otro partido, ni vamos a separarnos del Movimiento Nacional Justicialista. Lo que sí queremos es conformar una opción electoral para el 3 de noviembre con la intención de consolidar un eje convocante de las mayorías nacionales y populares que aún creen posible luchar por la justicia social y por la liberación nacional.*²¹⁸

El momento Cafiero.

La alianza con la Democracia Cristiana fue clave, ya que “este partido con base doctrinaria cristiana, pero no confesional, cuyas líneas y referentes más significativos se ubicaban en la centroizquierda y aún, la izquierda democrática del espectro argentino” (Ferrari, 2017: 51) brindó la personería jurídica a los renovadores. Como recuerda Ferrari (2017: 75)

La presentación pública del FREJUDEPA, que para la elección de diputados nacionales se presentó como Frente Renovador, tuvo lugar el 6 de septiembre de 1985. En una conferencia de prensa realizada en un hotel de la Capital Federal, sus principales representantes expresaron que el acuerdo era una coincidencia doctrinaria y de apreciación del proceso político, económico y social: el frente no era una simple sigla sino una opción auténtica en defensa de la democracia, la justicia social y la lucha por la liberación nacional. En palabras de Carlos Auyero, se estaba gestando una nueva expresión del movimiento nacional y popular frente a la resignación del gobierno radical, que administraba la crisis.

El acto de clausura se realizó en la Capital Federal, frente a una multitud. Fueron cantados el himno nacional y la marcha peronista. Mientras Auyero se refirió con entusiasmo a la posibilidad de construir “un frente nacional, popular y revolucionario”,

²¹⁸ *Tiempo Argentino*, 20/08/1985.

José Rodríguez alegó que en el acto el peronismo manifestaba estar de pie, y Antonio Cafiero celebró el reverdecer de un peronismo triunfador.²¹⁹ (Ferrari, 2018: 140)

Una prueba extra de la centralidad del comicio bonaerense la brindaron los apoyos peronistas al exministro de Economía. Desde Ítalo Luder hasta Carlos Menem, pasando por José Luis Manzano, José Manuel De la Sota, Julio Bárbaro, Oraldo Britos, Carlos Grosso y otros referentes renovadores comprometieron su apoyo al FREJUDEPA o participaron de actos de campaña. También lo hizo la Juventud Peronista. Y, desde luego, la Comisión Nacional de los 25.

Aunque el radicalismo ganó esas elecciones holgadamente, la disputa por el peronismo fue favorable al Frente Renovador, que obtuvo casi 27 puntos, relegando al FREJULI de Iglesias al cuarto puesto.²²⁰

Ya entrados los años 1990, Cafiero recordó la campaña:

Por cuestiones legales debimos resignar el uso de los rostros de Perón y Evita en las boletas electorales y tampoco pudimos utilizar en nuestra denominación las palabras peronismo, ni peronista, ni justicialista. Por eso fuimos como Frente Justicia, Democracia y Participación (FREJUDEPA). Desde ya, los compañeros sabían muy bien de qué se trataba y qué estaba en juego: nuestro éxito electoral, acompañados en este caso por la Democracia Cristiana y la Izquierda Nacional, fue aplastante. Obtuvimos 1.544.353 votos contra 559.338 del FREJULI y consagramos once diputados nacionales, mientras que el oficialismo sólo lograba tres (Herminio, Triaca y Zaffore). La lista estuvo encabezada por mí, y me acompañaron a la Cámara de Diputados José Rodríguez, Carlos Auyero, Manuel Torres, Osvaldo Borda, Jesús Abel Blanco, Luis María Macaya, Alberto Lestelle, Alberto Pierri, Luis Bianciotto y Primo Constantini. (Cafiero, 1995: 20).

²¹⁹ Según Tiempo Argentino, hubo más de 80.000 asistentes. Tiempo Argentino, 1° de noviembre de 1985.

²²⁰ Véase el apéndice del capítulo.

Más cerca en el tiempo, en sus memorias, Cafiero recuerda que sus expectativas originales eran bastante más bajas que el resultado final:

Nuestro cálculo era que no íbamos a obtener más de cuatro o cinco bancas nacionales por el Frente. Mis atribuciones como jefe de la lista me autorizaban a elegir los nombres de quienes la integrarían, por lo que las presiones que debía soportar eran tremendas. Completé la lista con personas que no habían tenido actuación política destacada. Tal fue el caso de Alberto Pierri. Sólo lo conocíamos porque era dueño de una importante empresa de la que esperábamos satisfacer nuestras necesidades de papel, aunque había comenzado actividades territoriales en el partido de La Matanza enfrentando al antiguo caudillo, Federico Russo. Lo incluí en el octavo puesto de la lista pensando que difícilmente alcanzaría los votos suficientes para una diputación nacional. Pierri pensaba lo mismo, pero se conformaba: estaba en los comienzos de su carrera política. Cuando se computaron los votos, todos nos sorprendimos. En lugar de los cuatro o cinco candidatos que suponíamos con chances de ser electos, llegamos a once. Pierri se encontraba entre ellos. Recuerdo que se acercó para decirme: “Antonio, vos sos Dios. Porque sólo Dios puede hacerme diputado nacional.” (Cafiero, 2011: 408).

Un programa

El Frente Renovador también elaboró un programa. No sabemos si había una contraparte por parte de la democracia cristiana, pero el que nos ha llegado casi no alude a la alianza entre renovadores y otros partidos, para concentrarse de lleno en la lucha partidaria. Así, aunque es un completo programa de gobierno, arranca sosteniendo:

El Movimiento Nacional y Popular, cuyo eje central es el pueblo peronista, hermanado con las fuerzas políticas populares, renovadoras y demócratas cristianas, a través de la democracia, reafirma el proyecto histórico de liberación y construcción de la Nación.

El FRENTE RENOVADOR, como expresión auténtica e histórica de la doctrina nacional y popular, es la propuesta política necesaria para profundizar la democracia y constituye la alternativa para transformar la sociedad.

Para el peronismo, el Frente Renovador es el camino para superar, definitivamente, las trabas que una conducción anacrónica en sus ideas, ilegítima en sus orígenes, violenta y fraudulenta en sus métodos, ha opuesto a la expresión de la voluntad del pueblo peronista de la Provincia de Buenos Aires. Dijo el Gral. Perón: “el pueblo ha sabido siempre encontrar su forma auténtica de expresarse, cuando se crean escollos en su marcha hacia su destino histórico. Como el agua contenida, busca la grieta por donde correr hacia el mar, o si no, hace estallar las represas que lo contienen.

Para las demás fuerzas políticas que lo integran, el Frente Renovador es la recomposición de la alianza histórica de los sectores populares.

El Frente nace, en esta particular instancia, como una propuesta política profunda, doctrinaria, centrada en la convicción de la necesidad y en la voluntad de llevar a cabo hondas transformaciones en la Sociedad Argentina. No estamos en una coincidencia que empieza y termina en una elección. Estamos recomponiendo el Frente Nacional, y gestando un proyecto común, doctrinario y programático, enriqueciéndolo con el espíritu pluralista de quienes, sabiéndonos de las mismas raíces, nos hemos unido para ponernos de cara al futuro.

Esta vocación Frentista y Renovadora del Movimiento Nacional y Popular se hace más necesaria que nunca en circunstancias en que, desde el poder, quienes fueron portadores de las banderas de Yrigoyen demuestran haberlas abandonado.

Las urgencias del presente y la necesidad de enfrentar con audacia el futuro, reclaman nuestro protagonismo en la democracia, impulsando el proyecto nacional revolucionario, la tercera vía, que supera al capitalismo liberal y al colectivismo autoritario.

SOMOS LA VERDADERA OPCIÓN, frente al gobierno radical que sólo propone administrar la crisis heredada del orden, perverso y autoritario, del Proceso. Un orden que multiplica la marginalidad, condena a la ociosidad improductiva, genera un círculo vicioso de baja productividad, impidiéndole a hombres y mujeres participar activamente en la generación de la riqueza. Un orden que, provocando el estancamiento y cancelando la esperanza, profundiza la dependencia.

SOMOS LA ORTODOXIA, frente a quienes niegan la permanente necesidad de actualización doctrinaria, rechazan la voluntad de las mayorías, como principio de la legitimidad política y abandonan la lealtad al pueblo, cuando se convierten en vehículo de la oligarquía.

SOMOS EL PUEBLO, frente a la retórica intransigente de las minorías vanguardistas que fracturan el campo popular y se convierten, en la práctica, en una expresión elitista y terminan siendo víctimas de su propio aislamiento.

SOMOS LA ESPERANZA, frente a la resignación conformista del pragmatismo tecnocrático, porque tenemos la firmeza, el realismo, la coherencia, la capacidad y la credibilidad necesarias para enfrentar la crisis del presente y los desafíos del futuro; porque, junto con las banderas, recuperamos la fe protagónica del pueblo peronista y de sus aliados históricos, y con ella, la energía política y la movilización indispensable para forjar, en esta crucial etapa, la felicidad del pueblo y la grandeza de la Nación.

SOMOS EL PARTIDO DE LOS HUMILDES. Esa es nuestra causa, la causa de los trabajadores, la causa de los postergados. Somos la voz de los que sienten justa indignación frente a las desiguales relaciones de poder que generan mayores desigualdades en el ingreso y la riqueza. Nuestra primera y última razón de ser es la dignificación y reivindicación de los postergados por una sociedad profundamente injusta e insensible al dolor y a la miseria.²²¹

El texto, sumamente extenso, reivindica el estado de justicia frente al mero estado de derecho, reafirma la democracia como única forma de convivencia política de los argentinos, reafirma la legitimidad del gobierno (“vivimos en Estado de derecho y todos estamos comprometidos con su permanencia”), denuncia la insuficiencia del proyecto radical de administración de la crisis, etc. En lo programático, sobresale su aceptación condicionada de una eventual reforma constitucional y de una ley de divorcio.

Conclusiones

El estudio del peronismo bonaerense entre dos hitos electorales nos ha permitido aproximarnos a una problemática, como es la difícil construcción de una propuesta política en un partido que atravesaba una dura prueba: la ausencia de su líder y fundador

²²¹ Programa del Frente Renovador de la Provincia de Buenos Aires. Frente Renovador JDP. Archivo personal del autor.

y la inesperada derrota electoral de 1983. Cuatro años más tarde, ese partido ganaría la gobernación de la provincia, y la retendría hasta 2015. Pero era otro peronismo el que llegaba en 1987, así como era otro el que se probaba el traje de la democracia pluralista en 1985. En el medio, queda espacio para señalar que, aunque Cafiero fue, a la postre, el protagonista más saliente de esa verdadera epopeya en la provincia de Buenos Aires, esto no estaba escrito en piedra de antemano. Como señaló con acierto Marcela Ferrari hace ya más de doce años,

Identificar a Antonio Cafiero como figura emblemática de la renovación es explicar el proceso desde el punto de llegada. Este dirigente histórico, procedente del principal distrito electoral del país, la provincia de Buenos Aires, con fuerte presencia en la Capital Federal y en el orden nacional, fue quien mejor capitalizó un fenómeno que lo excedía, de cual participó y del que se apropió sistematizando un discurso que parecía tanto más de su propia elaboración cuanto que los medios de comunicación de alcance nacional le daban espacio. Pero, si bien fue quien mejor desarrolló una explicación de la Renovación, recogió las transformaciones propuestas por la mayoría de la dirigencia peronista del período. (Ferrari, 2007: 2)²²²

Lo cierto es que Cafiero logró en 1985 revalidar los títulos que había perdido en 1983, convirtiéndose en el referente provincial de un fenómeno nacional que era, en verdad, “una expresión colectiva” (Ferrari, 2007: 9). Su capital simbólico era simple, pero decisivo: había sido el gran excluido de las internas de 1983, no estaba tocado por la derrota, y al mismo tiempo era el dirigente de mayor prestigio del distrito. Su paciencia, su perseverancia, su capacidad de conducción y su liderazgo, mientras duró, lo convirtieron en un fenómeno político nacional de primer orden, por mérito propio, cuando ya era un sexagenario.

²²² A ser justos, Altamirano (2004: 60) ya había reconocido la heterogeneidad de la RP en el plano nacional.

Pero si Cafiero tenía el capital simbólico para conducir, esa capacidad de inscribir la experiencia de los años 1980 en la más rica historia del movimiento, eran los intendentes y legisladores peronistas, acaudillados por él (y entre los que destacaba un joven Eduardo Duhalde) quienes, a semejanza de los gobernadores en el plano nacional, estaban en condiciones de inclinar la balanza a su favor. Había llegado la hora de la estabilidad institucional, y el peronismo, convertido prontamente al nuevo estilo imperante, afirmaría un predominio que duraría muchos años.

¿Epílogo?

La coyuntura de 1985, en el marco de una nueva victoria del radicalismo, significó no obstante el ascenso de una relativamente nueva camada de dirigentes peronistas en casi todo el país, comenzando por los que serían los tres referentes de la corriente renovadora: Antonio Cafiero, Carlos Grosso y Carlos Saúl Menem. Se trataba de una jornada jubilosa para muchos peronistas, y tempranamente estas tres espadas darían por cerrado -quizá demasiado rápido- el pleito interno para iniciar la confrontación con el radicalismo, una confrontación en que el debate ideológico e intelectual no estaría para nada ausente. Así, antes de finalizar el año, el cafierismo sacaría como solicitada, firmada por los tres “referentes”, su carta de intenciones titulada “La Renovación Peronista, un proyecto y una voluntad para transformar la Argentina”. Allí, entre muchas definiciones, se preguntaban:

¿Por qué seguir rindiendo examen de democracia frente a quienes, en una actitud sectaria y contradictoria con el pluralismo, siguen pensándose como los dueños del sistema reconquistado en octubre del 83? Tenemos otra visión de la democracia. No queremos ser creíbles a costa de imitar servilmente a los sistemas hegemónicos de Occidente. No aceptamos disolvernó como Nación en el nuevo universalismo de la modernidad. La modernidad, por el contrario, nos exige reconocernos en nuestra identidad, conmovernos como parte de un continente que quiere construir su propia historia y no comprarla hecha.

[...] Consideramos inseparables los problemas de la democracia, la justicia, el crecimiento y la autonomía.
(Cafiero, 1995: 51)

La participación de los renovadores, y en especial de Cafiero, en el Parlamento, produjo un reverdecer del debate democrático en calidades pocas veces alcanzadas, por ejemplo, en ocasión del debate sobre la deuda externa o el divorcio. Pero, como anticipamos, la lucha interna no estaba terminada. Todavía quedaba bastante “lucha por el espacio” en el peronismo, por lo menos hasta 1988-1989. Esa, claro, ya es otra historia: la historia de la Renovación Peronista.

Apéndice al capítulo 3.

Figura 1. Elecciones nacionales 1985

| Agrupaciones políticas | Votos | % | Cargos obtenidos |
|------------------------|-----------|-------|------------------|
| Unión Cívica Radical | 2.381.787 | 41,46 | 16 |
| Frente Renovador | 1.549.724 | 26,98 | 11 |
| Partido Intransigente | 574.285 | 10,00 | 4 |
| FREJULI | 563.269 | 9,80 | 3 |
| Alianza de Centro | 229.485 | 3,99 | 1 |

Fuente: Elaboración propia sobre datos de la Dirección Nacional Electoral. Sitio web.

Reflexiones finales

La lucha por el espacio. Paradojas de una clave interpretativa.

La clave de la lucha interna, por el control de los recursos partidarios y estatales, así como del propio partido, aunque provechosa, no deja de constituir un criterio de periodización diádica, propia de los años analizados. En un trabajo reciente, Ferrari & Mellado (2018) cuestionan “la organización en pares diádicos”, entre los que incluyen la idea de lucha por el espacio / lucha por la idea, por haber sido “movilizada por los propios renovadores para resaltar la faz democrática y revolucionaria de la Renovación.”

Indudablemente, partir de las categorías con las que los propios actores conceptualizaron el período constituye un límite importante, no ya para una mirada nacional verdaderamente federal, sino para una comprensión cabal del proceso. Sin embargo, aunque su utilidad sea limitada, hemos optado por seguir el camino que nos abría, el terreno que desbrozaba, en el convencimiento de que la RP sólo puede ser comprendida como parte de la crisis nacional del peronismo que expresaba.

Llega el momento del balance y es evidente que la lucha por el poder se combinó, tanto en el plano nacional como, especialmente, en la provincia de Buenos Aires, con argumentos, discursos e idearios que, aunque múltiples e híbridos, reconocían algunos rasgos comunes. Sin por ello caer en nuevas diádas de dudosa estirpe, como izquierda / derecha, la mayoría de los referentes renovadores reconocían el nuevo valor del pluralismo como constitutivo de una democracia que era, en sí misma, tanto una recuperación como una invención.²²³

²²³ Por supuesto, como ha sostenido Adrián Velázquez Ramírez (2019^a, 2019b), esa vindicación del pluralismo convivió sin contradicciones con una dinámica política no ajena a las derivas hegemónicas.

Conceptualizar el peronismo, una experiencia de riesgo

Durante décadas, el peronismo ha presumido de inclasificable. Quisiera sugerir que, si lo es, ello se deriva de las particularidades de nuestra historia tanto como de aquellas propias de esa fuerza política surgida hace ya más de setenta años. Partido surgido de la crisis del orden liberal, basado en la fuerza estructurante de un liderazgo extraordinario, personalista y -como todo lo que crece sobre la tierra- mortal, no obstante, ha vivido, como el resto de las fuerzas políticas argentinas, de reorganización en reorganización, de crisis en crisis.

Varios hitos marcan su historia. Ya Juan Carlos Torre señaló que, para toda una generación intelectual dedicada al estudio del vínculo establecido entre Perón y el movimiento obrero, vínculo tratado bajo las más dudosas analogías y presunciones, el peronismo estaba sobredeterminado por su componente obrero y popular. La marca de los trabajadores en el peronismo sobreviviría a su propia experiencia de gobierno. (Torre, 2006: 245).

Más cerca en el tiempo, distintos estudios han limitado el alcance conceptual de las hipótesis sobre el vínculo peronismo y clase obrera, al mostrar los componentes tradicionales de aquel conforme la mirada se alejaba de los grandes centros urbanos. (Macor y Tcach, 2003, 2013). No se trata de simples matices, sino de comprender que el peronismo, como fuerza nacional, nunca fue un laborismo o un partido de base sindical, aun cuando las organizaciones sindicales jugaron un papel decisivo al representarlo durante los años de proscripción.

Carisma e institucionalización: nuevos riesgos.

¿Fue, entonces, un partido carismático, siguiendo el modelo de Panebianco (1990)? Esto es lo que ha sostenido, entre otros, Ana María Mustapic (2002). Recordemos algunos rasgos enumerados por la autora, sin pretensión de nombrarlos todos: identificación del partido con el líder, subordinación del partido a la voluntad del líder, centralización, carácter movimientista. Aquí se presentan dos problemas diferentes. El primero es que la categoría *partido carismático* -y más aún, la propia noción de *carisma*- reviste complejidades analíticas insalvables. Por nombrar algunos nudos señalados por Balbi (2007^a, 2007b, 2013), es problemático confundir tipos ideales con modelos empíricos, categorías totalizadoras -como carisma- con explicaciones históricas. Tampoco parece lógico aceptar la idea de un liderazgo no mediatizado, que perdura como tal, con los rasgos de su *status nascendi*, en el tiempo: al menos, no es una idea compatible con lo que sabemos del peronismo desde el estudio de la mediación sindical, de la mediación partidaria, de las segundas líneas. De fondo, ¿es concebible que el vínculo carismático -pues es un vínculo, no una propiedad- haya permanecido virtualmente idéntico a sí mismo, en estado puro, sin rutinizar, por más de tres décadas?

Pero incluso sin revisar esta noción, sin dotarla de historicidad, basta recordar a Panebianco (1990), para quien carisma y organización patrocinante eran mutuamente excluyentes. ¿Acaso el sindicalismo argentino no cumplió la función de una organización patrocinante durante los años de la proscripción? Parece como mínimo temerario negarlo.

No menos problemático parece el concepto de institucionalización que se ha utilizado con frecuencia para hablar del peronismo desde 1983. Como muestran Levitsky (1998, 2005) y Randall & Svasand (2002), el concepto en sí es oscuro y polisémico, poco apto para el análisis histórico.

Una propuesta:

Si, al fin y al cabo, el peronismo es excepcional, queremos sugerir que lo es porque solemos pensarlo por fuera de las condiciones sistémicas que, como sostuvo Cavarozzi (2009: 81) hicieron imposible el orden político, tanto para las democracias como para las propias dictaduras, durante casi treinta años. Es en esa línea argumentativa que se impone reconocer al orden surgido en 1983 como una novedad que, por su duración, estaba destinada a tener efectos en todas las organizaciones políticas, y aún más en una que tanto dependía de la figura de su conductor, y que tanto se había asociado a la Nación misma.

Es en ese sentido que 1983 representa un doble quiebre. Pues, desde entonces, las instituciones -por lo menos algunas- funcionan sostenidamente, y el peronismo pierde su condición de mayoría automática. En ese contexto peculiar, la lucha por el lugar del conductor adquiere ribetes determinantes.

Es indudable que en la coyuntura de 1982-1983 los sindicatos -sean las 62 o los 25- estaban destinados a jugar un papel de patrocinio crucial, pues eran las únicas instituciones en pie. Pero en lugar de pensar la desindicalización posterior como un requisito necesario de la neoliberalización, como lo hacen Gutiérrez y en menor medida Levitsky, quizá sea más productivo pensarla como el resultado más probable de la propia continuidad institucional, de la profesionalización de la política que trajo aparejada, de las nuevas bases de sustentación que la dirigencia aspirante a cargos electivos tenía a su disposición.

En ese marco, lejos de interpretar la caída en la gravitación sindical directa como una consecuencia de la derrota circunstancial del justicialismo, podría ser más productivo pensarlo como un producto del nuevo orden jurídico - político, y, sobre todo, de su notable continuidad, así como de un nuevo esquema de valores donde conceptos como el tercio

sindical eran lisa y llanamente insostenibles. Sencillamente, sindicalistas políticos y políticos de extracción sindical reconocieron, después de un tiempo, que estaban jugando un juego distinto, con otras reglas y otros tiempos. Un juego *posible*. Si hubo lucha por el espacio, ello se debe a que, por primera vez, ese espacio tenía un valor decisivo.²²⁴

El peronismo de los ochenta: razones de un objeto.

Hemos visto tres tipos de enfoques sobre el fenómeno renovador. El primero, más o menos contemporáneo a la RP, tomó de los renovadores su discurso, su cronología y sus dicotomías. La RP fue vista, así, como una corriente nacional de vida efímera e inestable. En el segundo modelo, de corte institucionalista, las dicotomías procedían de modelos de cambio partidario algo rígidos, donde a una transformación en la coalición dominante correspondía una de tipo doctrinario, y entre ambas se introducía un necesario cambio en el mapa de poder. Una variante de ese modelo incluía el paso del sindicalismo al clientelismo, concepto problemático si los hay.

Un primer paso para llegar a reconstrucciones más complejas está dado por el tercer enfoque, que combina el análisis de escala con la observación histórica. Aquí, aunque dando por sentado conocimiento heredado de los enfoques macro, se pone la lupa en tramas más descriptivas, en estrategias y en prácticas. Como señaló Altamirano, en el trabajo de Ferrari y Mellado, “la Renovación no aparece como un proceso único, sino como una serie de procesos -actores, itinerarios, agrupamientos, conflictos, alianzas y tendencias- irreductibles a un solo patrón.” (Altamirano, 2017).

²²⁴ “No se trataba de volver a un orden previo, simplemente porque no había un orden previo en que los actores del cambio político reconocieran un modelo a imitar. Ni 1916, ni 1946, ni menos aún 1973, aparecían como referentes posibles para la construcción de una democracia liberal, pues de eso se trataba.” (Aboy Carlés, 2015: 118).

Ahora bien, desde la aparición de la microhistoria, los historiadores sabemos que la elección de una escala particular de observación produce efectos de conocimiento y que puede ser puesta al servicio de estrategias de conocimiento. (Revel, 2015: 24) Pero no es esto lo que sucede aquí. Como señala Altamirano, “el punto de vista subnacional no parece ser únicamente uno de los puntos de vista posibles. [...] Podría decirse, en resumen, que Ferrari y Mellado hallan algo así como relaciones de afinidad entre la perspectiva subnacional y esta dinámica post 1983 que ampliaba el margen de acción de actores locales.” (Altamirano, 2017: 304)

Así, para romper con la lectura dicotómica, Ferrari y Mellado dejan de hablar de una corriente renovadora, y pasan a hablar de un momento renovador:

La Renovación constituyó un momento singular del peronismo más que un proyecto político claramente diferenciado del conjunto, alentado por la prédica democratizadora experimentada en el contexto y en el propio armado justicialista. En virtud de las particularidades de cada distrito, no hubo una, sino muchas experiencias renovadoras. (Ferrari & Mellado, 2018: 3)

El primer problema de este enfoque estriba en que el PJ sede nacional queda huérfano. Algo que de por sí reviste cierta curiosidad, puesto que es en sede nacional donde se da la disputa durante los años 1984-1985. Diría más, la disputa nacional condiciona a la bonaerense tanto como la bonaerense condiciona a la nacional.

El segundo problema, naturalmente, estriba en que, a partir de diciembre de 1985, los renovadores constituyen una línea interna que perdura, como mínimo, hasta 1989, para luego diluirse en la nueva hegemonía menemista. Esa experiencia queda diluida en una miríada de casos locales, cuyo valor no negamos, pero que no completan el panorama de nuestro conocimiento.

Una paradoja de este enfoque, por ejemplo, fue que dio por avalado lo hallado por otros investigadores en la escala macro, para discutir la pertinencia de esos hallazgos en la dimensión provincial. Un simple ejercicio de investigación, como el que aquí presentamos, alcanza para poner en duda que la disputa entre políticos y sindicalistas, o entre renovadores y ortodoxos, explique la dinámica política incluso a nivel nacional. Del mismo modo, la interna justicialista de 1988 se diluye, pese al distrito único, en una veintena de elecciones locales. La RP nacional sigue allí, sólo debemos ajustar y combinar las escalas para que la lectura cruzada propuesta dé mejores resultados.

Hay varios caminos para lograrlo, dependiendo de la cronología a utilizar. Uno bastante evidente consiste en concentrarse en un puñado de distritos de distinta representatividad para multiplicar las lecturas cruzadas del momento renovador. Otra, analizar gestiones gubernamentales específicas, como la de Antonio Cafiero al frente de la provincia de Buenos Aires, y su cruce con la dimensión nacional del liderazgo peronista. Sea como fuere, la tarea recién comienza.

Ezequiel Meler

Fuentes consultadas:

Fuentes periódicas

Clarín.

Tiempo Argentino.

La Nación.

Fuentes partidarias

Carta Orgánica Nacional del Partido Justicialista de 1975, con reformas.

Carta Orgánica Nacional del Partido Justicialista de 1987.

Otras fuentes

Wainfeld, Mario; González, Horacio; Armada, Arturo (1986). Historia, contexto político y perspectivas de la Renovación Peronista. Buenos Aires, Argentina: inédito.

Programa del Frente Renovador de la Provincia de Buenos Aires, sin fecha, circa 1985.

Buenos Aires, Argentina: inédito.

Dirección Nacional Electoral, sitio web. Última consulta, 20/11/2019.

Entrevistas

Alberto Iribarne, 21 de mayo de 2018.

Carlos Corach, 17 de abril de 2019.

Carlos Grosso, 14 de noviembre de 2016 / 5 de junio de 2018.

Eduardo Duhalde, 3 de marzo de 2016.

Fernando Galmarini, 14 de octubre de 2016.

Jorge Landau, 21 de enero de 2014 / 1º de junio de 2018.

Omar Marinucci, 14 de septiembre de 2016.

Oraldo Britos, 23 de abril de 2014.

Roberto Digón, 16 de abril de 2018.

Bibliografía citada

Aboy Carlés, Gerardo (2001). Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem. Rosario, Argentina: Homo Sapiens.

Aboy Carlés, Gerardo (2004). Parque Norte o la doble ruptura alfonsinista. En Novaro, Marcos & Palermo, Vicente, La historia reciente. Argentina en democracia, Buenos Aires, Argentina: Edhasa.

Aboy Carlés, Gerardo (2015). Persistencias de la fundación. En Lazaretti, Alfredo Remo & Suárez, Fernando Manuel (coordinadores). Socialismo & Democracia. Mar del Plata, Argentina: EUDEM.

Altamirano, Carlos (2004). “La lucha por la idea”: el proyecto de la renovación peronista. En Novaro, Marcos & Palermo, Vicente, La historia reciente. Argentina en democracia, Buenos Aires, Argentina: Edhasa.

Altamirano, Carlos (2017). La Renovación Peronista Revisited. A propósito del libro La Renovación Peronista de Marcela Ferrari y Virginia Mellado. Polhis, año 10, N ° 20.

Arias, María Fernanda (2004). Institucionalización partidaria en el justicialismo: la corriente renovadora. Revista SAAP, Vol. 1, No. 3.

Baeza Belda, Joaquín (2016). Peronismo y democracia. El caso de la Renovación Peronista (1983-1991). Tesis doctoral inédita, Universidad de Salamanca, España.

Balbi, Fernando (2007a). De leales, desleales y traidores. Valor moral y concepción de política en el peronismo. Buenos Aires, Argentina: Antropofagia.

Balbi, Fernando (2007b). La dudosa magia del carisma. Explicaciones totalizadoras y perspectiva etnográfica en los estudios sobre el peronismo. Avá. Revista de Antropología, 11, jul. 2007.

Balbi, Fernando (2013). Perón, Perón, ¡qué grande sos! Sobre la utilidad de la noción weberiana de carisma para el análisis etnográfico del período del primer peronismo. *XIV Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*, Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo.

Bourdieu, Pierre (2013). El sentido práctico. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

Brachetta, María Teresa (2006). Nación, pueblo y democracia: nuevos significados en la transición democrática. La revista UNIDOS y el proyecto de un peronismo democrático. Cuadernos de Historia. Serie Economía y Sociedad, No. 8. Córdoba.

Cafiero, Antonio (1995). Testimonios del 45 y del 2000 también. Buenos Aires, Argentina: Grupo Editor Latinoamericano.

Cafiero, Antonio (2011). Militancia sin tiempo. Mi vida en el peronismo. Buenos Aires, Argentina: Planeta.

Catterberg, Edgardo (1989). Los argentinos frente a la política. Cultura política y opinión pública en la transición argentina a la democracia. Buenos Aires, Argentina: Planeta.

Cavarozzi, Marcelo (2009). Autoritarismo y democracia (1955 – 2006). Buenos Aires, Argentina: Ariel.

Corach, Carlos (2011). 18.885 días de política. Visiones irreverentes de un país complicado. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.

Cordeu, Mora & Mercado, Silvia & Sosa, Nancy (1985). Peronismo. La mayoría perdida. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana – Planeta.

Danza, Fernando (s/f). La escenificación política en el conflicto por el Beagle. Ponencia.

De Ípola, Emilio (1987). La difícil apuesta del peronismo democrático. En José Nun & Juan Carlos Portantiero (compiladores), Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina. Buenos Aires, Argentina: Puntosur.

Ferrari, Marcela & Mellado, Virginia, compiladoras (2016a). La Renovación Peronista. Organización partidaria, liderazgos y dirigentes, 1983 – 1991. Buenos Aires, Argentina: EDUNTREF.

Ferrari, Marcela (2007). La lucha por el espacio. El peronismo entre los mariscales de la derrota y los albores de la renovación. XI Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia. Tucumán.

Ferrari, Marcela (2008). El peronismo en la historia reciente. Algunas interpretaciones. Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas, Año 9, No. 10, pp. 63-83.

Ferrari, Marcela (2009). Entre la reorganización y la derrota. El peronismo bonaerense en vísperas de las elecciones de 1983. Estudios Sociales, Año XIX, N° 37. Santa Fe: Argentina.

Ferrari, Marcela (2011). El difícil camino de la normalización en el peronismo bonaerense. En Fabris, Mariano & Tortorella, Roberto (compiladores). Democracia en reconstrucción. Mosaico histórico de los años ochenta. Mar del Plata, Argentina: EUDEM.

Ferrari, Marcela (2013). Eduardo Duhalde antes del duhaldismo. Trayectoria individual y transformaciones partidarias (1983-1991). *Nuevo Mundo, nuevos mundos*. Disponible online. Última visita, 20/11/2019.

Ferrari, Marcela (2016). La provincia de Buenos Aires. En Ferrari, Marcela & Mellado Virginia. *La Renovación Peronista. Organización partidaria, liderazgos y dirigentes, 1983 – 1991*. Buenos Aires, Argentina: EDUNTREF.

Ferrari, Marcela (2017). La democracia cristiana argentina durante la dictadura cívico – militar y la transición temprana (1976-1985). *Historia N ° 50, Vol. 1*, pp. 49-77.

Ferrari, Marcela (2018). Democracia cristiana, Partido Justicialista y política de frentes. El FREJUDEPA en perspectiva histórica. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*. Tercera serie, Núm. 48, pp. 121-153.

Ferrari, Marcela y Mellado, Virginia (2016b). La Renovación Peronista como objeto de estudio. En Ferrari, Marcela & Mellado, Virginia, compiladoras. *La Renovación Peronista. Organización partidaria, liderazgos y dirigentes, 1983 – 1991*. Buenos Aires, Argentina: EDUNTREF.

Ferrari, Marcela y Mellado, Virginia (2018). Renovación peronista y juegos de escala en la reconstrucción democrática. *Lecturas en clave subnacional. 56 Congreso Internacional de Americanistas*. Salamanca (en prensa).

Garategaray, Martina (2011). Entre el pluralismo y el unanimismo. *La revista Unidos. Revista de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Quilmes, Año 3, No. 20*.

Garategaray, Martina (2013). Democracia, intelectuales y política. *Punto de Vista, Unidos y La Ciudad Futura en la transición política e ideológica de la década del ´80. Estudios, No. 29*, pp. 53-72.

Garategaray, Martina (2018). Unidos, la revista peronista de los ochenta. Bernal, Provincia de Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

Gibson, Edward L. (1997). The populist Road to market reform. Policy and electoral coalitions in Mexico and Argentina. *World Politics*, 49(3), 339-370.

Gutiérrez, Ricardo (2001). La desindicalización del peronismo. *Política y Gestión* 2: 93-110. Rosario, Argentina.

Gutiérrez, Ricardo (2003). Entre movimiento y partido: un análisis de las transformaciones organizativas del peronismo entre 1983 y 1996. *Política y Gestión* 5: 27-76. Rosario, Argentina.

Iribarne, Alberto J.B. (2006). Letras contra el miedo. Documentos del Peronismo durante la Dictadura (1976-1983). Buenos Aires, Argentina: CS Ediciones.

Ivancich, Norberto (2004). La larga marcha: de la institucionalización del PJ hasta la instauración del menemismo. En *Argentina reciente*, No. 2. Buenos Aires, Argentina.

Ladeuix, Juan (2014). El Partido Justicialista durante la primera mitad de la década del 70. De la normalización al disciplinamiento a través de un análisis de las estructuras partidarias locales. En Melón Pirro, Julio César & Quiroga, Nicolás, compiladores, *El peronismo y sus partidos. Tradiciones y prácticas políticas entre 1946 y 1976*. Rosario, Argentina: Prohistoria

Landi, Oscar (1988). Reconstrucciones. Las nuevas formas de la cultura política. Buenos Aires, Argentina: Puntosur.

Levitsky, Steven (1998) Institutionalization and peronism. The concept, the case and the case for unpacking the concept. *Party Politics*, Vol. 4, No. 1, pp. 77-92.

Levitsky, Steven (2005). La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editora Iberoamericana.

Macor, Darío & Tcach, César (2003). La invención del peronismo en el interior del país. Santa Fe, Argentina: Universidad Nacional del Litoral.

Macor, Darío & Tcach, César (2013). La invención del peronismo en el interior del país. Tomo II. Santa Fe, Argentina: Universidad Nacional del Litoral.

Maina, Marcelino (2016). Santa Fe. En Ferrari & Mellado, compiladoras. La Renovación Peronista. Organización partidaria, liderazgos y dirigentes, 1983 – 1991. Buenos Aires, Argentina: EDUNTREF.

Maronese, Leticia & Cafiero de Nazar, Ana & Waisman, Víctor (1985). El voto peronista '83. Perfil electoral y causas de la derrota. Buenos Aires, Argentina: El Cid Editor.

McGuire, James (1992). Union political tactics and democratic consolidation in Alfonsín's Argentina, 1983-1989. *Latin American Research Review*, Vol. 27, No. 1, pp. 39-74.

McGuire, James (1997). Peronism without Perón. Unions, Parties and Democracy in Argentina. Stanford, Estados Unidos: Stanford University Press.

Meler, Ezequiel (2014). Actores políticos en la transición argentina: el peronismo ante las elecciones de 1983. Tesis de Licenciatura inédita, dirigida por Daniel Mazzei. FFyL-UBA.

Melón Pirro, Julio César & Quiroga, Nicolás, compiladores (2014). El peronismo y sus partidos. Tradiciones y prácticas políticas entre 1946 y 1976. Rosario, Argentina: Prohistoria.

Mora y Araujo, Manuel (1995). De Perón a Menem. Una historia del peronismo. En AAVV (1995). Peronismo y menemismo. Avatares del populismo en la Argentina. Buenos Aires, Argentina: El Cielo Por Asalto.

Mustapic, Ana María (2002). Del Partido Peronista al Partido Justicialista. Las transformaciones de un partido carismático. En Abal Medina, Juan & Cavarozzi, Marcelo. El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal. Rosario, Argentina: Homo Sapiens.

Novaro, Marcos & Palermo, Vicente (2003). La dictadura militar, 1976-1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Palermo, Vicente & Novaro, Marcos (1996). Política y poder en el gobierno de Menem. Buenos Aires, Argentina: Norma.

Palermo, Vicente (2014). La Renovación Peronista. En Novaro, compilador, Peronismo y democracia. Historia y perspectivas de una relación compleja. Buenos Aires, Argentina: Edhasa.

Panebianco, Ángelo (1990). Modelos de partido. Organización y poder en los partidos políticos. Madrid, España: Alianza editorial.

Quiroga, Hugo (2004). El tiempo del “Proceso”. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares, 1976 -1983. Rosario, Argentina: Homo Sapiens.

Quiroga, Nicolás (2012). Partido, vida partidaria y pequeñas instituciones durante el primer peronismo. En Da Orden, Liliana & Melón Pirro, Julio César, compiladores, Organización política y Estado en tiempos del peronismo. Rosario, Argentina: Prohistoria.

Quiroga, Nicolás (2014). Una crasa mitología. Carisma y “vida partidaria” en el peronismo proscrito. En Melón Pirro, Julio César & Quiroga, Nicolás, compiladores, El peronismo y sus partidos. Tradiciones y prácticas políticas entre 1946 y 1976. Rosario, Argentina: Prohistoria.

Quiroga, Nicolás (2015). Comunidad y carisma: continuidades en las modalidades organizativas de las unidades básicas peronistas (1945-1960) a la luz de la normalización partidaria de 1959. En Acha, Omar & Quiroga, Nicolás, coordinadores, Asociaciones y política en la Argentina del siglo XX. Entre prácticas y expectativas. Buenos Aires, Argentina: Prometeo.

Randall, Vicky & Svasand, Lars (2002). Party institutionalization in new democracies. Party politics, Vol. 8, N ° 1, pp. 5-29.

Revel, Jacques (2015). Microanálisis y construcción de lo social. En Revel, Jacques (director), Juegos de escala. Experiencias de microanálisis. San Martín, Argentina: UNSAM Edita.

Romero, Luis Alberto (2004). Veinte años después: un balance. En Novaro, Marcos & Palermo, Vicente, compiladores, La historia reciente. Argentina en democracia. Buenos Aires, Argentina: Edhasa.

Suriano, Juan & Álvarez, Eliseo (2013). 505 días que la Argentina olvidó. De la rendición de Malvinas al triunfo de Alfonsín. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana / Random House Mondadori.

Torre, Juan Carlos (2006). La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo. Buenos Aires, Argentina: EDUNTREF.

Torre, Juan Carlos (2012). Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

Velázquez Ramírez, Adrián (2019^a). Democracia y pluralismo en la transición argentina. La recomposición de la política como horizonte histórico. En Azzolini, Nicolás & Giménez, Sebastián, Identidades políticas y democracia en la Argentina del siglo XX. Buenos Aires, Argentina: Teseo.

Velázquez Ramírez, Adrián (2019^b). La democracia como mandato. Radicalismo y peronismo en la transición argentina (1980-1987). Buenos Aires, Argentina: Imago Mundi Ediciones.